

LA REVISTA DE BUENOS AIRES.

Historia Americana, Literatura y Derecho.

AÑO II. BUENOS AIRES, FEBRERO DE 1865. N. 22.

HISTORIA AMERICANA.



ESCRITOS PÓSTUMOS

DEL GENERAL DON FORIBIO DE LUZURIAGA

Mariscal de campo y sub-oficial de la Lejion de Mérito de Chile, condecorado con la órden del Sol con la dignidad de fundador,
y gran mariscal del Perú.

I.

Poseemos una cópia de la memoria póstuma del general Luzuriaga, bajo este titulo: *Documentos históricos y esplicaciones sobre los sucesos de la provincia de Cuyo en 1820, de la campaña de Guayaquil y de la del Perú con la espedicion libertadora, mandada por el generalísimo San Martin. Con varias anotaciones, apuntes y diversas piezas justificativas. En dos partes. Por el general Luzuriaga. Buenos Aires—1837.* Deseábamos publicarla y para este efecto hemos sido autorizados por su viuda y por su hijo el señor don Federico Luzuriaga. La mayor parte de esta obra es inédita, y por esta razon publicaremos despues la parte relativa á los sucesos de Cuyo, que corre impresa, y empezamos en este número por lo que no es aun conocido. Lo hacemos así porque

no se pierde la unidad del trabajo y por el deseo que tenemos de salvar manuscritos espuestos á desaparecer.

Hemos recibido este libro como un depósito sagrado, santificado por la desgracia, pues su autor lo fué en exceso en su última época: santificado además por la penosa situación en que se encuentra su ilustre viuda, pobre, olvidada de las vanidades del mundo y viviendo oscurecida en un rincón de nuestra campaña, abandonada del gobierno al cual su esposo prestó eminentes servicios. Esta señora, doblemente simpática por la elevación en que vivió y la oscuridad en que hoy vejeta, vino á golpear las puertas del gobierno para pedir su pensión en debida recompensa á los servicios de su esposo, y el gobierno, tan pródigo en otros gastos, se la ha negado! He ahí la perspectiva de los que sirven á la patria! la miseria y la oscuridad para sus hijos, mientras otros gozan en las altas rejiones del poder, de los empleos y de la influencia!

Pero, dejemos hablar á aquella desgraciada matrona, reproduciendo la solicitud que dirigió al señor Presidente:— héra aquí.

Pergamino, Mayo.

Exmo. señor Presidente de la Republica, Brigadier General don Bartolomé Mitre.

Exmo. señor:

He fluctuado para dirigirme á V. E., abatida ante mis desgracias domésticas; pero las instancias de mis parientes y buenos amigos de esa capital, y el recuerdo obligante de la atención que V. E. se sirvió prestar á mi carta de súplica por la escepcion del servicio militar de mi hijo único, han reanimado mi espíritu para esta resolución,

Contribuyen tambien á la esperanza de la asecucion de mi propósito, en el asunto de que voy á ocupar á V. E., el reconocido entusiasmo de V. E. por las glorias de nuestra Patria en la guerra de su Independencia, y el doloroso sentimiento por la desventuradísima suerte que ha cabido á sus servidores, que V. E. ha tenido ocasion de demostrar como poeta.

Viuda del general de esta República don Toribio de Luzuriaga, anciana, retirada en este pueblo de campo, sin recursos de subsistencia, faltándome la pensión de viudedad, á que tengo títulos por los dilatados y distinguidos servicios de mi esposo, me encuentro en el caso de ocurrir á los sentimientos de justicia de V. E., bien para recomendar al Soberano Congreso, para que la enunciada pensión me sea acordada, ó para que tenga esto efecto en la forma y términos que V. E. considere arreglados.

V. E. estimará debidamente mi solicitud, desde que sepa que mi esposo el general don Toribio de Luzuriaga empezó su carrera en clase de alférez en 1801 en el rejimiento de Dragones al mando del brigadier don Nicolás de la Quintana, abriendo una campaña sobre el Estado Oriental por disposicion del Virey, con motivo de la guerra entre Inglaterra y España, asistiendo despues á los hechos de armas que tuvieron lugar en rechazo de las invasiones de los ingleses en 1806 y 1807, por cuyos acontecimientos tuvo ascensos sucesivos hasta llegar á capitán en este último año.

Sobrevino la gloriosa revolucion del 25 de Mayo de 1810, teniendo ya mi esposo el grado de teniente coronel de Artillería, y á cuyo movimiento ayudó y cooperó eficazmente, obteniendo la efectividad de sarjento mayor por el gobierno

Pátrio, en cuya clase marchó á la primer campaña de nuestro ejército sobre el Alto Perú en diciembre de 1810.

Vuelto á Buenos Aires, para formar el rejimiento 7.º de Infanteria de línea, de que el gobierno general lo hizo coronel, regresó nuevamente con su cuerpo al Perú en 1813, para proseguir las operaciones de la guerra á las órdenes del general don Manuel Belgrano, asistiendo á todas las batallas que allí se dieron, y quedando destrozado y en cuadro su rejimiento en la desgraciada accion de armas de Sipe-sipe.

El Director del Estado lo llamó en seguida, por los sucesos de la época, al gobierno de Corrientes, que le confirió, de donde regresó nombrado ministro de la Guerra en 1815, con el ascenso á general.

A mediados de 1816 marchó mi esposo, por orden superior, al ejército de los Andes, que organizaba en Mendoza el ilustre general don José de San Martín, que ejercia á la vez el gobierno de Cuyo, nombrándosele al general Luzuriaga sucesor en este mando, para que cooperase con los recursos inmediatos de estas tres provincias, al equipo, remonta y reunion de todos los elementos de esa expedicion, á que poderosamente contribuyó.

Pasó despues á Chile, cuyo Estado lo honró con la clase de máriscal de campo.

Preparado el ejército espedicionario, se embarcó en Valparaiso á las órdenes del general San Martín, siendo el general Arenales y mi esposo quienes tenian la alta graduacion de generales en esta gloriosa espedicion, como lo manifiesta el estado de ese ejército publicado en las Memorias del coronel don José Arenales, hijo de aquel general.

Tomada Lima, el general Luzuriaga avanzó de orden superior sobre Guayaquil, que ocupó militarmente, de donde

regresó á ejercer la presidencia de cinco provincias, Huaylas, Huarás, etc. etc., elevándolo el gobierno del Perú á la clase de gran mariscal.

Ahí concluyó su carrera militar, regresando á Buenos Aires, donde grandes contrastes de fortuna le ocasionaron un fin trágico que nos hundió en el dolor y la desventura.

V. E. ha tenido ocasion, con estas afeerencias, de imponerse de los servicios de mi esposo, para la fundacion de la independendencia de estos paises, de apreciar su importancia, y el presentimiento de la rectitud de ese juicio aviva mi esperanza, porque V. E. alcanza la trascendencia de actos tales de reparacion y de justicia, presentando así ejemplos moralizadores á pueblos nuevos, para hoy y para siempre, con el honroso respeto á la memoria de sus hombres notables y debida consideracion para sus deudos.

Soy con todo respeto de V. E. muy atenta y segura servidora.

Exmo. señor—

Josefa Cavenago de Luzuriaga.

Despues de la lectura de esta sentida peticion ¿qué podríamos agregar nosotros?

La viuda de un general argentino, mariscal de Chile y gran mariscal del Perú, no tiene una pension para vivir!

II.

Don Toribio de Luzuriaga nació en Lima el 16 de abril de 1782, en Huarás, de donde era oriunda su madre doña Maria Josefa Mejia de Estrada y Villavicencio. Su pádre don Manuel de Luzuriaga y Elgarresta, era natural de Tolosa en Vizcaya. Residian en la ciudad de Lima, pero ocupándose del comercio en el rescate de piñas y pastas, viajaba

con la familia por la sierra, [por cuya causa vió la luz en Huarás, donde por aquel momento se detuvieron.

Nada sabemos de su niñez; pero en 1797 sirvió la secretaria particular del señor Inspector general de las tropas del Perú y gobernador del Callao, teniente general marqués de Avilés. Cuando fué este promovido á la presidencia y capitania general de Chile, fué su gentil-hombre y continuó en el mismo empleo anterior de secretario. En 1799 el marqués lo recomendó á la corte por sus servicios.

Segun Vicuña Mackenna fué paje del virey Avilés cuando este pasó al vireynato de Buenos Aires, y apesar de la tirria con que este escritor lo juzga, reconoce la «cortesania de sus modales», lo que segun él, lo hizo abrirse paso en los ascensos.

Entró á servir de alferéz en el rejimiento de caballeria de Buenos Aires el 17 de junio de 1801. En febrero de 1805 fué agregado al rejimiento de Dragones. En el cuerpo de tropas lijeras de nueva creacion para la guarnicion de Montevideo, ascendió á teniente el 17 de agosto de 1807. Capitan del rejimiento de infanteria lijera del Rio de la Plata, el 4 de diciembre del mismo año. Fué agregado al real cuerpo de artilleria con grado de teniente coronel el 20 de setiembre de 1808, y en 8 de noviembre del citado año agregado en la misma clase y grado al rejimiento de Dragones.

En 3 de agosto de 1810 fué capitan primero del rejimiento de artilleria volante y sarjento mayor del Rejimiento de Dragones de nueva formacion para la espedicion del Perú el 3 de noviembre del mismo año. En 4 de diciembre de 1811 fué nombrado director de la academia general de ofi-

ciales en el cuartel general de Jujui, empleo para cuyo desempeño se necesitan conocimientos distinguidos.

En 1813 fué comandante del batallon n.º 7, en 30 de marzo de 1814 coronel y en 3 de abril de 1815 fué nombrado secretario interino de Estado y del despacho de Guerra en Buenos Aires; desempeñando este puesto fué ascendido á coronel mayor. El propietario brigadier Viana se ocupaba á la sazón de una comision de interés.

En 1812 fué destinado de teniente gobernador á Corrientes, de donde fué llamado por el gobierno general para servir otros destinos. Desempeñó aqui el empleo de jefe del Estado Mayor General por estar ausente el propietario. Hizo dos campañas al Perú, y á la vuelta de la segunda desempeño, como hemos dicho, el ministerio de la guerra.

En 5 de marzo de 1817 fué nombrado gobernador intendente de la provincia de Cuyo, que sirvió hasta 1820. De alli pasó á incorporarse al ejército libertador del Perú, cuyas campañas hizo.

El 14 de julio de 1818 fué condecorado con la Legion de Mérito de Chile, como sub-oficial. En 20 de junio de 1820 fué ascendido á coronel general de los ejércitos de aquella república, y en 5 de febrero de 1821 á la de mariscal de campo.

El general don José de San Martín lo condecoró con «la honorable dignidad de fundador de la órden del Sol, desde su institucion, como general de division y declaratoria en el diploma de haber tenido una parte muy distinguida en la gloriosa empresa de libertar al Perú, contribuyendo directamente á llenar las esperanzas de los pueblos oprimidos, y de ser acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteri-

dad.» (1) Y sin embargo, á su infeliz y desgraciada viuda el gobierno argentino le niega una pensión!

Recibió la medalla de oro del ejército Libertador, y fué promovido en 22 de diciembre de 1821 al empleo de gran mariscal del Perú.

El general San Martín le confió entre otras comisiones importantes, la de pasar á Guayaquil, cuyo gobierno le pedia un jefe de graduacion para mandar sus fuerzas, comision que desempeñó con plena aprobacion del general, del pueblo y gobierno de Guayaquil.

De regreso de esta comision fué nombrado en 16 de febrero de 1821 presidente del departamento de Huaylas.

Vino á Buenos Aires á desempeñar una comision que le confió el general San Martín.

En 1835 publicó aquí un folleto con el título—MEMORIA (cuya consevacion y oportuno uso recomiendo) *con los documentos que la acompañan, sobre mi dimision del mando de la provincia de Cuyo é incidencias al partir con el ejército libertador del Perú desde el cuartel general en Valparaiso á 12 de agosto de 1820.*

El general San Martín le escribia el 17 de julio de 1837, desde Grand Bourg, cerca de Paris.

Mi querido compadre y amigo.

.....

Desde el año 53 en que fui atacado del cólera, me quedó una enfermedad de nervios que me ha tenido varias veces á las márgenes del sepulcro; en el dia me encuentro restablecido á beneficio de los aires del campo en donde vivo, y mas que todo, á la vida enteramente aislada y tranquila que sigo:

1. Hoja de servicios del general Luzuriaga.

si la futura situacion de nuestro pais puede garantizarme esta misma tranquilidad, estoy resuelto á marchar con mi familia á fin de dejar mi vieja carcasa en una casa de campo de esas inmediaciones, que es todo el bien á que aspiro, de lo contrario, prefiero mi voluntario ostracismo á ser testigo ocular de los males de nuestra patria.

Un millon de recuerdos á mi comadre y ahijado, y á usted mi querido compadre, la sincera amistad que siempre le ha profesado su viejo amigo

José de San Martin.

Hemos transcripto estos párrafos porque ellos revelan la distincion con que el general San Martin trataba á Luzuriaga, y porque ademas consideramos como un deber recojer los juicios emitidos por aquel general en la franqueza de la correspondencia particular. La palabra de los grandes hombres, sus sentimientos íntimos, sus aspiraciones y sus deseos, pertenecen á la historia que ha de juzgarlos; reunir los antecedentes para este fallo es servir á su memoria y á la patria. Desgraciados los pueblos que no saben honrar á sus servidores, ni vituperar á sus tiranos, grandes ó pequeños!

El general Luzuriaga, cuya carrera acabamos de narrar señalando las fechas de sus ascensos, tuvo un momento de debilidad. Acosado por la pérdida de su fortuna, aquel espíritu viril se amilanó, y puso término á su larga y trabajada existencia! La desgracia produce un vértigo que no disculpa, pero que explica ciertos desastres.

El general Luzuriaga conservó siempre una especie de culto por el eminente general San Martin, y en sus escritos se percibe era veneracion profunda, constante, caballeresca, por aquel hombre extraordinario.

Hemos creído conveniente preceder la publicación de la memoria póstuma del general Luzuriaga de estas ligeras noticias sobre su vida.

VICENTE G. QUESADA.

Febrero de 1865.



I.

Noticias particulares sobre el estado político y militar de la campaña de la provincia de Guayaquil de 1820, y breves observaciones generales de la campaña del Perú con la expedición libertadora mandada por el generalísimo San Martín.

Ya que los apuntes y anotaciones que voy á hacer relativos á esos hechos é incidencias pueden servir al presente solo de noticia histórica, por el largo transcurso de años y sucesos sobrevenidos, agregaré unas comunicaciones particulares entre el presidente de la Junta de gobierno de Guayaquil don José Joaquín de Olmedo, el diputado don Tomás Guido y el general Luzuriaga, que dán una idea mas exacta del estado de esa provincia en la campaña de 1820, de la cual he de tratar. Hélas aquí:

Del presidente Olmedo al general Luzuriaga.

Señor don Toribio de Luzuriaga.

Guayaquil, diciembre 7 de 1820.

Mi apreciado amigo y señor: la correspondencia oficial no puede ser contestada ahora por que todavía están en junta de guerra, á que se ha sujetado la cuestion sobre ausilios; y este conductor sale en todos momentos, y lo prefiero por salir antes, para saludar á usted y anunciarle desde ahora que segun se han espresado esos señores puede ser que no se

resuelvan á remitir la compañía de cazadores, que es lo mejor ó lo único que hay de provecho. Yo hice la insinuacion de que asistiese á la Junta el señor Guido para que esforzase las razones que militan para la necesidad de enviar el refuerzo que usted pide; pero nada he conseguido hasta este momento que escribimos juntos; la junta está pendiente aun. Considero á usted, amigo, lleno de fatigas; pero gozoso por hacer un servicio á la patria. Esta es la recompensa de los hombres de bien, y esta es la única que usted ambiciona.

En este momento llega el acta de la Junta de guerra: nada, nada. Adios mi estimado amigo,—Es suyo. *José Joaquín de Olmedo.*

Del diputado Guido al general Luzuriaga.

Señor don Toribio de Luzuriaga.

Guayaquil, diciembre 20 de 1820.

Mi querido amigo.

Incluyo á usted el convenio que está pronto á firmar ese gobierno: me he tomado tiempo para consultarlo con usted y espero me dé francamente su opinion sobre él; mas esto debe ser sin perder momento por que no se estrañe la demora. Aseguro á usted que despues de las conferencias de una semana, es lo mas que ha podido lograrse. Su amigo.

Tomàs Guido.

Nota con que fue contestada la anterior carta, con una sencilla de remision.

Mi opinion franca es: que no se halla Guayaquil en estado de hacerse tratados algunos con él: que es visto lo que trabajan y no ceden para sacar su solo partido los del influjo actual. Que firmarles cualquiera tratados, ya que el pais nada dá segun se vé sobre el empréstito, nada ofrece, y aun con no-

nosotros no han podido disimular sus desconfianzas y egoismo, sería tal vez dar motivo de travas para lo futuro. Si el general San Martín se halla en estado ó necesidad de enviar una division, debe hacerlo para fijar libremente sus operaciones, en una palabra, para dar la ley, pues tambien tiene esclusivamente el poder marítimo; en cuyo caso puede usar de los miramientos y generosidades que exija la política y seguridad de las armas, dando y no pidiendo. Pensar formar ejército ó una division sobre los tratados, con los recursos solos que ha desplegado Guayaquil y en su estado actual, es pensar que vuela un buey; ni aun con los doscientos hombres que exigen de nosotros, que al instante se desmoralizarian entrando en los partidos, y no harian mas que aumentar los males de la milicia, y con ellos la discordia y odiosidad de los pueblos. La clase militar actual de Guayaquil ha de tener siempre su apoyo en la política confusa, explicaré así, del pais: ella no cede el rango que se ha procurado, ni piensa mas que en el modo de sostenerse, y entrará siempre en todo plan interior. Cada uno parece que trata de sus privados intereses, y pienso que todos han creido conciliarlos bien en los tratados. Yo suspenderia firmarlos, y me reduciria á esperar supuesto que el general San Martín respeta la voluntad de los pueblos en los intereses de su administracion, y que solo trata de quitar el influjo del gobierno español. Estando de consiguiente en los medios de su plan militar el auxilio de tropas á los pueblos libres que lo necesiten urgentemente, usted influirá muy particular y activamente en que se den á Guayaquil; y que para facilitarlo ó reemplazar el déficit que el pudiese dejar en el efectivo del ejército, envíen los cuatrocientos reclutas, que por su puesto entre desertores, muertos, y enfermos, quedarán en doscientos ó doscientos cincuenta á

lo mas cuando se hallen en estado de servicio. En esa situacion, esperemos nueva escena. Este es mi sentir. Soy tambien de parecer que tratase usted de tentar bien el estado de Cuenca, y que hiciese usted un viaje allá si era posible; sin que por modo alguno se entre nunca en el formal empeño de que yo mandase armas ni en parte ni en todo en Cuenca. no es tiempo ya; ni lo haré allí, ni aquí. Las guerrillas, en el plan de operaciones para su seguridad al replegarse y tomar posiciones, están en sus crisis, y no quiero yo dejar de la vista este punto en tal estado. Por eso demoro mi visita á esa, esperando solo la oportunidad que la situacion de aquellas, en el avance de la estacion, me presente para verificarlo. Cuartel general en Babahogo 22 de diciembre de 1820.

Toribio de Luzuriaga.

Del diputado Guido al general Luzuriaga.

Señor don Toribio de Luzuriaga:

Diciembre 23 de 1820.

Mi muy querido amigo:

A las seis de esta mañana llegó su ayudante Araya, y me entregó la de usted de ayer con la nota de reflexiones que me acompaña. Era necesaria una conferencia dilatada para manifestar á usted cuantos motivos me inducian á no reprochar de golpe los artículos del convenio: felizmente me habian ocurrido las juiciosas reflexiones de usted, mis ideas que no las ignora, no podian conformarse con la adopcion de un convenio que á primera vista no solo presentaba un escándalo para los demas pueblos, sinó que deprimia en cierto modo los respetos del general, que por obligacion y conveniencia pública debemos sostener; pero hubo un período en que ó consentia en un tumulto militar que estuvo en visperas de realizarse, ó me prestaba accesible al convenio: pesaba los

males de uno y otro paso y me era forzoso decidirme por el último medio, como único que lo paralizaba todo.

Sin embargo, haciendo algunas escaramuzas me tomé el tiempo necesario para concertar mi opinion con la de usted antes de suscribirlo; y supuesto que toca en algunos escollos, y se inclina á que no se concluya el convenio, he adoptado el parecer de usted bajo el plan siguiente que á mi ver todo lo concilia.

He propuesto al gobierno esta tarde, que respecto á que no se decide á que todas las tropas de la provincia dependan esclusivamente del general San Martin, con la facultad de renovarlas, cambiarlas, ó destinarlas donde estimare mas conveniente, y á que en el hecho de ligarse al general á hacer las propuestas á este gobierno para su aprobacion, se establecia un principio de dependencia de parte del general hácia este gobierno, creia mas conveniente el que el dicho gobierno me pasase el convenio como una simple minuta para conducirla al general; si S. E. se conformaba, principiases los efectos del convenio desde que diese su aprobacion, sin necesidad de que yo lo subscribiese ahora respecto á que las medidas que comprende nunca podrian efectuarse hasta que fuese noticiado el general. Se convino el gobierno en mi propuesta, y este es el estado de este negocio de el que he salido con aire. Entre tanto he vuelto á reclamar la autoridad del gobierno para la subscripcion de un empréstito Reciba usted la fina amistad de su invariable amigo.

Tomas Guido.

El general Luzuriaga, que fué siempre muy cuidadoso en el ejercicio de sus destinos de no ingerirse jamás de modo alguno, ni interrumpir el libre desempeño de los de otros, escribió y fundó en esta ocasion francamente su sencilla opi-

nion al diputado, por que el general San Martín le dijo al darle sus últimas órdenes que en ciertas instrucciones de dicho diputado llevaba la de no concluir convenio alguno sin su acuerdo. Se creyó así obligado y responsable para con el general en jefe. De otro modo se habría abstenido absolutamente, porque ha sido desconfiado de sus opiniones particulares y nimiamente escrupuloso de no hacer incurrir tal vez por ellas á otros en error, sin que por eso dejase de llenar siempre con actividad, resolución y firmeza sus responsabilidades respectivas, como le era posible y hallaba de su deber.

Del Presidente Olmedo al general Luzuriaga.

Señor don Toribio de Luzuriaga.

Guayaquil, diciembre 24 de 1820.

Mi estimado amigo: esta madrugada hice un espreso con la desgraciada nueva de la pérdida de Cuenca. Y compadecido de la pesadumbre que tendrá usted, quiero consolarlo con la importante, con la importantísima noticia de las ventajas decisivas del Ejército Libertador al mando del hijo predilecto de la patria. Huamalies, Huanuco, Cajatambo, Huaylas, Tarma, Jaujas, toda ese vasto y rico país, todo es ya del partido de la libertad. El batallón de Numancia se ha incorporado á nuestras banderas; este acontecimiento vale dos victorias y media. La escuadra apresó una fragata procedente de Cádiz con rico cargamento: se asegura que dos mas han tenido igual suerte. Se sacó de Callao una fragata americana con buena carga y á inda mais dos mil fusiles. O'Reylli fué batido en Pasco: el coronel Martín Arenales ha dado estos dias mas de gloria á la patria. Viva la patria! Con todo, la suerte de Cuenca viene á interrumpir con doloroso recuerdo esta alegría de mi alma. Si usted lo cree con-

veniente puede dejar sus órdenes por allá, y aparecerse por acá para cooperará la medida que exige las circunstancias. Adios amigo mio. De usted apasionadísimo y afecto amigo.

Josè Joaquin de Olmedo.

Contestacion del general Luzuriaga.

Señor don Josè Joaquin de Olmedo.

Babahogo, 26 de diciembre de 1820.

RESERVADA.

Mi muy estimado amigo y señor: los progresos del ejército libertador son seguramente consiguientes al plan de campaña que se ha propuesto el general San Martin. No hay duda, que la opinion pública de América es una y general; falta solo decision, desprendimiento, no muy grande, y cierto tino sencillo en los que deben dar el espíritu de impulsión á la máquina que ya es formidable, de la libertad. Muy sensible es lo de Cuenca. Luego que reciba los partes del replegue de las guerrillas, marchó á esa pues ya tampoco me resta que hacer por estos parajes. Nuevas tropas, ó una reorganización mas difícil que la formación, es lo que ustedes necesitan si han de tener ejército; en lo demas Guayaquil está defendido por la naturaleza en todo el invierno especialmente. Entretanto, vea si pueden inquietar al enemigo en sus mismas posiciones manteniendo la guerra de recursos ó de montonera y fomentando la opinion y empresa de los patriotas en los mismos pueblos que ocupa: eso lo hacen hombres que no suelen faltar con el dinero y algunas armas dadas con oportunidad; no creer al enemigo sus patrañas, é ilustrar á los pueblos para que no le crean. Una politica interior cuidadosa y vigilante para que no se mine ó debilite la opinion y se renueven en su origen las chispas de la envidia y descontento,

y observar las espías que el gobierno español tiene en todas partes: con lo demás que saben mejor los estadistas políticos que no yo: y ojo alerta con los egoístas y tejedores. El enemigo es en el día pequeño, mucho más sin recursos exteriores absolutamente y no tan fuerte que deba dar cuidados á los pueblos si quieren su libertad. Valido de la franqueza que usted me presta en sus cartas le anticipo mis ideas; ni podré dar otras para las medidas del momento en las circunstancias. Deseo á usted salud y que disponga de la consideración y afecto con que soy su atento amigo y servidor.

Toribio de Luzuriaga:

El ejército de Guayaquil, á la llegada del general Luzuriaga y Guido acababa de ser derrotado por las fuerzas españolas de Quito, y su gobierno había caído. El que sucedió recibió con distinción á ambos, y después de una Junta de guerra nombró comandante en jefe de dicho ejército al autor de estos apuntes. Acepté, situando el cuartel general en Barahogo y obtuve con las reliquias del ejército, defender la provincia, fomentando el entusiasmo de sus virtuosos habitantes, con cuyo auxilio pude tener en continua acción numerosas guerrillas sobre los campamentos y posiciones del enemigo. Suspendidas las operaciones de ambas partes por la estación de las lluvias, creí llena por entonces mi misión, completada la campaña y segura la provincia, hasta poderla abrir de nuevo. Los recursos militares con que conté fueron pocos, pues los reconcentrados en la capital estaban enteramente ocupados en sostener el orden y la autoridad del gobierno, que debía informar de todo al general, para que terminada la estación se abriese de nuevo si S. E. lo dispusiese. (1)

1. Acaecieron también en Guayaquil en esa época de 1821, los des-

El libertador Bolívar triunfante en Carabobo del ejército español envió fuerzas en socorro de Guayaquil, y el general Sucre pudo abrir de nuevo en 1821 la campaña, triunfando en Pichincha el 24 de mayo de 1822, auxiliado por el general San Martín, con la columna formada y enviada por este, á las órdenes del comandante Santa Cruz, hoy gran mariscal.

En la necesidad que tuvo del auxilio el general Sucre y habersele podido prestar desde Trujillo, para obtenerse una ventaja de tan vitales consecuencias á la causa americana, pues aseguró la libertad del Ecuador, debilitando en sus fundamentos el poder peninsular con la destrucción del general presidente Aymerich y de sus fuerzas hasta entonces prepotentes,—es de notarse uno de los desenvolvimientos de la exactitud previsora y tino de talento de las operaciones militares del general San Martín en su gran plan de campaña para libertar al Perú, y los objetos entre otros por qué encargó al general Luzuriaga procurase franquear al Este el territorio de Trujillo, que se mantenía hasta entonces bajo la dependencia del gobierno real.

Agregaré el estado de fuerza (1) que se encuentra en la gracitados sucesos de una sublevacion de la fuerza sutil del rio, y el paso ó desercion al enemigo del primer batallon de las tropas que formó la Junta de gobierno en el mismo año con su comandante Lopez; quien proclamó despues á las damas de la capital, y cuya enérgica heróica contestacion, en que lucen los nombres de las ilustres matronas subscritas, es un documento que está publicado en un tomito titulado *La Flor Colombiana*, impresion de París. Dichos sucesos se hallan igualmente referidos en el discurso que el presidente del cuerpo electoral de esa provincia preparó para el tiempo en que se discutiese el punto de su incorporacion á Colombia, y se publicó en *El Patriota* de Guayaquil del 10 de agosto de 1822.

1. Suprimimos el publicar *El estado general de las fuerzas con que*

Memoria histórica del general Arenales, con que aquel general en jefe tomó á su cargo esa necesarísima y grandiosa obra. De los cuatro mil setecientos hombres que detalla el estado con el batallón de Coquimbo, deben rebajarse el menor número que de él se incorporó en los trasportes al paso de la escuadra, los enfermos y otras bajas del total al embarco y desembarco; de modo que no llegaron á cuatro mil efectivos, mientras el virey pasó revista en Lima la víspera del arribo de la expedición á la Bahía de Paracas en Pisco, el 7 de setiembre de 1820 á once mil hombres disponibles, tropa selecta: fuera de las guarniciones de que estaban cubiertas las ciudades de ambas costas Norte y Sud, la plaza del Callao y depósitos del interior, sin contar el ejército que ocupaba las provincias del Alto Perú (Bolivia) al mando del general Olaneta, ni el de Quito (Ecuador), al del presidente general Aymerich.

El gobierno peninsular habia hecho del Perú el foco de su poder en esta América del Sud: era así, con la continua conservacion y acumulamiento de fuerzas, el asilo de la emigracion y el centro anti-revolucionario de el cual se obraba enérgica y poderosamente en todas direcciones contra los independientes. El virey, pues, preparaba elementos para expedicionar nuevamente sobre Chile, en donde habia perdido los dos brillantes ejércitos que se decían vencedores de los vencedores de Austerlitz, mandados por los generales Marcó y Osorio en Chacabuco y Maipú; y por ausiliar á la vez al general Morillo contra el Libertador Bolívar que habia ya impuesto en sus campañas de Tierra Firme, libertando á Venezuela en la batalla de Boyacá el 7 de agosto de 1819.

se halla hoy dia de la fecha, Valparaiso, agosto 20 de 1820, el Ejército Libertador del Perú, por ser un documento muy conocido. (Q.)

Ambos proyectos del virey quedaron paralizados con la expedición Libertadora, y fueron seguidamente deshechos en sus elementos desde que se abrió la campaña al desembarcar en Pisco el 8 de setiembre de 1820, hasta la independencia de Trujillo el 29 de diciembre del mismo; por las hábiles maniobras de su jefe, el empeñoso creador de ellas, general San Martín, vencedor de Chacabuco y Maipú, el que supo hacer antes su memorable paso de los Andes, trepando esa elevada cordillera casi á vista del enemigo superior en fuerzas (1) y salvando sus montañas atónitas sin duda, como ya

1. El general Marcó, presidente y capitán general de Chile, tenía concentrado para operar sobre Cuyo conforme á órdenes é instrucciones del virey del Perú, un ejército disponible de ocho mil hombres presentes y perfectamente disciplinados.

Se decían vencedores de los vencedores de Austerlitz, por componerse en parte de cuerpos escojidos que habían pertenecido á los ejércitos de Baylen, y estar formados los restos sobre cuadros de esos mismos ejércitos y del mando del generalísimo Wellington en España, del mismo modo que el venido posteriormente de Lima á las órdenes del general Osorio, y que fué totalmente destruido y prisionero en Maipú, con las reliquias que se le incorporaron del derrotado anteriormente en Chacabuco.

El ejército del general San Martín no llegaba á tres mil hombres, y con ellos interponiéndose la gran cordillera, su intemperie y sus montañas, y en la necesidad de conducirlo todo consigo hasta el alimento para los animales. Urjia atacar, desconcertar y deshacer aquel centro: mas en la gran desproporción de fuerzas, era indispensable maniobrar para dividir las del enemigo. En efecto, luego que el general San Martín puso, con singular acierto y tino los medios seguros de persuadirlo, que habiendo negociado y obtenido bajo la mayor reserva el paso por el territorio Pehuenche en un solemne y magnífico Parlamento que celebró con sus caciques en esa frontera para asegurarse de su amistad, iba á operar contra él en el sud por el Planchon, apoyado del resto de su ejército que cargaría sobre su frente por Uspallata, dió impulso con los emigrados y milicias sostenidos de destacamentos del ejército á la invasión general, simultánea de

se ha figurado, de sentir sobre sí por primera vez el peso de la artillería con el ejército que formó, instruyó y disciplinó en Mendoza; y por la bravura de las tropas libertadoras y las de su escuadra que había aumentado su superioridad en el Pacífico con el brillante apresamiento de la fragata de guerra *Esmeralda*, sacada á viva fuerza de la línea española

la frontera, que tenía meditada sobre toda la extensión de la línea Norte á Sud del territorio de Chile. Marcharon pues con grande aparato hácia el Planchon y el Portillo los cuerpos de guerrillas que se internaron y obraron en los pueblos del Sud conforme al plan de invasión. Marcharon también los que obraron en el Norte por Calingasta, Patillos y Olivares á Huanta y Elquin hasta Coquimbo, amagando extenderse al Guasco y Copiapó, cuyos extremos boquetes fueron cubiertos por milicias de la Rioja y Catamarca. Moviése una división á Uspallata la cual debía defender el paso si el enemigo intentase forzar esas gargantas para invadir á Mendoza, como en efecto rechazó esa división á una columna que emprendió ocupar á Uspallata, y continuar de frente oportunamente hasta unirse al cuerpo del ejército. Y rodeando el general en jefe con el grueso de él, que dirigió en persona al Norte de su posición (Mendoza) por el camino de los Patos, sin que el enemigo pudiese percibir sus movimientos, hasta el punto de reunión al occidente donde ordenó sus mazas para combate. Llegó sucesivamente á avistario recostado y superior en número en la cuesta de Chacabuco el 12 de febrero de 1817: en cuya memorable y sangrienta jornada, combatiendo el ejército con el doble aliento que inspira el amor de la patria y la desesperación, sin alternativa entre la victoria y la muerte, lo arrojó todo en un instante, y el reino de Chile, á escepción de Talcahuano á donde se refugiaron los restos de los vencidos, quedó en posesión de sus derechos y prisionero el opresor presidente general Marcó.

Tocándose ese paso de los Andes en un artículo biográfico, impresión de Lóndres en 1823, se dice: "Por fortuna escribimos este artículo en una época en que el ilustre Humboldt ha revelado al mundo el aspecto físico de América; y así ni parecerá aventurado cuando aseguremos que nada presenta la historia comparable al paso de los Andes por el general San Martín; no merecen ciertamente entrar en paralelo el de los Alpes y el de San Bernardo por Anibal y Napoleon."

por el vice almirante, bajo los fuegos de la plaza del Callao. (1)

El general Bolívar pudo así igualmente sin mas dificultades libertar á Cundinamarca (Nueva Granada) en la célebre jornada de Carabobo del 24 de junio de 1821; y completar su obra cuando quedó libre el Ecuador con la ocupacion de Quito por la gloriosa jornada de Pichincha, 9 de mayo de 1825, decidida con el auxilio de las tropas del general San Martín (2), quien envió poderoso y oportunísimo apoyo, unidas y sin interrupcion alguna de fuerzas contrarias, las líneas de operaciones de los ejércitos de ambos generales.

Coincidió oportunamente, que sucediese tambien en esa época de 1821, la solemne declaracion de la independencia de Méjico el 28 de diciembre; la de Panamá y su incorporacion á Colombia el 28 de noviembre; y la de Goatemala (Centro-América) el 15 de setiembre. ¡Cuan grande no debió ser talvez la influencia que ejerceria en el acertado y seguro movimiento de esos cuerpos, la aparicion en las costas del Perú de la espedicion libertadora y sus progresos!

II.

Observaciones especiales sobre operaciones de esa gran campaña, anotando la Memoria histórica del general Arenales.

Al tener que continuar estos apuntes, con algunas esplicaciones sobre inexactitudes de la *Memoria histórica* del ge-

1. Posteriormente se rindió al gobierno del Perú por tratados celebrados en febrero de 1822 en Guayaquil, cerca de cuyo gobierno mantenia el general San Martín sus agentes, el resto de la escuadra española que bloqueaba entonces ese rio, compuesta de las fragatas *Prueba* y *Venganza* y de la corbeta *Alejandro*, que hicieron luego parte de la peruana.

2. Esa columna se compuso principalmente con el correspondiente tren de artillería, de dos escuadrones de caballería y un batallón de infan-

neral Arenales en la parte que comprenden á los presentes documentos, y acabando de hablarse de la grande campaña del Perú, no podemos escusar y aun nos creemos en el preciso deber de hacer ante todo, las siguientes observaciones, anotando esa *memoria* como testigos de aquella campaña á las órdenes de su ilustre jefe el generalísimo San Martín.

Parece que el *Editor* de dicha Memoria, publicada en Buenos Aires en 1832, hubiese querido sujetar á las operaciones de la division de su héroe, y á sus planes accidentales sobre bases contingentes, y sobre los dudosos, fortuitos y variables de la suerte incierta y eventos de las armas — aquel vasto, profundo y combinado plan de campaña que reservó y reservaba, y no sabemos lo haya revelado aun su autor. El quedó sin concluirse nuevamente y no bien desenvuelto, aunque admira su combinacion é importante trascendencia al observador, cuando abdicó el mando en 20 de setiembre de 1822, habiendo hecho hasta esa fecha, y asegurado inimaginables progresos. Por ellos, por algunos datos que dieron de su preparacion los primeros movimientos al abrirse la campaña, y alguno que otro mas, puede solo calcularse su grandeza.

Mas el general Arenales habia dado una leccion en el capítulo de su carta autógrafa inserta en la memoria, cuando observando inexactitudes de la de Miller, dice: aquellas retiradas á que se refiere y cuantas operaciones se ejecutaron, eran escrupulosamente ceñidas y sujetas á instrucciones terminantes, órdenes superiores que se conservan, *planes y* *tertia* que con cuadros de las respectivas armas del ejército Libertador, se formaron en Trujillo por sus comandantes don Juan Lavalle y don Félix Olazaba, oficiales que habian hecho su carrera de cadetes en la creacion del rejimiento de Granaderos á caballo y en la del primer batallon n.º 7.

combinaciones que no estuvieron ni debieron estar en el conocimiento del autor de las memorias entonces. Debe aplicarse pues respectivamente con relacion á los generales de division, la observacion que aquí se aduce para con el comandante guerrillero en esa época, teniente coronel Miller, que obraba bajo la proteccion y dependencia de la escuadra.

Exactamente el general San Martin daba sus órdenes militares terminantes y positivas; sus instrucciones, algunas veces verbales, siempre precisas y adecuadas al solo objeto (1) del puntual y material cumplimiento de aquellas; aunque en ocasiones se estendiese, en sencillos discursos ó contestaciones confidenciales, con indicaciones que satisficiesen ó calmasen el zelo de sus subalternos, porque oia

1. El Destacamento que fué enviado á Pisco el 13 de marzo de 1824, mandado por el teniente coronel Miller á las órdenes del vice-almirante de la escuadra, tuvo por objeto, segun las mismas *memorias de Miller*, interrumpir la comunicacion entre Lima y las provincias del Sud, los demás movimientos fueron arbitrarios, resultaron desaprobados sobre algunos hechos de la conducta del vice-almirante en los particulares informes que en su mision dió al supremo gobierno de Chile la Legacion Peruana presidida del ministro don Juan Garcia del Rio, á su tránsito para Europa en enero de 1822.

El general San Martin se reservaba sin duda obrar con mas oportunidad sobre esas provincias entre tanto fueron inquietados y comprometidos intempestivamente sus habitantes. Todo lo que podrá servir de advertencia “al objeto propuesto por el autor de esa *Memoria histórica* en poner á la vista del lector la correspondencia de las operaciones de Miller con las de Arenales;” y se notará entonces por su lectura que, obrando ambos aislada y quijotesicamente fuera de las combinaciones del general en jefe, el uno sobre Yaulí para que el ejército Libertador concluyera prontamente la campaña y entrándose el otro á descubrir como los conquistadores, en cumplimiento de las órdenes del vice-almirante para satisfacer sus deseos y “miras mucho mas estensas que hacer una diversion en favor de San Martin” como él mismo dice en sus *Memorias*, terminaron sus empre-

siempre con aprecio y sin desden cualquiera informes. Y con tales antecedentes, y la combinacion de movimientos notada por la misma memoria, bien entendida para forzar al virey á variar de posiciones y maniobras, podrá tambien formarse un juicio aproximado ó fijo, de la estension y designios que abrazarian los planes acordados confidencialmente, (1) sin instrucciones escritas, que ella indica; y sobre los fundamentos del paralelo de que se ocupa dando por conocidas, Arenales burlado y sin recursos en Yaulí teniendo en consecuencia que abandonar las provincias de la Sierra: y Miller segun las mismas memorias, que reembarcarse precipitadamente á forzadas y penosas marchas, con apuros y sin poder recibir órdenes ni protecciones de la escuadra, contingencias y fatigas azarosas para salvar su destacamento y alguna parte de los que habian abrazado la causa de los Patriotas y de la emigracion que se le agregó, y con la irreparable é inútil pérdida de los valientes del ejército, y de heróicos patriotas de esas provincias muertos en los combates.

1. En los primeros planes que le convinieron despues, ya en Tarma, al general Arenales por el accidente de las nuevas operaciones del virey con motivo de los movimientos combinados que hacia ejecutar á sus tropas el general San Martin, se echa menos, muy particularmente alguna indicacion siquiera, de otros existentes en su conocimiento sobre que pudiesen jirar las mejoras ó nuevas combinaciones de sus proyectos. Probablemente, pues, aquellos planes que ha dicho la memoria acordados confidencialmente, se reducirian, á que el general Arenales desalojase las fuerzas españolas de la Sierra, y tomase posiciones en ella, reforzando entre tanto y aumentando en lo posible la division de su cargo.

Bien habia venido así quizás para las ocurrencias posteriores, que el teniente coronel Miller con su selecto destacamento no se hubiese alejado tanto de Pisco; nuevas órdenes talvez entonces los habrian puesto en estado de dar por resultado de combinaciones regulares, seguras, estendidas entre ambos y útiles, el reverso de la lectura que en la correspondencia de sus operaciones presenta la memoria y hemos observado en nuestra anterior anotacion; Miller se habria evitado tambien notar en las suyas el abandono de las provincias de la Sierra que hacia Arenales.

do y único absolutamente el modo con que se proponía el general en jefe concluir la campaña.

Era preciso también hacerse cargo de la calidad y cantidad de elementos con que tenía que obrarse, y de la situación política de los estados independientes en esas circunstancias, para respetar altamente las combinaciones en la ejecución de ese gran plan; que debía entrar en ellas necesariamente, mantener con el más esmerado cuidado la base de segura fuerza física en puntos los más convenientes, á fin de que, sin dejar de conservar lo ganado, hacer frente y perseguir proporcionalmente al enemigo, avanzase el tiempo indispensable para aumentar y crear recursos, y hacer jugar el principalísimo de los elementos—la opinión pública y el entusiasmo de los pueblos. En esta ordenada dirección, uniformidad, conservación, aumento y propagación, debían emplearse una meditación, sagacidad y tino especialísimo y profundo.

Pero abstracciones hechas, la cuestión al caso de planes y propuestas del general Arenales parece reducirse sencillamente, así: en el estado en que se hallaba la campaña con las ventajas adquiridas, ya independiente en todo el Norte hasta Guayaquil; en necesidad de atenderse al gobierno, recursos y combinaciones marítimas; en la situación del ejército en Huaura, y aun sin tiempo para haber podido hacerse bastantemente fuerte, convendría, retirándose el virey al Sud, ó sería indispensable, no distraer ni comprometer las fuerzas en combates; abandonando para ello, si fuese preciso, por entonces y en una retirada ordenada (como debía hacerlo, la división de la Sierra en caso de ser buscada por el enemigo á un combate)—el pequeño ángulo compuesto del Departamento de Tarma que formaba el punto extremo Este de

la línea de operaciones, y variar Norte á Sud. En el otro extremo Oeste, situando el ejército de Huaura en Lima, para ocupar, reforzar y asegurar esa capital; acantonar, reponer y aumentar debidamente dicho ejército, su material y adyacentes; situando al mismo tiempo la importante plaza del Callao que se tenía bloqueada, y era sobre manera interesante y necesarísimo tomar.

Compensábase aquella pérdida del momento si tenía que abandonarse Tarma, con una estencion en el Oeste que comprendía la muy grande, insigne é ilustre ciudad de los Reyes (después de los libres, en donde debía concentrarse el ejército para recibir una organización mas conveniente á las circunstancias) Lima, capital y emporio del reino del Perú, que lo fué desde su fundación y hasta no muy remota edad de toda esta América Meridional; ciudad de gloriosos recuerdos; célebre por sus luces y riquezas, cuna puede decirse, de ese ya grande, robusto y esforzado pueblo americano, cuya libertad y emancipación ansiaba vivamente, dando pruebas hasta la parte mas distinguida de su bello sexo, aun en el ánimo, esperanzas y consuelo que infundió á los prisioneros hechos desde 1810, que gemían en los calabozos de Casas Matas, (1)

1. El general San Martín negoció su canje antes de situarse el ejército en Huaura, cumpliéndose la última remesa, por fin de noviembre, en los primeros días de diciembre de 1820, que llegó á Supe. Y no fué poca gloria la que cupo á la expedición de concurrir á libertar de esas masmorras á mas de cincuenta beneméritos oficiales, entre ellos varios gefes subalternos, y sobre doscientos individuos de tropa, que habían sufrido heroicamente y existían en ellas despreciando los varios partidos que en diferentes épocas les hizo el gobierno Real. Todos obtuvieron inmediatamente de aquel general, con los socorros pecuniarios de las circunstancias, un grado y varios fueron distinguidos con un empleo y un grado sobre el que tenían. La tropa recibió gratificación y vestuarios.

con la particularidad de sus auxilios prestados de un modo especial y adecuado. Capital oprimida, aflijida y tiranizada con el peso mas ominoso del poder peninsular, particularmente desde los síntomas precursores de la revolución general en las insurrecciones de Charcas, la Paz y Quito, de mayo, julio y agosto de 1809; que abandonada por el virey, quedaba espuesta á los horrores de la anarquía, y como ha observado un ministro del Perú, á las catástrofes que todos presajaban á sus habitantes, para la hora en que los antiguos resentimientos se diesen la señal de alarma.» Catástrofes que podian llegar á ser manejadas y aumentadas por envidias de la guarnición enemiga del Callao, que habria dominado así la capital en el desórden, sacrificando los mas ilustres y enérgicos defensores de la libertad, en la esperanza de sofocar con general escarmiento de la tierra el heroico patriotismo con que denodadamente concurrían por todos los arbitrios posibles, á los progresos y seguridad de la expedición libertadora.

La continuacion de la línea, desde los puntos extremos antes espuestos al Este y Oeste en la Sierra y el Callao, se conservaba por el ejército patrio, formándola con el partido de Canta, las dos populosas provincias de Cajatambo y Huanuco de fuertes posiciones, y cuyo territorio, despues del intento y sorpresa indicado en una anotacion de los documentos, no pensó el enemigo en invadir; y aun el departamento de Tarma lo abandonó muy luego, situándose en el Sud de su frontera para cubrir ese flanco al fijarse el virey en el Cuzco. (1) Además la division de la Sierra, que se hacia po-

1. Y se halló aumentado el territorio libre, con el Departamento de Lima, que se compuso, de esa capital y de los partidos del Cercado, Cañete, Ica y Yanyos con el del gobierno de Huarochirí.

ner movable, podia en su caso cubrir esa parte Norte de ella, que era una de las direcciones hácia que debia ponerse en retirada por Pasco, ó bien hácia á Lima por San Mateo, evitando el compromiso de un combate si era buscado por el enemigo segun la órden que cita la *Memoria histórica*. (1)

Las referidas provincias de Cajatambo, Huanuco que hasta las montañas del Este, hacian como se ha dicho, la continuacion de la línea desde el Callao á Lima, pertenecian y formaban la frontera Sud de la presidencia provisional que servia el general Luzuriaga desde su regreso de Guayaquil, y se componia ademas de las otras cuatro, Huamalies, Huaylás, Huarí y Conchucos, que hacian su centro y confines al territorio de la costa, á los de Trujillo, á la montaña y Misiones del Huallaga y del Paso ó Ucayalí.

Arbitrio, pues, ya el general San Martin de los movimientos del enemigo sobre el Norte, fijó en las circunstancias el término á un periódico de la campaña (2) con inteligencia y prevision, y con dignidad y gloria salvando y cubriendo al gran pueblo en su conflicto, para contraerse y prepararse, á continuarla con serenidad, sin atropellamientos ni azares, y con seguro método, aumentados y mejorados sus elementos, bajo una nueva imponente organizacion estableciendo en Lima la base de sus operaciones y el centro de los movimientos del

1. Véase la nota etc. sobre la inteligencia y cumplimiento de esa órden y de las sucesivas comunicaciones que espresa dicha Memoria con observaciones á movimientos y operaciones de la division y á planes y propuestas del general Arenales que refiere.

2. No hay duda que, si el general San Martin hubiera podido verificar la espedicion libertadora con los elementos con que la combinaria cuando deshecho el ejército enemigo en Maipú, bajó al efecto segunda vez á la capital de Buenos Aires, se habria podido repetir el *veni, vidi, vici*, en todo el Perú desde Quito hasta Jauja.

ejército, y para prevenir al mismo tiempo la seguridad de su retaguardia por Guayaquil y Cuenca, que solo estuvo libre de riesgos desde que unió sus fuerzas en la victoriosa jornada de Pichincha (2 de mayo de 1822), con las líneas de ejército del general Bolívar.

Cabia también la esperanza de que los heroicos pueblos argentinos, cuna de la libertad, por la que habían derramado tanta sangre, y cuyos recursos é hijos formaban un principal poder de la expedición libertadora, llegasen á ponerse en actitud de imponer y picar al mismo la retaguardia del virey por las provincias del Alto Perú, que ocupaba el general Olañeta.

Para todo esto, al posesionarse de la capital del Perú, reasumió la potestad directiva de los Departamentos libres hasta la convocación del Soberano Congreso Nacional. Arregló el ministerio de gobierno que compuso de don Juan García del Río, secretario de la expedición, de la parte gubernativa, nombrándolo Ministro del Estado en el Departamento de gobierno y Relaciones Exteriores; de don Bernardo Montea-gudo, secretario en la misma de los Ramos de Guerra y Marina, Ministro del Estado en esos Departamentos; y de don Hipólito de Unanue, vecino de Lima, Ministro de Estado en el Departamento de Hacienda. Destinando de director de Minería á don Dionisio Viscarra, tercer secretario que le había servido en la expedición. Dió un estatuto interin se establecía la constitución permanente del Estado, que aunque provisorio, fijaba los límites de la autoridad (1) y los de la obediencia, y aseguraba á todos los ciudadanos el goce de sus

1. En su preámbulo se notan entre otros rasgos los siguientes: "Al reunir en mí el mando supremo bajo el título de *Protector del Perú*, mi pensamiento ha sido dejar puestas las bases sobre qué deben edificar los

mas preciosos derechos. Creó las clases del ejército libertador por los servicios durante la campaña.

Envió seguidamente á Europa de agente diplomático al Ministro don Juan Garcia del Rio; dió el ministerio de gobierno y Relaciones Exteriores, que dejaba vacante, á don Bernardo Monteagudo que servia el de Guerra; y nombró

que sean llamados al sublime destino de hacer felices á los pueblos. . . . En el fondo de mi conciencia están escritos los motivos de la resolucion que adopté, y el Estatuto que voy á jurar en este dia los esplica y sanciona á un mismo tiempo. . . . Mientras existan enemigos en el Perú, y hasta que el pueblo forme las primeras nociones del gobierno de sí mismo, yo administraré el poder directivo del Estado. . . . Pero me abstendré de mezclarme jamás en el solemne ejercicio de las funciones judiciarias, porque su independenciam es la única y verdadera salvaguardia del pueblo, y nada importa que se ostenten máximas esquisitamente filantrópicas, cuando el que hace la ley ó el que la ejecuta es tambien el que la aplica. . . . Si despues de libertar al Perú de sus opresores, puedo dejarle en posesion de su destino, yo iré á buscar en la vida privada mi última felicidad, y consagrare el resto de mis dias á contemplar la beneficencia del Grande Hacedor del Universo, y renovar mis votos por la continuacion de su propicio influjo sobre la suerte de las generaciones venideras.”

En la esposicion de las tareas administrativas del gobierno protectoral desde su instalacion hasta 15 de julio de 1822, presentada al consejo de Estado por el Ministro Monteagudo, é impresa en Lima ese año, se pueden ver tambien los ensayos y mejoras, para regularizar la administracion del Perú en todos sus ramos, con que ese poder empezó á edificar el Templo de la libertad. Entre las bases de reforma y nueva organizacion, se vé igualmente el establecimiento de una Alta Càmara en lugar de la antigua Audiencia, para que la administracion de justicia apareciese en una forma análoga á las circunstancias, bajo los principios que se le encomendaron el dia de su instalacion, y que se determinaron despues en el Reglamento de administracion.

Para el establecimiento de la biblioteca, cedió el general San Martin su hermosa libreria.

para este Ministerio á don Tomàs Guido que desempeñaba el gobierno del Callao en 1822. Hizo la convocacion para el Congreso Soberano, delegó el mando político en el Marqués de Torre Tagle, y se contrajo á la organizacion y disciplina del ejército.

En tales circunstancias, se aproximó el libertador Bolívar á Guayaquil, y en julio de 1822, lo visitó el general San Martín, cumpliéndole la entrevista que le tenia ofrecida desde antes, y dejando en Lima con el mando del ejército al general Alvarado.

Cundia entre tanto por todas partes la opinion sobre la ambicion de aquel general, mal prevenida por las maquinaciones y arterías de la oposicion formada hacia tiempo á su crédito y que ya de todas distancias se concentraban con empeño activamente en Lima. Fomentadas tambien universalmente con ardimiento por el partido anti-revolucionario interior ó doméstico, que era imposible dejase de existir entonces entre la familia americana, y por la corte de España á la vez y con sus poderosos arbitrios; quienes constantemente desde el primer grito de Libertad, introdujeron y atizaron con teson las disenciones entre los patriotas, ayudando á su discordia, al descrédito y division de los hombres capaces de dirigir la revolucion, como los recursos mas poderosos para confundirla, atrasarla ó paralizarla. (1)

1. Desgraciadamente sufre aun la presente jeneracion ya independiente, los males que produjeron los apurados y tenaces medios que se usaron para dividir y desacreditar, promover resentimientos, rivalidades y prevenciones; escitar los zelos y antipatias locales, la envidia y la calumnia; y crear de todos modos dificultades, resistencias y contradicciones á la voluntad general de la revolucion de entrar los pueblos americanos, libres de la oposicion y yugo de la Metrópoli, en la marcha y goce de la civilizacion, de la industria y del comercio y relaciones con las naciones del globo, por medio de la independendencia.

Durante la ausencia del general San Martín, hubo un ensayo de movimiento en Lima. Su resultado inmediato fué la deposición y deportación violenta del ministro de Estado don Bernardo Monteagudo, con cuyas novedades se halló aquel general á su regreso de Guayaquil el 19 de agosto.

Se ocupó entonces exclusivamente de la formación del Congreso: reasumió al efecto la parte política delegada; y lo instaló, dimitiendo ante él todo mando, con las solemnidades publicadas en los documentos de la *Gaceta de Lima* 20 de setiembre de 1822, día de la instalación. Se despidió satisfaciendo á los pueblos en su proclama de esta fecha.

Ya el 10 había escrito á Buenos Aires al que forma estos apuntes el siguiente capítulo copiado de su carta autógrafa que conservo:

«El 20 de este establezco el congreso general y el 21 me embarcaré para Chile, donde permaneceré hasta que se abra la cordillera, y pasaré á esa á ver á mi familia para arreglar el plan definitivo de mis días. Este país queda completamente en seguridad. Dejo en sola la capital once mil veteranos en el mejor estado: Rudecindo saldrá pronto con una expedición de cuatro mil quinientos hombres escogidos para Intermedios, interin Arenales los desaloja de la Sierra. Si como creo, *hay actividad y juicio en las operaciones*, en este año no quedan enemigos en el Perú. A mas de esto, Enrique Martínez se halla de presidente de Trujillo con dos batallones de infantería, otro de artillería, y dos escuadrones de caballería prontos para obrar donde convenga. Usted me dirá, que estando esto á su conclusión no aprueba mi separación; pero, mi compadre, usted conoce el estado de mi salud, y mas que todo, *ya me es insoportable oír decir que quiero coronarme y tiranizar el país*.... Vayan todos con

Dios, y probemos si me dejan de tildar de ambicioso, metiéndome en un rincón donde pueda vivir ignorado de todo el mundo.»

He ahí las causas únicas de haber envainado su espada el general San Martín, y de que no se hubiese terminado la guerra hasta principios de 1825; sobre que reflexiona de un modo particular aquella *Memoria histórica*, (páj. 109.) Si en la situación política del pueblo americano, pudiendo la presencia de ese general ser temible á la libertad segun su proclama, y á las instituciones de los del Perú, se propuso con el sacrificio jeneroso de su espontánea separacion, y rehusando á las invitaciones de ese Congreso para sostenerse en el teatro público, prevenir los mayores males en que podian ser envueltos, completó con ese elevado rasgo filosófico, la gloria inmarcesible de dejar ya asegurada la gran causa americana (1) que débil, en confusion, dificultosa é incierta, se apoyó en esa espada: la cual, llena de eternos laureles, y orlada de insignes y memorables trofeos ganados por los

1. No solo se hallaba en el mas poderoso y preponderante estado militar el Perú, sinó que en el exterior, estaba ya libre de ejércitos enemigos toda la comprehension de ambas Américas; y pudiendo dominarse las aguas por las escuadras chilena y peruana desde el Cabo á las Californias. Véanse á otros respectos aun las ligeras observaciones al párrafo 65 de la Memoria del Ministro Monteagudo publicada en Quito en 1823, reimpressa en Chile y Buenos Aires.

Copiaremos aquí una suscinta y verdadera relacion del estado en que se hallaba la causa americana en 1816; extractada de los artículos biográficos, impresion ya citada en Lóndres en 1823. Dice así: “Lamentable era la situacion de toda América. La península estaba libre de sus invasores y Fernando VII restituido á un trono de que era indigno! Nueva España, Méjico y Cundinamarca, gimiendo bajo el peso de las fuerzas y los crímenes de Morillo; Chile, oprimido por Osorio y su sucesor Marcó; Montevideo en poder de los portugueses, que con la mayor iniquidad se habian

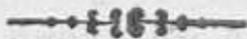
pueblos, les entregó, como su propiedad, pura y gloriosa, teñida sí, en sangre—la de los enemigos de su independencia, para que no teniéndola en sus manos, obrasen su bien en confiada libertad, indicándoles amistosamente el medio de precaverse de la anarquía, único mal ya de temerse en el desarrollo de las nuevas instituciones, á cuya perfeccion anhelaban fatigosamente.

Pongamos tambien á continuacion las cópias citadas n.º 8, 9 y 10, con la nota señalada de la letra (A) sobre la intelijencia y cumplimiento de la órden que cita, la Memoria histórica á su página 92, para entrar seguidamente en esplicaciones sobre sucesos que inexactamente refiere la misma *memoria*, acaecidos en la provincia de Cuyo.

TORIBIO DE LUZURIAGA.

(Continuará.)

posesionado de aquella importante plaza; el Paraguay separado de las demás provincias que con él componen el antiguo vireynato de Buenos Aires; y el Alto Perú dominado por las tropas realistas en consecuencia de la malhadada accion Sipe-Sipe (ó Wiloma, mandada por el general Rondeau). En tal estado Buenos Aires, la heróica, luchaba sola con su constancia; y á cada instante se aguardaba que, conforme á las instrucciones del virey de Lima atacase á Cuyo Marcó, al paso que avanzaban las fuerzas del Perú á las órdenes del general Pezuela. Mas cuando á la sazón parecia aniquilada y confundida la América, se presentan en la escena dos jénios tutelares, dos varones extraordinarios, que bajo muchos respectos se prestan á un hermoso paralelo. Bolivar y San Martin lanzan á un tiempo en los Cayos y en Mendoza el grito de Libertad; y recíprocamente se envian este grito, á través del Ecuador, desde las faldas orientales de los Andes á las bocas del Orinoco.”



OBSERVACIONES

Sobre la defensa de la provincia de Buenos Aires, amenazada de una invasion española, al mando del teniente jeneral don Pablo Morillo, conde de Cartajena. (1)

(Continuacion)

VI.

Sobre las Costas.

Una de las principales medidas que debe tomar el gobierno como indispensable, es la de hacer retirar á todos los habitantes de ellas, obligándoles á llevar consigo sus efectos, víveres, ganado y caballadas, haciéndolas internar á 6 ó 7 leguas cuando menos. Esta medida, debe ser extensiva á todas las quintas y chacras de la inmediacion de Buenos Aires, en todo el espacio que se estiende desde las Conchas á Moron, y de este punto á Barracas, destruyendo los trigales, maizales, y toda planta que produzca grano si están en mediana sazon.

Deben hacerse sacar las atahonas, y toda clase de carruajes que haya igualmente en todas las inmediaciones de las costas. Finalmente, toda la estension del terreno indicado debe quedar desierta, pues estas medidas son tanto mas

1. Véase la pàj. 3.

necesarias, cuanto es preciso hacer consistir la principal defensa, en la falta de víveres que experimentará el enemigo y los cuales contribuirán de un modo poderoso á arruinarlo, ú obligarlo á reembarcarse. Obrar de otro modo, sería detenerse en consideraciones particulares que valen poco cuando se trata de la salvacion del Estado, y del feliz éxito de una guerra de que deben esperarse los mayores daños sino se destruye al enemigo.

Es preciso tener presente, que si el ejército español puede proporcionarse víveres, la capital se hallará en grande riesgo de ser tomada, porque entónces podrá sitiarse por fuertes líneas de contravalacion y circunvalacion, y tomarse el tiempo necesario para ir avanzando poco á poco, de azotea en azotea, y por medio de la zapa y mina, (1) y que por obstinada y vigorosa que fuese la defensa de su guarnicion, al fin se veria obligada á rendirse por falta de víveres ó esfuerzos de los atacantes, y la ocupacion de la ciudad por los enemigos en tal caso, seria de una trascendencia por el desfallecimiento de la opinion, y por otra infinidad de razones.

Asi es, que el gobierno tomando las medidas indicadas, debe hacer inspeccionar por oficiales activos y de enerjia, si los habitantes cumplen con lo que se les haya mandado, haciendo en caso contrario obedecer sus órdenes forzosamente, pues esta clase de providencias violentas no siempre basta mandarlas sinó se aplica la fuerza para hacerlas cumplir.

El gobierno debe anticipadamente fijar la opinion de los habitantes sobre la necesidad de esta medida, persuadiéndola por todos los medios posibles, haciendo servir las proclamas,

1. De este modo se apoderaron los franceses de Zaragoza: el sitio duró 70 dias, y la ciudad despues de perder sus fortificaciones exteriores, las formó interiormente en las calles y tejados.

y los púlpitos, la persuacion de los ciudadanos mas respetables, y sobre todo, el ejemplo de los propietarios principales del pais. Y puede asegurarse que con estas medidas no tendria nada que temerse de una espedicion de doble mayor fuerza, que la que se supone debe venir, pues su número en tal caso, no haria mas que aumentar sus dificultades.

Por otra parte, con el indicado despojamiento total de las costas, el ejército español, bien siendo batido, bien obligado á reembarcarse, perecerá bien pronto, pues no será posible que permanezca arriba de 15 dias, y no debemos dudar que los verdaderos patriotas convencidos de la gran utilidad de este recurso se resolverian á hacer un sacrificio tal en obsequio de su patria, y de su propia seguridad por un pequeño intervalo de tiempo.

Creo tambien del caso esponer á la consideracion del gobierno algunas reflexiones sobre el establecimiento de Patagónica. Este punto cuya poblacion aunque corta, es de españoles, y abundante en granos y ganados, es muy á propósito para que el general español mande ocuparla por alguna pequeña fuerza, para emplearla en hacer *charqueadas* y recojer otras clases de viveres para hacerlos conducir á Montevideo.

Ademas de esto, ocupado dicho punto por los españoles serviria de refugio á los que se escapasen del interior de las provincias, y podria tambien servir para facilitar á los españoles los medios de abrir comunicacion y relaciones con los indios (1), formar algunos cuerpos de caballeria dirijiendo tropas desde Montevideo para el efecto, y montar mil ó mas

1. Seria muy útil exaltar con tiempo la imaginacion de estos salvajes contra los españoles, atrayéndolos de un modo firme á favor de la causa del pais, para lo que debe trabajarse con empeño.

hombres cuyas correrías nos incomodarian bastante, ó que tal vez pudieran por caminos poco frecuentados penetrar hasta unirse con la expedición luego que esta desembarcase.

Por estas consideraciones, creo que el gobierno debe enviar oportunamente una fuerza que ocupe aquel punto y trasplante la población, arruinando todos los establecimientos y edificios de ella, dejando un corto número de tropas para observar lo que el enemigo pueda intentar, no descuidando este punto por estimarse de poca consideración, pues muchas veces en la guerra las cosas que parecen mas insignificantes, suelen despues convertirse en objetos de la mayor importancia.

Todo el terreno que se comprende desde la Ensenada de Barragan hasta la de San Borombon, debe ser vijilado; con especialidad el *pago* de la Magdalena, es uno de los mas poblados, y un desembarco imprevisto en algun punto de él, podria proporcionar á los españoles, medios de poder montar alguna parte de su caballería, por lo que creo que la medida de despojar las costas, debe estenderse á las de aquel distrito. Entre muchos de los gefes españoles prisioneros en el país, que despues se han dejado escapar, es opinion, que el ejército español no tiene mejor punto para desembarcar que Punta de Piedras, por la conveniencia de no poder ser atacado en el acto del desembarco, no haber bañados, y ademas de esto, porque siendo el punto mas distante de la capital, facilitaria tomar caballos, y como por estas inmediaciones, y la bahia de San Borombon hay algunas estancias, seria preciso hacerlas igualmente despoblar.

Algunos de nuestros militares, son de opinion de formar baterías en la costa. La mía es, de que ellas no pueden

producir utilidad alguna, pues siendo imposible preveer el punto que elija el enemigo para efectuar su desembarco, seria preciso colocar una porcion de ellas, lo que disminuiri-
ria mucho la fuerza del ejército con las tropas destinadas á su custodia; ocasionarian mucho gasto, y muy poca utilidad, pues seria necesario abandonarlas desde el momento que el enemigo hubiese desembarcado por cualquiera otro punto, á mas de que las baterias volantes se pueden transportar rápidamente de un punto á otro, y surten mejor efecto. Desembarcado el enemigo, seria necesario tratar de retirar todas las piezas que se hubiesen empleado en las baterias destinadas á defender la costa, lo que necesita tiempo, por los bañados, y terrenos anegadizos de ella, y lo incómodo que es transportar piezas de grueso calibre; y si esta maniobra no se hacia con anticipacion y prontitud, podrian caer en poder del enemigo algunas piezas de grueso calibre, y facilitarle de este modo, un arma que con dificultad puede conducir, siéndole muy útil para el ataque de la ciudad.

La defensa de la costa por la parte del rio, debe fiarse á la flotilla.

Creo seria igualmente útil, establecer un Telégrafo, ó una línea de comunicacion equivalente, por señales de banderas desde la Ensenada de San Borombon á la capital. Estos puestos situados en los parages mas altos, que cada uno de ellos no ocupa mas que cuatro hombres y un comandante, pueden (sin perjuicio de los partes por escrito) hacer llegar en pocos instantes la noticia de lo que suceda á 30 ó mas leguas de distancia, que de otro modo tardaria un dia, por mas actividad que tengan los *chasques*.

Es preciso observar, que aunque los españoles no puedan llevar caballeria suficiente, podrian conducir embarca-

dos desde Montevideo hasta 100 caballos que con 100 jinetes hijos del pais, enemigos de la causa, de los que hay en dicha plaza, pudieran proporcionarles algunos; por lo cual es menester tener la mayor vigilancia tanto mas, cuanto á un pequeño cuerpo como el supuesto, le es fácil desembarcar en cualquiera punto, particularmente de noche.

Medidas preliminares para la defensa de la ciudad.

VII.

Habiendo probado la necesidad de defender este importante punto, nos queda que tratar de las medidas que deben tomarse para verificarlo, y de la clase de fortificacion que debe emplearse.

Es indispensable primeramente hacer salir de ella á todas las personas inútiles que no pueden contribuir á su defensa, y que por el contrario disminuyen el número de los defensores por la asistencia que estos tienen que prestarles. Esta medida se hace mas necesaria, por cuanto la grande estension de la ciudad no permite establecer líneas exteriores de fortificacion, y su defensa tiene que reducirse á un cierto número de cuadras á la inmediacion de la plaza, de que resulta que teniendo que abandonarse una porcion de manzanas, quedarán probablemente á discrecion del enemigo, y las familias espuestas á toda especie de horrores. Deben por tanto hacerse salir con tiempo á lugares distantes de las costas á todas las mugeres, niños y valetudinarios. De este modo, aún en caso de verse la guarnicion en la necesidad de evacuar la plaza, podria dejarse de modo que el enemigo no encontrase auxilio de ninguna especie. Por otra parte, la permanencia de las familias en la ciudad, haria que despues de perdida esta, viniesen á ella una porcion de hombres que por debilidad de carácter, serian arrastrados por ellas, y de-

sertando la causa del pais engrosarian el partido de los enemigos. (1)

Debe igualmente obligarse á todos los comerciantes de la capital á sacar sus efectos fuera de ella, lo mismo que debe hacerse con todos los depósitos ó almacenes de granos, carnes y bebidas de toda especie, esceptuando, aquellos que se crean necesarios para la subsistencia de las tropas destinadas á su defensa. (2)

1. Algunas personas de poco espíritu, mirarán esta medida como impracticable, y se pondrán á hacer cálculos infundados para probar la imposibilidad de que la ciudad quede libre de las familias, y gente inútil. A todos ellos responderia yo, que en el tiempo que hice la guerra en la Península, he visto continuamente los pueblos y ciudades abandonadas por todos su habitantes á la sola noticia de que el ejército frances se aproximaba. En Portugal toda la provincia de . . . que tiene sobre . . . almas, se despobló á la aproximacion de Masséna, y esta resolucion de sus habitantes salvó las famosas líneas de Torres-Vedras, obligando al ejército frances que constaba de 80000 hombres, á destruirse por hambre.

Artigas, en la Banda Oriental, ha hecho retirar todas las familias de la campaña, al otro lado del Uruguay. En Rusia se despoblaron las provincias enteras á la presencia del enemigo, y el ejemplo de Moskou que está tan reciente, serviria para convencer á cualquiera cuando faltasen otras pruebas en apoyo de esta medida: tanto es lo que los rusos conocieron la ventaja de hacer la guerra de este modo, pues la victoria es segura, sin que le quede al enemigo ni aun la esperanza de poder ofender al contrario, que siempre se halla separado de él por un grande espacio desierto donde se consume por hambre.

Nada es mas comun que hacer salir todas las familias de las plazas fortificadas. Todas las guerras suministran porcion de ejemplos de esta medida, y especialmente la última de Europa. Asi, esta idea que muchos quieren hacerla pasar por impracticable. solo lo hacen por la mezquindad de sus luces, que no les permite comprender el método de ejecutar con orden una operacion que ha venido á ser ya familiar con la guerra.

2. El Mariscal de Vauban presenta estados muy detallados de todos

Es preciso cuidar que en toda la porcion de la ciudad que queda fuera de las líneas de defensa, no queden víveres de ninguna especie, ni útiles que puedan servir al enemigo, como son escalas, maderas, tablazon, hachas, azadas, palas, cuerdas, ollas de toda especie, pipas, barriles, aves, etc.; cegar ó inutilizar los pozos y aljibes: no dejar lienzo, paño ó efectos que puedan servir al enemigo para hacer *sacos*. Destruir los hornos y retirar las atahonas. No dejar coche, carreton ni carruaje alguno de que el enemigo pueda servir-se para transportar de un punto á otro sus víveres, municiones y artilleria y que los habitantes al dejar sus casas cierren y tranquen las puertas. De estas operaciones debe inspeccionarse el cumplimiento con exactitud, y castigar severamente á los infractores, lo cual debe publicarse por *bando*, y el gobierno encargar dos, ó mas jefes de actividad y entereza que por sí mismos reconozcan y examinen todo escrupulosamente.

En la plaza y en el Fuerte deben destinarse habitaciones para almacenes de víveres, hospitales, maestranza, armeria, laboratorio de mistos, y todos los demás establecimientos necesarios para la defensa.

Las municiones deben colocarse en tres ó cuatro puntos diferentes, pero la mayor porcion debe estar en el Fuerte en subterráneos que se hagan con anticipacion, ó cubrir en su defecto con blindajes los edificios destinados á recibirlas, para que de este modo, no estén espuestos á ser volados por las granadas ó bombas del enemigo. Dicha division de repuesto es igualmente indispensable, porque un incendio, de lo contrario, bastaría á inutilizar la defensa.

Los víveres que puede necesitar cierto número de tropas para tiempo determinado, y pueden sacarse de ellos las nociones necesarias para proveér la capital con concepto á la fuerza destinada á su defensa.

Para evitar igual contingencia, los víveres deben dividirse en tres ó cuatro puntos.

Los víveres y municiones que deben quedar en la ciudad serán solo los precisos con arreglo á la guarnicion y armas de ella, y demás que tienen que emplear, calculando todo esto, y arreglándolo de antemano con orden y método.

Debe hacerse con anticipacion un gran depósito de *faginas*, *salchichones*, sacos á tierra y lana, cestones, candeleros, manteletes, caballos de frisa, ganchos de zapa, horquillas de id., blindajes, azadas, hachas y palas, todo en una abundancia proporcionada, y depositados con orden en algunas casas de la plaza.

El uso de los *congreves* ó roquetes seria para las calles de una utilidad grande, pues encajonados por ellas seguirian fácilmente su direccion, y harian un destrozo enorme. Acaso entre los extranjeros seria fácil hallar quien los fabricase.

VIII.

Fortificacion de la ciudad.

De todos los autores conocidos que han escrito sobre fortificacion, ninguno ha tratado del modo de fortificar interiormente una ciudad abierta. Muchos enseñan el método de fortificar las aldeas y pequeños pueblos por lineas exteriores; otros las iglesias, cementerios, casas aisladas y edificios inmediatos á las brechas. No obstante que de esto mismo pueden sacarse muchas ideas sobre el método que debe emplearse para fortificar la ciudad, no suministran sin embargo, reglas ni ejemplos para verificarlo en un pueblo cuya formidable estension respecto al ejército que lo defiende, no permite estenderse á lineas exteriores de fortificacion, y

es preciso ceñirse á un cierto número de manzanas las mas inmediatas á la plaza.

Por otra parte, las azoteas aunque ofrecen grandes ventajas para defenderse de un ataque brusco, presentan las mismas al enemigo si trata de avanzar lentamente por ellas, siempre que pueda proporcionarse víveres para seguir un ataque de esta especie. Además, estando las manzanas divididas por las calles, y por consiguiente aisladas, la circulacion de las tropas, tan necesaria para poder transportarse de una manzana á otra atacada, no se puede proporcionar con facilidad si no se emplea el arte.

Otro de los inconvenientes es, que la seguridad de las baterias que se formen por las calles, depende de las azoteas inmediatas, pues si el enemigo se apoderase de alguna desde donde descubriese el interior de la bateria, las tropas destinadas á defenderla, serian acribilladas, y sin duda obligadas á abandonarla.

Como las azoteas son jeneralmente de una misma elevacion, el enemigo se situa al nivel del defensor, pudiendo aproximarse á cubierto á poca distancia, si no se hacen algunas obras que venzan este inconveniente. Estos motivos unidos á varios otros, me han tenido perplejo sobre la eleccion del mejor método de fortificar la ciudad de un modo que presente la suficiente resistencia, sin necesidad de destruir una porcion de edificios, con cuyo estrago podria ponerse la ciudad en un estado que el enemigo no pudiese forzarla sinó despues de un dilatado sitio, aun suponiéndole todos los recursos y ausilios que le fuesen necesarios.

Espondré en fin, despues de examinar todas las dificultades, el mejor medio que creo puede adoptarse para fortificar la ciudad, pues aventurarse á hacerlo del modo que se veri-

ficó en la invasión de los ingleses, sería una temeridad, que aunque justificada entonces por el buen suceso, la prudencia lo reprueba, y aconseja tomar todas las medidas imaginables para asegurar la empresa, dejando solo á la ventura aquello que el esfuerzo y el arte no consigan.

El espacio de ciudad que se elija para ser fortificado no ha de ser muy estenso ni muy reducido. Del primer modo no tendríamos fuerzas suficientes para poderlo cubrir, y seríamos débiles por todas partes. Del segundo, proporcionaríamos al enemigo las ventajas de poder cruzar sus fuegos sobre todas nuestras líneas de defensa, y las guarniciones de estas se verían heridas por el frente y por la espalda, lo que es indispensable precaver. Es necesario además, tener presente que hemos sentado, que el enemigo podía presentar para el ataque de la ciudad, cuando mas, una fuerza igual á la que la defiende, teniendo que formar una línea exterior, y por esta razon no debe ceñirse la guarnicion á estar siempre á la defensiva, pues la ciudad no ha de considerarse sinó como un campo atrincherado, del cual debe salirse para atacar al enemigo, cargar sobre cualquier punto de su línea que se crea fácil penetrar, é incomodarlo con vigorosas salidas para destruir las obras que pueda intentar: empresas tanto mas fáciles cuanto pueden concertarse con el ejército de la campaña, bien sea por chasques, bien por señales desde el Cabildo.

Como la fuerza con que se cuenta para la defensa de la ciudad, debe servir de regla para la estension que se ha de fortificar, y hemos supuesto que aquella asciende á 11000 hombres, con arreglo á ella debe fortificarse el espacio que en el plano se señala con tinta colorada; cuya línea en sus cuatro faces, es de 3880 varas, (1) formando un rectángulo:

1. Según el Plano topográfico levantado el año 14 por don Pedro Antonio Cerviño de orden del Supremo Director.

toda la línea señalada se coronará de un parapeto de fagina, salchichones, ó sacos á tierra (gaviones), cuyo trabajo facilitan mucho los pretilos de las mismas azoteas, que por la mayor parte son suficientemente fuertes para resistir al fusil, y no habrá sino que darles alguna elevacion mas. Si quiere darse á estos atrincheramientos mas altura para dominar las azoteas que tengan á su frente, se les formarán banquetas interiores. El parapeto basta que tenga el espesor suficiente para resguardar de la fusileria: se hará quitar todos los pretilos á las manzanas opuestas, que son las que puede ocupar el enemigo para batir las que guarnecen nuestras tropas. Se formará una bateria en todas las boca-calles, algunas varas antes de la esquina, con el fin de cubrirla lo mas posible con las casas laterales de los fuegos oblicuos que el enemigo podría dirigir de las manzanas inmediatas; y que las obras exteriores de ella estén defendidas por los fuegos de las manzanas de nuestra línea, obligando al enemigo á sufrir fuegos de flanco, en caso que intente asaltarlas, por las aspilleras que se hagan en las casas de los lados del foso.

Cada una de estas baterias podrá ser de dos ó mas piezas, con merlones para cubrir mejor sus defensores; pero las de los ángulos que caen al rio, deben ser cerradas por los tres lados y las de los ángulos que miran al campo, cerradas por los cuatro lados: unas y otras á *barbeta* para que las piezas jiren fácilmente á las cuatro faces, y enfilen la calle F. que de otro modo quedaria privada de los fuegos directos.

Delante de los fosos de cada bateria, se harán tres órdenes de fogatas para irlas volando sucesivamente, y si se quiere que estas hagan mayor efecto, pueden colocarse algunas bajo los cimientos de las paredes en los ángulos que forman estas con las paredes interiores de las casas, para que al ha-

cer la esplosion hagan caer parte del edificio sobre la calle.

Cómo la poca anchura de las calles no permite hacer obras que proporcionen fuegos para la defensa de los fosos, y que por otra parte es trabajoso revestir el terraplen, lo cual espone á las baterias á ser mas fácilmente asaltadas, es preciso para remediar este inconveniente, formar una estacada volante, cuasi horizontal, á la parte exterior, en frente del pié del parapeto, con estacas de ocho ó nueve varas de longitud, muy unidas, y cuya mitad se introduce en el terraplen, dejándolas con alguna inclinacion hácia el foso, para que caigan en él las granadas ó bombas que pueda arrojar el enemigo: estas estacas se clavan en un liston de madera que las asegura fuertemente.

Seria muy conveniente añadir un ante-foso, y el espacio de este al terraplen y fogatas llenarlo de pozos de lobo, lo que será de absoluta necesidad, para asegurar y hacer mas completo el efecto de las filas de fogatas que estarán delante, pues si el enemigo atacase con viveza, podria atravesar con tal rapidez la zona de tierra que deben elevar los hornillos, que eludiese el estrago que deben causarle, lo que se evita con los pozos de lobo y ante foso, cuyas obras detienen algun tiempo al enemigo, y lo hacen amontonarse sobre el obstáculo dando entónces tiempo suficiente para que las fogatas hagan su efecto. (1) Ademas, estas detenciones lo obligan á estar mas tiempo bajo nuestros fuegos y aumentan considerablemente su pérdida.

Como los ángulos G., forman la parte débil de la línea,

1. El uso de las fogatas en este caso está aconsejado por todos los autores; pero empleadas de este modo, surtén mejor efecto: puede verse en Vauban, Gaudí, Belaire y en Cessac-Lacuée el modo de ejecutar estas obras y fogatas, y en Belidor el de los globos de compresion.

y el enemigo podría venir por las manzanas N. O. sin tener que sufrir los fuegos de las baterías, que se forman en las calles; situarse en la manzana N. y empezar desde sus azoteas á atacar las manzanas H., conviene dar á estas un grado mas de fuerza que á las otras, por lo que me parece seria conveniente apuntalar ó terraplenar las azoteas que hacen ángulo, y sinó las hubiese, destechar las esquinas y terraplenarlas para situar dos ó mas piezas de artillería de á 4 ú 8 que con sus fuegos barriesen las manzanas N. O. Estas piezas deben colocarse en baterías á barbata para que puedan dirigir sus fuegos sobre otras manzanas.

Seria muy conveniente derribar las casas altas que hubiese en las manzanas N. O., porque el enemigo apoderándose de ellas, dominaria nuestras baterías y nos obligaria á desalojarlas.

Las iglesias de Santo Domingo, San Juan, y San Miguel que he dejado fuera de la línea, es preciso fortificarlas, (1) del modo mas firme y probar si se pueden colocar algunas piezas sobre sus bóvedas, ó techo. Estas iglesias sirven como baluartes que flanquean las manzanas sobre que tiene que formarse el enemigo si quiere batir nuestra línea, de las cuales será tomado en flanco.

Las casas altas que haya en las manzanas opuestas á la línea, es preciso destruirlas ó fortificarlas. (2) En este úl-

1. Seria de desear, dice Leblond, que se respetasen las iglesias para no profanarlas con la efusión de sangre, pero por desgracia la guerra nada respeta: no hay asilo que liberte de sus furios. Como el contrario ataca por todas partes, se vé precisado el defensor á servirse de todos los parajes y medios mas propios para oponerse á su violencia, y asi alguna vez está obligado á poner las iglesias en estado de defensa.

2. Puede verse el modo de fortificar las iglesias y casas en Folard, Clairac, Leblond, Gaudi, Belaize, y Cessac-Lacuée.

timo caso, es necesario hacerlo del modo mas firme, pues si el enemigo se apoderase de ellas, ó de alguno de los templos, dominaria una gran parte de nuestra línea que nos veriamos obligados á desalojar.

Es preciso que en todas las casas que estén á las inmediaciones de las baterias hasta la esquina, y algunas á su espalda, se formen aspilleras para defender las baterias, y echar de ellas al enemigo en caso que llegase á apoderarse de alguna.

Para facilitar la circulacion de las tropas sobre las manzanas en toda la estension de la línea, y que puedan acudir de una manzana á otra atacada, sin andar bajando y subiendo escaleras, teniendo que vencer ademas los obstáculos de las calles lo que les haria perder mucho tiempo, se podrán hacer unos pequeños puentes volantes colocados sobre dos maderos, que quepan en ellos seis hombres de frente segun se señala con la letra F.

Si por la anchura de las calles no hubiese vigas de suficiente longitud, se pondrán en medio de las calles unos puntales, con traveses sobre los cuales descansen el centro del puente que debe ser levadizo, ó fácil de quitarse y ponerse.

A la espalda de las baterias por derecha é izquierda se penetrarán las paredes de las casas, como se señala con la letra V. á fin de facilitar salidas sobre la calle F, y que de alli puedan dirigirse sobre las demas para atacar el enemigo, ó perseguirlo (1). Estas aberturas deben ser capaces para cuatro hombres de frente, y hechas en los flancos, estan defendidas por las baterias y tropas de las azoteas; pero siempre se-

1. El caballero Clairac, dice, que nunca pueden parecer demasiadas estas aberturas, que sirven con ventaja para avanzar, ó para retirarse.

ria útil hacerles en la parte interior un foso sobre el cual se pondrán tablones para pasarlo, y quitarlos despues. La entrada debe cerrarse con caballos de frisa, y las mismas puertas de las casas, pues en muchas partes se pueden facilitar por ellas; ó se cerrarán con una valla, que se reduce á un madero, que sobre otro fijo en el terreno, guia horizontalmente, y se asegura apoyando sus estremidades á otros dos maderos puestos á derecha ó izquierda, que cuando se abre esta barrera deja por ambas partes espacio para salir.

Deben igualmente aspillerarse las paredes interiores, y exteriores de las casas donde se sitúen, para defender mejor la entrada.

Fortificada asi la primera línea debe hacerse otra bajo los mismos principios, una cuadra mas interior de la primera, teniendo cuidado de hacer aberturas suficientes para poder retirar por ellas la artillería y guarnición de la primera línea.

Todas las iglesias que están dentro de la línea, y casa de Cabildo, deben fortificarse con igual prolijidad que las que estan fuera de ella, pues su elevacion facilita batir con ventaja al enemigo, y desalojarlo de cualquiera de las manzanas de nuestra línea de que se hubiese apoderado, sirviendo como otras tantas ciudadelas, que cruzan sus fuegos sobre diferentes puntos de la ciudad.

En cada ángulo de la plaza deben formarse espaldones dejando paso por los flancos M: estos espaldones sirven para que el enemigo no vea lo que pasa en ella, defendiéndola al mismo tiempo de los fuegos directos que pueda dirigir por las calles, y se les puede dar el espesor suficiente para colocar en cima piezas de artillería y fusilería.

Las casas destinadas en la plaza para hospitales, repues-

tos de viveres etc., deben apuntalarse con fuertes maderos, que sostengan el techo, y se cubrirán con tablones atravesados unos sobre otros, poniéndose encima una capa de fagina, tierra, ó cueros etc., para resguardarlas de que puedan ser penetradas por las balas, y granadas.

«Cuando las ciudades, (dice Leblond) no tienen almacenes de pólvora, se ponen en cuevas, que se hacen espueso en los parajes mas secos: estas se abren á lo largo en los lugares menos espuestos, como bodegas etc., se tiene cuidado de cubrir las con tablones. tierra, y fagina para precaver en cuanto sea posible de los accidentes del fuego. Es preciso que las ventanas de los almacenes se oculten al enemigo, y para evitar todo accidente deben cubrirse hasta que se haya disminuido notablemente la actividad de sus fuegos. (1) Tambien se hacen pequeños almacenes inmediatos á los ataques para la mayor comodidad del servicio, y estos puestos son precisos aunque la plaza tenga otros.»

Seria muy útil desempedrar las calles á lo menos á la inmediacion de las baterias, y cubrir las demas con estiércol ó tierra para evitar los efectos que causan las piedras por las balas y granadas.

El Muelle es preciso fortificarlo de un modo firme, haciendo para el efecto todas las obras que se crean necesarias, pues su situacion es escelente para batir toda la playa hasta el Retiro y frente del Fuerte, y porque desde él se puede proteger á n uestra flotilla, ó alejar á la enemiga. Del muelle debe correrse una trinchera á unirse con la línea fortificada de la ciudad, defendida por artillería, redanes ú otras obras,

1. El panteon de la Catedral podria servir para uno de los almacenes de pólvora apuntalándose para mayor seguridad su bóveda y abriéndola esteriormente.

para flanquear su frente. A esta trinchera debe dársele el mayor grado de fuerza posible, pues es uno de los puntos débiles de la línea.

Por la parte de Santo Domingo, se harán algunas baterías hasta la barranca del río, que se unirán á la línea con atrincheramientos.

Todas las calles que miran al río es preciso atrincherarlas igualmente, y sería conveniente elejir algunos parajes sobre la barranca para formar baterías que barrieran toda la playa en las bajamares.

Durante la noche debe procurarse tener iluminadas las calles que estén fuera de la línea, y la calle F., además de las iluminaciones permanentes que debe haber al frente de cada batería; pero como es muy probable que el enemigo antes de avanzar trate de apagarlas, se alargarán en palos largos desde las azoteas inmediatas, faroles, ó potes de fierro con faginas embreadas y otros combustibles que den mucha luz con pantallas de hoja de lata por la parte de la batería, para que de esta se pueda descubrir al enemigo, y él no pueda ver á los defensores.

Todo el resto de la ciudad interior debe estar á oscuras, pero debe tenerse en las azoteas repuestos de estas faginas y faroles para iluminar las calles en caso necesario.

La artillería de las baterías que hagan frente á las que formase ó intentase formar el enemigo, debe ser de grueso calibre, pero en las demás, sería mas útil la de á 8 y obuses, pues pudiéndose disparar con estos mas número de tiros en un tiempo dado, que con la de grueso calibre, son mucho mas convenientes para resistir un ataque brusco.

Todas las puertas y ventanas de las manzanas que hacen frente á nuestra línea y caigan á la calle F. deben quitarse y

guardarse en el interior de nuestra línea. De este modo estas casas quedan abiertas, y nuestras tropas pueden vijilarlas, y atacar al enemigo en caso que quiera apoderarse de ellas.

Entre las armas arrojadizas que se deben tener en las azoteas, debe haber granadas, frascos de fuego, barriles fulminantes trozos grandes de madera, pedazos de árboles con los gajos aguzados, que sobre el efecto que hacen al caer, interrumpen el paso y desordenan las tropas; piedras, etc. Seria tambien conveniente en las azoteas bajas, tener chuzos largos con el objeto de herir con mas seguridad á los jefes y oficiales enemigos, cuya arma puede usarse con ventaja por las aspilleras y baterias.

Como la línea de las azoteas se hallará cortada en varias partes por tejados; en otras por huecos, etc., será preciso penetrar las paredes para facilitar la circulacion de las tropas, y aspillerar todos los tejados. En cuanto á los huecos se pueden aspillerar las paredes que caen á la calle, y si se quiere darles mayor fuerza se pueden formar *caponeras* de madera de dos altos en toda su estension.

Las casas de dos altos que estén dentro de las manzanas de nuestra línea, es preciso fortificarlas de un modo firme; las cuales son como pequeñas ciudadelas, y sirven para batir á las tropas enemigas que se hayan apoderado de algun punto de nuestra línea, y traten de situarse en él.

Es necesario que en las iglesias que queden fuera de la línea, haya viveres y municiones en la cantidad que sus defensores hayan de necesitar para que no tengan este pretesto de salir de ellas las tropas destinadas á su custodia; y estos templos tanto dentro, como fuera de la ciudad, deben confiarse el mando de cada uno de ellos á jefes de intelijen-

cia y valor, pues son los puntos mas principales de la ciudad, y estando bien fortificados y defendidos, son, como se ha dicho, otras tantas ciudadelas que cruzando sus fuegos en el interior y exterior de las líneas, no permitirán al enemigo poderse establecer en ningun punto del interior del rectángulo, aun dado el caso que hubiese podido penetrar por alguno de ellos.

Para simplificar el método de la defensa, y dejar al general en jefe mas espedito para poder atender á toda ella en general, convendria dividir la parte de la ciudad fortificada en cuatro partes iguales, destinando á cada una de ellas el número de tropas que deben defenderla, detallando los puntos que cada cuerpo debe ocupar, y fiar su mando á un jefe que tenga bajo sus órdenes toda la porcion de tropa destinada á defender este cuartel.

Es preciso tener cuidado de no mudar las tropas destinadas á la defensa de un cuartel á otros, porque estando fijas en un punto, adquieren con mas facilidad conocimientos de su posicion, y pueden moverse con mas intelijencia; pero esto sin perjuicio de que los comandantes de cuartel manden refuerzos al cuartel atacado.

En cuanto al Fuerte, sus fuegos sirven para defender el *bajo* y las calles por derecha é izquierda, en caso que el enemigo hubiese penetrado nuestra primera línea, ó para disparar granadas por encima de ella, teniendo cuidado de reparar sus fortificaciones si lo necesitan.

Todas las obras que he detallado se pueden construir en 8 dias de trabajo, distribuyendo las tropas con método, y dividiendo entre oficiales intelijentes una porcion de la línea que debe fortificarse, con el número competente de trabajadores. Para facilitar estos trabajos, seria conveniente

matricular todos los carpinteros y albañiles de la ciudad, para que unidos con los zapadores, dirija cada uno un cierto número de hombres, reservándose los oficiales la dirección de toda la parte que se les confie.

La comunicación con el ejército de afuera, se tendrá por chasques ó señales, y de noche con faroles ó cohetes, y sería de igual conveniencia entablar un plan de señales con la escuadrilla para poder de este modo combinar mas rápidamente los movimientos.

La calidad del terreno sobre qué está edificado Buenos Aires, (cuya tierra es mezclada por las inmediaciones del rio, y por la parte que mira al campo, de arcilla y toba) facilita mucho el uso de las minas, que se pueden emplear con muy buen éxito: esta especie de defensa es de las mejores sabiéndose emplear, y causan un estrago terrible al enemigo. En el sitio de Zaragoza fué este el arbitrio que adoptaron los franceses para penetrar hasta la plaza mayor de aquella ciudad cuyos edificios iban volando sucesivamente con sus defensores. Así, es preciso emplear las minas contra los enemigos, y estar prevenido sobre lo que podrán intentar para atravesarlas.

Si los españoles consiguiesen proporcionarse víveres y municiones suficientes para atacar la ciudad, sería muy conveniente abrir un foso lo mas profundo posible en todas las calles F. por los tres frentes de nuestra línea de defensa, teniendo cuidado de sacar de la calle la tierra que produzca el foso y echarla en otra parte para que la calle quede en su nivel. Esta medida serviría para que el enemigo no pudiese con tanta facilidad dirigir minas para volar parte de nuestra línea de defensa, y si el foso fuese muy profundo, el enemigo no podría minar sin hallarse con él, y ser por consiguiente

descubierto. La direccion de estos trabajos necesita inteligencia y habilidad, igualmente que mucha práctica en los trabajadores por lo cual es preciso adiestrar á los zapadores en los trabajos de minador.

El espacio de ciudad que he indicado para fortificarse y su figura, debe considerarse sujeto á la construccion de los edificios de las manzanas, pues puede haber alguna que por la solidéz de sus casas, ó elevacion de estas, sea preciso comprenderla en la línea, y por las razones opuestas abandonar alguna de las que he comprendido, pues no me es posible tener presente la calidad de edificios que contiene cada manzana, pero estas modificaciones que acaso será preciso hacer, no tienen nada que ver con la clase de fortificaciones que propongo.

Debe separarse un cuerpo numeroso de las tropas destinadas á la defensa de la ciudad, para la reserva, compuesto de las mejores, que debe situarse en la plaza para volar al auxilio del punto que lo necesite.

IX.

SEGUNDA PARTE.

Desembarco del enemigo; utilidad de que lo verifique á distancia de la capital.

Como es imposible saber con esta anticipacion el punto de desembarco que elejirán los enemigos, indicaremos aquellos que nos parece mas probable que adopten en el caso que el gobierno no tome el partido de formar una escuadrilla; porque en el de formarla, no le quedaria otro recurso que el de efectuarlo entre la Ensenada y la punta de Lara (1)

1. El canal se aproxima mucho á tierra entre la Ensenada y punta de Lara, y tiene sobre 14 piés de agua. Además, hay en el medio de él un pozo en el que pueden caber hasta 30 barcos de 200 y mas toneladas; el

ó en punta de Piedras (1), únicos puntos mas inmediatos á la ciudad donde podria intentarlo con menos riesgo de podersele impedir la flotilla por la mayor profundidad de agua que hay cerca de la costa en aquellos parajes.

Los mas indicados que puede elejir la espedicion para su desembarco son cinco: Punta de Piedras, la Ensenada, las Conchas, los Olivos y los Quilmes. Todos estos puntos ofrecen al enemigo ventajas é inconvenientes. Los mas distantes pueden proporcionarle efectuar su desembarco sin ser atacado en el acto, pero les presenta la dificultad de ser fuertemente hostilizados en la marcha, ó quizá destruidos en ella si se obra con actividad.

Los mas inmediatos les ofrecen la dificultad de ser atacados en el momento del desembarco, ó cuando hayan desembarcado una parte de las tropas, lo que los pondria en una situacion dificil, pero les facilitaria la ventaja de poder marchar por un pais cortado, y fácil para la infanteria, en el cual no pueden ser incomodados considerablemente por la caballeria, lo que les es de la mayor importancia.

De lo que resulta, que si se pudiera encontrar un medio de obligar al enemigo á elejir por punto de desembarco alguno de los mas distantes de la ciudad, y se pudiese igualmente conducir allí con tiempo la masa de fuerzas para atacarlo en esta ocasion, y luego en su marcha, reuniríamos en nuestro favor todas las ventajas.

canal y el pozo distan como tres mil varas de la playa: este fué el sitio que elijieron los ingleses para su desembarco. La playa es de arena, pero despues hay un gran bañado para subir á la barranca, que creo dista cerca de tres cuartos de legua de la playa.

1. Los barcos grandes tienen que quedar á una distancia de cerca de seis mil varas de la costa; esta es seca, y no hay ningun bañado.

Porque entonces nuestro ejército podría cargar la parte del enemigo, que hubiese desembarcado, encontrándolo dividido del resto que estaría aun á bordo.

Porque estos puntos ofrecen grandes intervalos despejados donde nuestra caballería puede obrar con ventajas en combinacion de las demas armas.

Porque aun dado el caso que no lográramos batir las primeras tropas que hubiesen desembarcado por algun acontecimiento inesperado, y que consiguiesen desembarcar impunemente, nos ofrecia la ventaja de poder hostilizarlo, ó quizá batirlo en la larga marcha que tiene que hacer hasta la ciudad.

Porque le seria imposible por falta de cabalgaduras, y de carros, conducir piezas de artillería de grueso calibre, y viveres para su subsistencia, y tendrian que traer igualmente pocas municiones.

Porque en esta larga marcha, nuestro ejército (bajo cuyos fuegos deberia practicarla) disminuiria considerablemente al enemigo si es que no le destruía.

Creo en resolucion, que tanto el obligar al enemigo á desembarcar distante de la capital, como el batirlo en el acto de verificarlo, nos es fácil conseguir lo primero, con el auxilio de nuestra flotilla, que conservando la superioridad sobre la del enemigo, impedirá desembarcar en ningun otro punto que no sea punta de Lara, ó mas distante. (1)

Lo segundo, haciendo conducir á nuestro ejército en

1. Los buques mayores, no pueden acercarse á menos distancia que 3 leguas en muchos puntos, y á legua y media en los más inmediatos y nuestra flotilla puede muy bien dominar este espacio é impedir el desembarco en él.

posta al punto del desembarco (1); este medio es el único para hacer que el ejército llegue rápidamente á una larga distancia.

CARLOS DE ALVEAR.

(Concluirá.)

1. Para el efecto deben hacerse juntar en el campo todas las carretillas, y carruajes de caballos ó mulas, y montar en ellas toda la infantería que sobre, de la que debe montar á la grupa de los milicianos. De este modo se trasporta rápidamente el ejército de un punto á otro. La historia dá ejemplo de una marcha igual hecha por Claudio Neron saliendo oculto del campo que tenia frente á Anibal, para dirigirse con un cuerpo de tropas escogidas á encontrar á Asdrúbal, y cuyo método ha imitado Napoleon haciendo transportar en carros su guardia imperial del Medio-dia al Norte, de España á Alemania, y de este modo lograba poder oponer este cuerpo escogido á donde lo creia necesario. Si este modo de marchar ha sido practicable para ejércitos numerosos en distancias de 400 y 500 leguas, con mucha mas facilidad se podrá ejecutar con un ejército pequeño, que no tiene que moverse rápidamente, sino ocho ó diez leguas, que puede andar en tres ó cuatro horas.

APUNTES

SOBRE EL PRIMER SITIO DE MONTEVIDEO. (1)

Sorprendido y derrotado el ejército de la patria en el Desaguadero, el gobierno de Buenos Aires, se vió precisado para concentrar sus fuerzas, á levantar el sitio de la plaza de Montevideo.

Las tropas de línea que allí existían fueron llevadas á la capital, y las divisiones de milicias marcharon con don José Artigas á la costa del Uruguay para pasar este rio por el Salto, y situarse en la banda occidental, segun se habia estipulado con el jeneral Vigodet, jefe de las tropas españolas.

Sin embargo, este armisticio, duró muy poco tiempo. Las hostilidades se renovaron, y el gobierno de Buenos Aires, mandó varios cuerpos de línea para reforzar á Artigas, á quien nombró jeneral del ejército.

Este jefe, tuvo la desgracia de chocar con la mayor parte de los oficiales que mandaban los cuerpos de línea, ya por el mal estado de disciplina en que existían las divisiones de milicias, donde eran abrigados los soldados veteranos que

1. *La memoria del coronel Echeandia* que publicamos en este número, pertenece á la coleccion de manuscritos, del doctor don Angel Justiniano Carranza, quien nos la ha facilitado.

se desertaban, y ya por que eran desatendidas las reclamaciones de aquellos sobre este objeto.

A mas de esto, una mañana que el comandante del regimiento número 6, don Miguel E. Soler, habia mandado carnear unas vacas para distribuir á su cuerpo, el jeneral Artigas, creyendo que habian sido aquellas tomadas arbitrariamente á los hacendados, se dirijió sin prévio exámen, al comandante Soler, diciéndole varias espresiones altamente ofensivas. Su respuesta, fué: «señor jeneral, como hace mucho tiempo que se dá solamente carne de toro, poca y muy mala al ejército, he comprado de mi bolsillo esas reses que están carneando, y aquí tiene usted el recibo.»

Pero continuando la disputa muy acalorada, dijo el jeneral Artigas, que «iba á fusilar al comandante Soler,» y al efecto, convocó un consejo de guerra en su tienda, compuesto de todos los comandantes de las divisiones de milicias orientales.

Las tropas de línea se alarmaron por este dicho, hasta el punto de tomar las armas y ocupar una posicion ventajosa, para esperar el resultado. Sin embargo, la opinion del jeneral Artigas no prevaleció en el consejo. El comandante Torguéz, fué el primero que se opuso, considerando aquella medida injusta y arbitraria, y siguieron en la misma opinion los comandantes *Balta-Vargas*, *Balta-Ojeda*, *Viera* y otros que no recuerdo.

Despues de rotas las hostilidades entre Buenos Aires y Montevideo, el jeneral Artigas, repasó el Uruguay y se situó inmediato á la costa.

El ejército portugués, al mando del jeneral Sousa Coutinho, que hacia algun tiempo se habia internado en el territorio Oriental, con varios pretextos destacó una division de

caballería á las órdenes de un comandante llamado Maneta ó *Maneco*, quien aproximándose en secreto hacia el campamento de Artigas (con quien hasta entónces no estaba en hostilidades), vino una noche muy oscura, y se apoderó de las tres cuartas partes de sus caballadas, no obstante hallarse en un *potrero* muy seguro y bien guardadas. Este incidente, que tuvo lugar como á las once de la noche, causó el mayor desórden en el campo de Artigas, en donde á mas de las tropas de línea y milicias, existian de siete á ocho mil personas, entre mujeres y niños.

Muchas de ellas se arrojaron al Uruguay, para pasar al otro lado, creyendo que los portugueses habian atacado.

En tal estado, dispuso Artigas que todas las familias pasasen al Entre-Rios, para dejar al ejército desembarazado; pero no habiendo ninguna clase de embarcaciones, se procedió en el acto como se pudo á construir varias balsas. La primera que estuvo pronta y dió principio á atravesar el rio, se fué á pique, como á las tres de la mañana, pereciendo como sesenta personas, y entre ellas, un fraile franciscano.

En este conflicto, desapareció antes del dia, como la mitad de las fuerzas de milicias, en circunstancias que los *bichadores*, avisaron que la fuerza de Maneco en número de ochocientos hombres, estaba como á distancia de un cuarto de legua del campamento de Artigas.

Este, llamó entonces á todos los jefes de los cuerpos de línea, y reconciliándose con ellos, les pidió su consejo. Todos convinieron unánimemente en que marchasen mil hombres al romper el dia para atacar á Maneco, y así se verificó. El comandante Soler tomó el mando, puesto á la cabeza de su rejimiento, dos escuadrones de Dragones de la Patria, y dos compañías del Rejimiento N.º 2. Maneco fué derro-

tado ese mismo día—pero no fué perseguido por falta de caballos.

Entre tanto, la situación de la patria había mejorado.

El jeneral Belgrano, tomó el mando de las tropas que se salvaron de la derrota del Desaguadero, y el gobierno mandó refuerzos considerables, en circunstancias, que el ejército del Perú, marchando victorioso trescientas leguas hasta Tucuman, fué allí derrotado por Belgrano, y mas completamente, poco despues, en las inmediaciones de Salta.

Por consiguiente, el gobierno de Buenos Aires, aprovechando estos momentos resolvió sitiarse nuevamente á Montevideo; pero sabiendo el mal estado en que se hallaba el ejército de Artigas, y la discordia de este con la mayor parte de los jefes que estaban á sus órdenes—entre quienes se contaba el coronel don Eusebio Baldenegro, (hombre de gran prestigio entre los orientales)—dispuso nombrar á don Manuel de Sarratea, como representante de la autoridad gubernativa en el ejército, y por su 2.º al jefe de Estado Mayor, brigadier don Francisco Javier de Viana.

Asimismo, dispuso el gobierno que marchasen con Sarratea y Viana 4,500 hombres de línea con 10 piezas de artillería lijera.

Estas disposiciones, mucho disgustaron á don José Artigas—pero, no se negó á obedecerlas.

Entregó el mando del ejército al representante del gobierno, Sarratea, quedando al mando inmediato de las milicias orientales, y siempre acampado con ellas Uruguay arriba—só pretesto de reponer sus caballadas con los buenos pastos que allí había.

El ejército vino á situarse en el paso de *Vera*, para marchar sobre Montevideo á principios de la primavera.

Precisamente en esta época, aparecieron por toda la campaña numerosas partidas de ladrones que cometiendo toda clase de crímenes, obligaron al jefe del ejército, á enviar fuerzas considerables en persecucion de aquellos. Muchos fueron presos y castigados de muerte, prévia la justificacion de sus delitos—pero como entre ellos se hallasen varios individuos de las divisiones de Artigas, este, se exasperó altamente, y se empeñó en promover el odio de los orientales contra los porteños—clasificando de tales á los que eran del ejército de Buenos Aires, no obstante que se componia de naturales de todas las provincias argentinas.

Llegó el caso de marchar sobre Montevideo todo el ejército, y cuando Artigas, recibió esta órden, se preparó para cumplirla—pero cuando vió que aquel se habia alejado, lejos de seguirlo, se dispuso á hostilizarlo, como lo verificó mas adelante.

Hallándose el ejército en marcha, se supo que un caudillo llamado José Eujenio Culta (de Canelones), reuniendo de su cuenta como quinientos hombres, y sin conocimiento de la autoridad, habia dado principio á las hostilidades contra Montevideo, persiguiendo á todas las partidas y empleados de su dependencia, hasta el caso de situarse con sus fuerzas sobre el Cerrito y asediar la plaza—cometiendo al mismo tiempo, repetidos desórdenes y violencias contra muchos vecinos pacíficos cuyas quejas llegaron al jefe del ejército, quien dispuso en el acto, marcháse una division de mil quinientos hombres de línea, al mando del coronel entonces del Regimiento de Dragones don José Rondeau, para que protejiese al vecindario y sometiese á sus órdenes al caudillo Culta.

Esta disposicion, fué cumplida exactamente, y el coronel ondeau situado en los suburbios de Montevideo, estableció.

su completo asedio (octubre 20 1812) rechazando á las tropas de la plaza en varias salidas parciales que hicieron.

Entre tanto, todo el ejército de Buenos Aires, se hallaba ya acampado en las inmediaciones de Santa Lucia, y sabedor el representante Sarratea, que la division que bloqueaba á Montevideo, estaba escasa de municiones de fusil, hizo salir inmediatamente el 29 de diciembre (1812) al anochecer, dos carretas cargadas de aquellas, que caminando toda la noche, llegaron al dia siguiente antes de medio dia—y el oficial conductor, las entregó al jefe del asedio en su cuartel jeneral situado en la chacra denominada de la *Cordobesa*.

Poco antes del amanecer del dia inmediato (31), hizo una salida con todas las tropas de la plaza su capitan general don Gaspar Vigodet, y consiguiendo sorprender la izquierda de las tropas sitiadoras, hizo alli una mortandad considerable y se llevó prisionero á su comandante Márcos Bargas, (hermano de Baltasar,) con cincuenta ó mas, entre oficiales y soldados.

Tambien sorprendió por el centro, próximo á la panaderia de Muñños una avanzada compuesta de ochenta cazadores del n.º 6, al mando del valiente capitan negro Antonio Videla, (2) que murió peleando y casi toda su fuerza, antes que rendirse. Otras avanzadas pequeñas fueron tambien sorprendidas.

Todos los cuerpos de la division sitiadora, escaparon milagrosamente de esta terrible sorpresa, teniendo que abandonar sus tiendas y ranchos, con todos sus equipajes, arma-

2. A mediados de junio de 1813 (*Gaceta Ministerial* núm. 61), el Cabildo de Buenos Aires, solicitó y obtubo del gobierno, la autorizacion competente para *costear con sus fondos la inmediata libertad* de la tierna hija de aquel benemérito ciudadano, cuya bizarra comportacion ha inmortalizado la musa pindárica de Acuña de Figueroa.

A. J. C.

mento de respeto, etc. y lo mismo sucedió á los vivanderos.

El general Vigodet. avanzó victorioso por todas partes hasta el punto conocido por la *Figurita*, donde estableció su línea é hizo alto, porque vió que las tropas que habian escapado de la sorpresa, se estaban formando en el *Cerrito* y alturas colaterales.

Para impedir esta formacion, destacó Vigodet en el acto, una columna como de 1,200 hombres, mandada por los brigadieres Muelas y Loaces, que marchando rápidamente hasta la cumbre del *Cerrito*, arrojaron de allí al n.º 6 que lo ocupaba; pero solo lo persiguieron como dos cuabras, regresando despues á ocupar la altura, donde permanecié la columna inmóvil.

Entre tanto, el n.º 6, se rehizo con poca pérdida y á corta distancia, y como estaba con muy pocas ó ningunas municiones, se trajeron cajones de estas á caballo, y allí mismo se rompieron con la culata de los fusiles, y distribuidos los paquetes, el comandante don Miguel Solér, renovó el ataque sobre el *Cerrito*, de frente, y de flanco los Dragones, derrotando completamente la columna enemiga, que fué perseguida, incluso la reserva que estaba con Vigodet, hasta las inmediaciones de la plaza. (5)

Despues de este suceso, el jefe del asedio hizo colocar escuchas (que antes no habia), desde que oscurecia hasta el amanecer, á las inmediaciones de la plaza, para observar todos sus movimientos.

Don Manuel de Sarratea recibió el parte oficial de la

3. En el Archivo General de esta ciudad, existe y hemos visto, un curioso *Espediente* seguido por Soler, con el objeto de demostrar á Sarratea la brillante conducta de su rejimiento el 31 de diciembre 1812—desvirtuando de paso, el parte de Rondeau en lo que le atañe.

A. J. C.

derrota de Vigodet, y tambien fué informado circunstancialmente de los precedentes de esta jornada, y ese mismo dia, dió órden para que marchase todo el ejército, Parque, Hospital, etc., al sitio de Montevideo. Todo estuvo allí á los cuatro ó cinco dias, y el jefe del Estado Mayor procedió hábilmente en todos los arreglos que le eran peculiares, haciéndose el servicio con exactitud.

Por consiguiente, cesando el coronel Rondeau en el mando del asedio, quedó á la cabeza de su rejimiento, denominado *Dragones de la Patria*.

Asi que supo don José Artigas, que todo el ejército de Buenos Aires se hallaba yá en el asedio de Montevideo, marchó con sus milicias hasta el paso de la Arena en Santa Lucia, donde se situó, y desde allí hizo saber á Sarratea (por medio de Rondeau y otras personas), que se disponia á hostilizar al ejército sitiador, si el mismo Sarratea, no delegaba el mando y se retiraba á Buenos Aires, llevando consigo al brigadier Viana, coronel Baldenegro, comandante don Ventura Vazquez Feijóo—y otras notabilidades mas que ahora no recuerdo entre quienes iban incluidos el Vicario del ejército, don Santiago Figueredo y aun varios oficiales subalternos.

Don Manuel Sarratea reunió en su alojamiento todos los jefes del ejército, y á escepcion del teniente coronel Vedia, y de otros dos que no tengo presentes—consultados que fueron, opinaron que éran inadmisibles las exigencias de Artigas, y que antes de acceder á ellas, era preferible levantar el asedio y retirarse con todo el ejército al Entre-Rios y de allí á Buenos Aires, si la autoridad así lo disponia.

Sin embargo, Sarratea nada decidió sobre el particular, pero Artigas, antes de saber su resolucion, procedió á interceptar la comunicacion del ejército con la campaña, quitán-

dole las caballadas que estaban á su alcance y privándole la introduccion de tropas de ganado, que venian, no solo para racionar á la tropa, como su único alimento, sinó tambien para el consumo del inmenso vecindario situado en las inmediaciones del asedio.

Tambien procedió Artigas á proteger la desercion de los cuerpos de línea y de milicias del ejército, siendo esta numerosa en el rejimiento de Dragones y en el n.º 4 que en su mayor parte eran orientales.

Pero es preciso decir en obsequio á la verdad, que pocos desertores tuvieron en aquellas circunstancias difíciles, los demás cuerpos del ejército.

En estos momentos, el teniente coronel de Dragones, don Nicolas de Vedia, de acuerdo con su coronel Rondeau, y algunos oficiales de la artilleria lijera que estaba acampada á las inmediaciones de aquellos, hizo una revolucion, sorprendiendo á media noche todo el tren y parque volante que allí habia, llevándose aquel y la tropa de su dotacion á las alturas del *Cerrito*, donde ya estaba formado todo el cuerpo de Dragones. (4)

Acto continuo, llegó una division de Artigas que venia en marcha en auxilio de la revolucion, y Sarratea fué intimado por Rondeau, se retirase para Buenos Aires, y con él todas las personas que Artigas habia designado, previo el nombramiento que debia hacer en la persona de su confianza para mandar el ejército, hasta la resolucion del gobierno.

Sin trepidar un momento, don Manuel de Sarratea, delegó el mando en el coronel don José Rondeau, y á los pocos

4. Enero 10 de 1813 (*V. Col. Lamas páj. 92*)—Nuñez se equivoca cuando dice en sus *Efemérides* (páj. 28) que fué el 25 de febrero.

dias se retiró á Buenos Aires con todas las personas que le acompañaban. (5)

Sin embargo, Artigas no se incorporó con sus milicianos al sitio de Montevideo, sinó despues que vió aprobado el nombramiento de Rondeau por el gobierno de Buenos Aires.

Aunque la separacion de Sarratea y demás personas que le acompañaron, produjo la incorporacion de Artigas con sus milicianos al ejército, la revolucion que tuvo lugar para conseguir este objeto causó graves males en la disciplina y moralidad dél ejército de Buenos Aires.

Como en aquel tiempo, el gobierno tenia recursos pecuniarios, se pagaban las tropas y demas empleados con regularidad—se hacia el servicio con exatitud, y la subordinacion se hallaba bien establecida.

Por consiguiente, el movimiento del coronel Rondeau ué mirado por todas las tropas de línea, como un verdadero motin militar, apesar de las poderosas razones con que se quiso justificar.

Así es, que á escepcion del escuadron de artilleria lijera, (aunque no en su totalidad) que sedujeron algunos de sus oficiales, ni un solo soldado de los demas cuerpos se incorporó en las filas del movimiento.

Algunos jefes, y muy principalmente don Miguel Estanislao Soler, desacreditaban cuanto podian al general Ron-

5. Además de las ya enunciadas, acompañaban á Sarratea sus edecanes don Agustin de Pinedo, don Juan Ramon Rojas, el inspirado cantor de Mayo, y don F: Colodrero—el veterano de Trafalgar, Dr. Rivero—el mayor Viera—capitanes don Francisco Sayós y don José Antonio Melian—ayudante mayor don Juan José Aguiar (inválido)—teniente don Manuel Aguiar—Alféreces don Mariano Quintas, don Gabriel Velazco, don Mariano Mendizabal, etc.

A. J. C.

deau, criticando, desaprobando, y aun desobedeciendo algunas veces sus disposiciones.

Esta conducta se hacia trascendental aun á las últimas clases del ejército, y solo al patriotismo y entusiasmo de aquella época por la guerra contra los españoles, fué debido el que no hubiese ocurrido una completa desmoralizacion y disolucion del ejército.

Mucho tendria que estenderme en estos breves *Apuntes*, si me detuviere á referir, no digo todos, sinó los principales actos de insubordinacion que se cometieron contra el jeneral Rondeau; pero, para que se forme idea de ellos, pongo uno á continuacion.

En una órden general del ejército se mandó (siendo verano), que durante las horas de la *siesta*, no se permitiese salir de sus campos la tropa que estaba franca, como era de costumbre; pues á mas que el enemigo habia ya intentado algunas sorpresas á dichas horas—creyendo por varios motivos obtener ventajas—debia tambien evitarse que los soldados fuesen á hacer daño á las quintas, como solian verificarlo, no obstante que sus propietarios daban dos veces á la semana, la verdura y fruta necesaria para el ejército, etc.

El ayudante mayor del rejimiento n.º 6, don Anacleto Martinez, copió como todos la precitada órden, y la llevó á su sarjento mayor don Hilarion de la Quintana, quien mandó se comunicase al cuerpo en el acto, como á las once de la mañana.

Serian las tres de la tarde cuando Soler llegó á su campo, de donde faltaba desde la noche anterior, é impuesto que fué de haberse comunicado al cuerpo de su mando la órden que nos ocupa. increpó ágricamente al mayor Quintana por haberlo verificado sin su prévia aquiescencia.

El mayor, le contestó en iguales términos, agregando, que como Soler tenia de costumbre ausentarse á veces de su campo por veinticuatro horas, creyó contrario al buen servicio el esperar á que él viniese, para comunicar á la tropa una órden tan importante, y por último, que los ayudantes del cuerpo no debian prostituirse llevándole aquella á casa de su concubina donde estaba á todas horas.

Soler se enfureció con esta respuesta y en vez de estrellarse con Quintana, mandó tocar á la órden, y metiéndose personalmente en la rueda de sarjentos—dijo en alta voz—
«La órden que se ha dado hoy á las once, queda sin efecto, y yo
«mando ahora, que toda la tropa, vaya armada de bayoneta
«à las quintas, y vengan cargados de peras (era tiempo de
«ellas), y en donde no las hubiese, traigan gajos de los pe-
«rales.»

Incontinenti de haberse transmitido esta órden, toda la tropa del n.º 6 se desbandó por las quintas á ejecutar lo dispuesto por su comandante.

Entre tanto, sabedor el general Rondeau de este acontecimiento, se dirigió al alojamiento del coronel don Domingo French, jefe del rejimiento n.º 3 de infanteria, á pedirle consejo, por ser uno de sus mejores amigos, y aquel le contestó: «Señor general—aquí tiene usted papel y tintero; de-
«me usted órden por escrito para fusilar al comandante Soler
«por el crimen notorio que ha cometido, y antes de diez minu-
«tos será cumplida—pues en este instante él se halla solo en su
«campo, y cuando regresen sus soldados con las peras, ya es-
«tará en la eternidad.»

Sin embargo el general Rondeau desechó este consejo, por razones que es escusado indicar, y porque ya principia-
ban á presentarse varias dificultades para conservar la buena

armonia que habia existido entre él y don José Artigas, apesar que Rondeau no omitia sacrificio para conservar aquella, aun con menoscabo de su dignidad.

Las causas que contribuyeron para producir el desacuerdo que acabo de indicar, fueron:

1. ° Las faltas graves que de continuo cometian los milicianos de Artigas en el servicio de vanguardia.

2. ° Que apesar que por órdenes terminantes del gobierno de Buenos Aires, que se leian á la tropa, estaba prohibido bajo severas penas el maltratar á los prisioneros de guerra, siempre que algunos de estos eran tomados por los soldados de Artigas, cuando no los degollaban, los desnudaban y maltrataban.

3. ° Porque casi todas las casas vacías situadas en el terreno ó inmediaciones de los campamentos de Artigas, fueron derribadas, y robados sus tirantes, marcos, etc., por las tropas de aquel.

Este destrozo causó un disgusto general en el vecindario contra Artigas—pero mas culpaban á Rondeau, porque decian que él era el responsable, como jeneral del ejército.

Sin embargo, esto era injusto, porque Rondeau habia tenido sobre esto fuertes altercados con Artigas, y este siempre se disculpaba diciendo—«que aunque daba órdenes repetidas para prender á los agresores, no habian tenido efecto, porque aquellos cometian sus robos en las noches mas oscuras y ponian hombres apostados en todas direcciones para no ser sorprendidos.»

El general Rondeau sabia que esta disculpa de Artigas era una patraña, pero como no le era dable mandar fuerza armada á patrullar los campamentos de aquel, tenia que sufrir en silencio para evitar un rompimiento.

Artigas decia á sus oficiales y personas de su confianza: «dejen ustedes que los *muchachos* (sus soldados) deshagan las «casas: mañana quizá levanten el sitio los porteños y nos «dejen solos en *la estacada*. Entonces, todos esos vecinos «que tengan en pié sus casas, no nos han de seguir y se han «de quedar aquí, por el amor á sus *cuatro paredes*.»

4.º En este estado, Artigas intentó reunir un Congreso ó Junta, elejida popularmente por la provincia Oriental— para que formase un *estatuto* y decidiese la forma de gobierno que debía rejirla, tan luego como los españoles evacuasen la plaza de Montevideo.

Pero Rondeau se opuso á esta disposicion y dió cuenta al gobierno quien dispuso que se convocase el Congreso.

Verificada su reunion compuesta de los hombres mas influyentes, fué nombrado Rondeau su presidente. Pero, esta eleccion disgustó altamente á don José Artigas, y á su secretario don Miguel Barreyro, desapareciendo ambos del ejército á media noche, y llevando consigo gran parte de las milicias que cubrian la izquierda de la línea.

El general Rondeau, supo este suceso antes de amanecer, y voló con sus ayudantes á donde estaban aun acampadas parte de las fuerzas de Artigas, que no habian abandonado su línea pero que se preparaban á ello. Los proclamó enérgicamente para que no abandonasen el servicio de la Patria en su mayor conflicto, pero todos contestaron á una voz:— «No queremos mas patria, que la patria del viejo (Artigas), donde está él está la patria, y allá vamos á buscarlo.»

En efecto, todos se fueron, dejando absolutamente descubierta el costado izquierdo. El comandante Fernando Torguéz, que con su division asediaba la fortaleza del Cerro,

tambien abandonó su puesto en aquel momento llevándose gran parte de las caballadas del ejército.

En tan tristes y peligrosas circunstancias, se creyó que las tropas del Rei, hiciesen una salida de la plaza, y tanto por este motivo, como por qué éra imposible yá con las tropas que existian cubrir toda la línea — dispúso Rondeau abandonar sus posiciones ese mismo dia, y concentrarse en el Cerrito donde colocó una bateria, dando cuenta inmediatamente al gobierno, y pidiéndole auxilios para continuar el sitio.

Artigas con sus milicias, se situó en Santa Lucía, en el paso de la Arena y dió principio á hostilizar el ejército quitándole los caballos, y privándole la entrada de tropas de ganado; pero siempre entraba el muy preciso para racionar á aquel, que conducian los vecinos adictos al general Rondeau y á las fuerzas que continuaban el asedio.

Me olvidé decir, que la verdadera y quizá la única causa del rompimiento de Rondeau con Artigas y su repentín oculta separacion del asedio, fué por que este, recibió una noche en su alojamiento sigilosamente á don Benito Chain y don Luis Larrobla, oficiales enemigos, que desde la plaza mandó el jeneral Vigodet, en el carácter de *enviados*, á tratar con Artigas, á quien tiempo hacia trataba de reconciliar con la causa del Rey, con ofertas y garantias de toda especie.

Estos oficiales desembarcaron por la costa del Sud, cuya vijilancia pertenecia á las fuerzas de Artigas; y solo despues de dos dias que permanecieron ocultos, llegó á noticia de Rondeau este acontecimiento, y cuando ya se habian retirado aquellos. Artigas, seguramente no tendria valor para contestar á los gravísimos cargos que Rondeau le haria por su trai-

cion, y esta seguramente, y no otra, fué la causa de su desercion del asedio.

El jeneral Rondeau creyó prudente no publicar este hecho en aquellos momentos, creyendo tal vez que se hubiese acordado algo definitivamente, entre Vigodet y Artigas, para hostilizar al ejército sitiador, en quien podria haber entrado el desaliento al saberlo de un modo positivo, por el prestigio de aquel caudillo sobre los orientales. Pero, yo me inclino á creer, que si estos se hubiesen llegado á persuadir que Artigas estaba de acuerdo con los españoles, lo habrian abandonado, pues tal era en aquella época el odio que les profesaban.

Aunque Rondeau guardó silencio sobre el hecho que nos ocupa, siempre se traslució entre la multitud y el coronel French, censuró severamente y sin reserva, la conducta criminal, (como él decia) de don José Artigas, no obstante de haber sido antes, uno de sus mas decididos amigos.

Que Artigas estuvo en esta ocasion en relacion y de acuerdo con las tropas del Rey, no hay la menor duda, y esta verdad fué justificada por hechos posteriores de aquel caudillo, que mas adelante vamos á referir.

Por entonces, como ya dijimos, despues de su desercion, se situó en el paso de la Arena, reunió todo el vecindario que pudo, bajo severas penas, avanzó sus partidas hácia el asedio, y se contrajo á hostilizar cuanto le fué posible á los sitiadores de Montevideo, cuya conducta alentó mucho á los sitiados, haciéndoles concebir las mas lisonjeras esperanzas.

Entre tanto, impuesto el gobierno completamente de los referidos acontecimientos, y del peligro en que estaba el ejército, y persuadido tambien hacia algun tiempo, de que la plaza de Montevideo seria invencible, mientras sus fuerzas

marítimas dominasen el Rio de la Plata, resolvió acelerar y concluir el armamento de una Escuadra, que ya estaba muy adelantado, y sin demora hizo trasportar en aquella, grandes refuerzos de las mejores tropas de la capital, para llevar á su término la rendicion de Montevideo—nombrando al brigadier don Carlos de Alvear, para relevar en el mando al jeneral Rondeau. Este, á pesar de su actividad y recomendables servicios, no podia ya continuar en aquel puesto.

Los sucesos que dejamos mencionados, hicieron perder todo su anterior prestigio en el ejército sitiador, al jeneral Rondeau.

Todos los jefes de Buenos Aires, (á escepcion de French y don Manuel Vicente Pagola) desaprobaron el movimiento (ó sea *motin*, como ellos lo llamaban) que aquel verificó contra Sarratea; y don José Artigas, en cuyo favor se hizo, se habia colocado en abierta hostilidad, como ya hemos visto, con el jeneral Rondeau y el ejército de su mando.

Era pues, de necesidad absoluta, que otro jeneral mandase el ejército, y ninguno mas á propósito que el jeneral Alvear, en aquellos momentos. Hombre nuevo y sin compromisos, habia introducido la nueva táctica en el ejército; establecido la verdadera disciplina; mejorado su equipo, etc. etc. El habia tenido la principal parte, en el armamento de la Escuadra, contra la opinion de la mayor parte del consejo de gobierno. Finalmente, por su talento, y leyes liberales que propuso en la Asamblea general constituyente, obtuvo gran popularidad en Buenos Aires, etc. etc.

Cuando el jeneral Alvear, pisó el territorio oriental con las tropas que conducia, pensó Artigas, privar su incorporacion al asedio, pero así que reconoció el aspecto y disposicion de aquellos cuerpos, mandados por jefes que conocian

la superioridad de sus armas, contra la caballería que los amagaba, desistió de la empresa.

Empero, sabiendo que Alvear se había quedado muy á retaguardia con una pequeña escolta, trató de apoderarse en el tránsito de su persona. Esta tentativa quedó sin efecto, por que habiendo tenido Alvear noticia de ella, hizo marchar de noche su equipaje con algunos sirvientes por el camino donde se le esperaba, mientras él, con sus soldados, tomó otra dirección cortando campo y llegó sin novedad al amanecer al sitio de Montevideo. El equipaje fué tomado por una partida de Artigas, esa misma noche, en el mismo punto donde esperaban apoderarse del jeneral Alvear. (6)

Cuando este se recibió del mando, ya la escuadra de Buenos Aires, á las órdenes de Brown, bloqueaba el puerto de Montevideo, de tal modo, que ni los botes pescadores podían salir de la *Barra*.

El jeneral Alvear, estrechó también cuanto era posible el sitio, y la plaza se vió en el mayor conflicto.

Sucedió entonces el combate naval, en que fué completamente derrotada la Escuadra de Montevideo, quedando prisionera parte de ella, y esto obligó á capitular al jeneral Vigodet.

Las tropas de la plaza, salieron con sus armas, á situarse en el Caserío llamado de los Negros. Pero, al siguiente día, se tuvo noticia, que esa misma noche, debía incorporarse con aquellas, una división de dos mil hombres de caballería de Artigas á las órdenes del comandante Torguéz, para

6. Nuestro amigo, el coronel don Manuel de Olazabal, que era el oficial comandante de la escolta de 30 Granaderos á Caballo, niega el hecho, y lo refiere de distinto modo en sus *Episodios de la guerra de la Independencia—Gualeguaychú, 1863—Imp. de "La Democracia."*

unidas ambas fuerzas, atacar el ejército de la patria, que acababa de ocupar la plaza.

Esa misma tarde, salió Alvear con las fuerzas necesarias, y al anochecer se situó cerca de «*Las Piedras*,» donde estaba acampado Otorguéz.

No bien se había apostado allí Alvear, cuando llegó el teniente don Alvaro L. Barros, de Granaderos á Caballo, conduciendo preso, un mayor *Seoane* (de la jente de Otorguéz, á quien había sorprendido, conduciendo un pliego de su jefe para el jeneral Vigodet. Fué abierto aquel y su contenido se reducía á dar aviso á Vigodet, «de que estaba á sus órdenes una columna de dos mil caballos para auxiliar á las tropas del Rey, contra el ejército de la patria.»

Enterado de esto, el jeneral Alvear, marchó sobre Otorguéz, á quien atacó y derrotó completamente, al romper el día, persiguiéndolo hasta mas allá de Canelones. Otorguéz, no paró hasta el paso de la Arena, y el mismo Artigas levantó su campo y se retiró al Rio Negro.

Después de la derrota de la Escuadra de Montevideo, el capitán de navio, don Jacinto de Romarate, que mandaba en las aguas interiores, una escuadrilla sutil de Montevideo, y que también había sido batida antes por Brown, se retiró á la Concepción del Uruguay, y protegido por las tropas de Artigas, que dominaban el Entre-Ríos, acoderó allí todos sus buques sobre la costa, donde hizo una vigorosa defensa contra otra escuadrilla sutil que Buenos Aires había enviado para rendirla; y habiendo muerto su jefe 1.º en el combate, tuvo que retirarse su segundo, con bastante pérdida, por haber sido también hostilizado de tierra por la jente de Artigas.

Sin embargo, sabedor poco después Romarate de la ren-

dicion de Montevideo, se vió precisado á capitular con otra escuadrilla de Buenos Aires, que se presentó en el Uruguay.

Los hechos que acabo de referir, son notorios, y ellos deben decidir, si Artigas estaba ó nó, en connivencia con los jefes militares del Rey de España en la época de que hablamos.

Por conclusion, debe tambien agregarse, que en ese tiempo apareció en la *Guia de Forasteros de España*—Don José Artigas, incluido en la lista de los brigadieres de aquella.

JOSÉ MARTA GONZALEZ ECHEANDIA. (7)

7. El coronel Echeandia, sirvió con honor en nuestros primeros ejércitos de mar y tierra, llegando á distinguirse en el arma de artillería por la que tenia suma predilección. Hace pocos años murió en Montevideo, ciudad de su nacimiento, en la mayor miseria, habiéndose ocupado en sus últimos tiempos de escribir la *Memoria* que antecede.

A. J. C.

RECUERDOS MARÍTIMOS.

CRUCERO DEL BERGANTIN «GENERAL RONDEAU»

Y BERGANTIN GOLETA «ARGENTINA.»

Treinta y seis años han corrido, y todavía bullen en mi imaginación las impresiones que en temprana edad produjeron la vida de marino á que me llevó el entusiasmo que se despertó en mí como en toda la juventud de la época, en que la República se encontró empeñada en la guerra con el Imperio del Brasil.

Como varias veces mis amigos, al oírme referir algunos hechos me han aconsejado escribirlos; (1) ligándose estos á la historia de la mejor época de nuestra marina de guerra, me decido á bosquejar tal cual los recuerda mi pobre memoria, los que tuvieron lugar en un Crucero en que me hallé abordo del lindo bergantín de guerra «General Rondeau.» Sin consultar documento alguno, por que me falta el tiempo, no pretendo escribir historia, sino meramente impresiones de los hechos presenciales á los quince años de edad.

1. Tenemos entendido que el señor don J. N. Jorge es uno de ellos, por cuyo intermedio el autor ha tenido la deferencia de obsequiarnos con este escrito, que esperamos no sea el último.

A mediados del año 1823, y cuando habian tenido lugar centenares de combates en el Rio de la Plata, en los que siempre el pabellon argentino si no habia alcanzado la victoria sobre doble número de buques y cuatruple de cañones, quedaba dueño de las aguas donde habia peleado con denuedo; el gobierno comprendiendo que ningun resultado daba tanto luchar con un enemigo que poseia la márjen Oriental del Plata y aumentaba cada vez mas el número de buques con que dominando los precisos canales, estrechaba el bloqueo, concibió la idea y trató de llevarla á cabo, de hostilizar al enemigo llevando la guerra á las costas del Brasil.

Al efecto, se preparaban buques de porte que sucesivamente debian hacerse a la mar. En Patagones, las corbetas «Chacabuco» (1) é «Iparica» (2), bergantin «Florida» y bergantin goleta «Patagones» (3). En el Salado, corbeta nueva «25 de Mayo», bergantin «Cacique» (4), y bergantin goleta «Rio Bamba». En Buenos Aires, bergantin «General Rondeau» y bergantin goleta «Argentina»; los que unidos á dos que debia comprar y armar en los Estados Unidos el comandante don Cesar Fournier, mas la goleta «Juneau» (5) en que

1. Fué la misma corbeta que Buchard rescató en 1818 en la isla de Háwaii (General Mitre, Crucero de la Argentina) y la que de los tres buques comprados al gobierno de Chile, llegó á Patagones al mando del coronel Bysson.

2. Con el mismo nombre, de 22 cañones, el 5 de marzo de 1827 fué tomada en Patagones.

3. «Escudero» de una coliza á 24 y 2 piezas de 20 en costado, fué tomado el 7 de marzo de 1827 en el rio de su nombre.

4. De guerra brasilero, de 20 piezas, tomado á la vista de Pernambuco por el corsario coronel Branco al mando de Dequey.

5. «Constancia» de una coliza de 18 y 2 piezas de á 20 en costado, tomada en Patagones el 7 de marzo de 1827.

salió á esta comision, formando en todo doce buques; habrian á no dudarse, operado sobre las costas y puertos enemigos de modo tal, que ni el de Rio de Janeiro se habria visto libre de ser bloqueado.

En aquella época, en resguardo de ser apresados por los corsarios argentinos, el comercio maritimo del Imperio se hallaba obligado á hacer la navegacion en convoy y escoltado por uno ó dos buques de guerra, segun la distancia á que debieran dirigirse. Asi es que si esa idea hubiera sido realizada en su totalidad, el comercio del Brasil habria sido anonadado, y vistose el enemigo en la necesidad imperiosa de desatender el bloqueo de nuestros puertos para proteger no solo su marina costera sinó tambien para poner los suyos á cubierto de ser estrechados á la vez por una Escuadra de doce velas que debian poner en conflicto al gabinete Imperial, hasta para atender á su ejército, que desde la derrota que sufrió en Ituzaingo estaba reducido á la defensiva; resultando á mas una ventaja que el gobierno habria sabido aprovechar para la negociacion de paz que la mediacion del de S. M. B. buscaba alcanzar por medio de su ministro cerca de la Corte de Rio de Janeiro.

Como el proyecto á que me refiero, es de aquellos que por su carácter los gobiernos guardan en rigorosa reserva, es bien probable que en los archivos nada que lo confirme aparezca, pero si debe hallarse constancia de una suscripcion que en esa época fué promovida para proporcionar recursos al gobierno con que sufragar á los gastos de la guerra, y que sin duda, por no dar el resultado deseado, ese plan estratégico no pudo llevarse á efecto; y esto debemos suponerlo cuando vimos que á fines de ese año se aceptaba la paz, bajo idénticas bases á las que en época anterior habia sido dese-

chada por la Presidencia del señor Rivadavia. Por otra parte, ese proyecto no debia ser una idea nueva; por que á no haberse sufrido el contraste sucedido á la fragata y dos corbetas compradas al gobierno de Chile; á estos buques por su porte y calado no habria sido posible darles otro destino que el de operar sobre los puertos enemigos en la Costa del Brasil, y los que unidos á la barea «Congreso», bergantines «Constitucion», «Independencia» (6) y goleta «Sarandí,» habrian dado entonces idénticos resultados.

Debe aquí hacerse presente que aquel proyecto en nada habria disminuido el número de buques, que entonces era bastante crecido, con que contaba la Escuadra Nacional en el Plata, siendo ellos por su calado los mas á propósito para operar con ventaja sobre los del enemigo, y que, habriamos con la superioridad podido bloquear á Montevideo á no dudarse.

EL CRUCERO.

En una tarde del mes de junio de 1828 cerca del anocheecer, con buen tiempo y viento galeno del N. E. dimos la vela. El Bergantin «General Rondeau» armado con nueve cañones por costado y una coliza de á 24, al mando del comandante don Juan Coe, con cerca de doscientos hombres de tripulacion inclusos veinte y cinco infantes de guarnicion. El bergantin goleta «La Argentina», con cinco piezas de costado y una coliza de 18 al mando del comandante Grinphel y la corbeta corsario «Gobernador Dorrego», con diez y seis cañones en bateria y como ciento ochenta hombres de tripulacion; que-

6. Estos dos bergantines habiendo varado en el banco del Monte de Santiago, despues de batirse hasta perder tres cuartas partes de su tripulacion, haber consumido sus municiones y acribillados de balas, fueron tomados, y por su estado inutil, incendiados.

dando fondeados en los Pozos los buques mayores de nuestra escuadra y los menores en valizas.

Navegábamos con todo paño portable, llevando la cabeza nuestro buque, cuando como á la media noche, entre los bancos Ortiz y Chico, avistamos á la enemiga en vela y en número de quince. Bien pronto y cuando aun no estábamos á alcance, rompieron el fuego en toda su línea, el que por aquella causa no fué contestado sinó por tres cohetes voladores, con el objeto de hacerles creer que éramos una division que hacia señales al resto de la escuadra, hasta que llegando á buena distancia los tres contestamos con un fuego nutrido tratando de cortar su línea. Esto nos habria sido fácil á no ser que la «Dorrego», luego de descargar su bateria de babor arribando todo, viró por redondo y se puso en retirada, quedando por veinte ó treinta minutos batiéndonos, sin sufrir mas daño que el de algunos agujeros en las velas. Teniendo órdenes especiales nuestro comandante de escoltar á la corbeta hasta ponerla fuera del alcance del enemigo, ambos virando por avante, nos dirigimos nuevamente al puerto, sin que ni los buques de mayor marcha y fuerza nos persiguieran, fondeando al amanecer en los Pozos, donde encontramos á nuestra prófuga compañera. Fué llamado su capitan á bordo donde el comandante Coe le reconvino ácremente sin salir de los límites de buena cultura.

Al tercer dia del de nuestra primera salida, y al ponerse el sol, el almirante Brown con toda la escuadra nos acompañó hasta el paralelo de la Ensenada, donde fondeó esta y seguimos con proa al E. los tres buques que debíamos, segun lo habia prometido el capitan de la corbeta, forzar la línea enemiga á todo trance.

Serian las once de la noche cuando favorecidos por un

viento Norte de todo paño, que, por su mucha marcha el «Rondeau» acortaba para ir en conserva de la corbeta y bergantín goleta, avistamos á la escuadra enemiga; pero esta vez llegamos á su paralelo cuando aun no toda se habia puesto en vela y á un tiempo ellos y nosotros rompimos el fuego, teniendo ellos el barlovento porque su línea la habian establecido lo mas próximo que habian podido hácia el veril del Ortiz; así es que, cuando todos estuvieron en vela ya les habiamos forzado el paso, maniobrando el «Rondeau» y «La Argentina» de modo de proteger su escape á la «Gobernador Dorrego», que á toda fuerza de vela esta vez se batia bien, no obstante la algarabía de voces de mando que se oían en medio del estruendo del cañoneo y melancólico canto de los marineros que, con la sonda, de tiempo en tiempo avisaban el agua en que se navegaba.

A la cabeza de la línea enemiga y á nuestro costado de barlovento, distinguíase por su buen andar, un bergantín que alumbrado por el centellear de vivo fuego, nuestro comandante reconoció ser el «Niger», que hacia pocos meses le habia tomado el enemigo, en ocasion que, confiado en su buena marcha, aventuró su salida de este puerto, siendo entonces corsario y que cayéndole una densa niebla y calma, al amanecer, despejada aquella, se encontró en medio de la escuadra enemiga y fué apresado. Puso todo empeño en maniobrar de modo de cortarlo para darle el abordaje, pero su comandante evitaba el lance, cargando vela para conservarse en la proteccion de los demás, cuando de orza nos acercábamos, especialmente de un lugre que toda su batería era de grueso calibre, y con cuyos dos buques el combate por esa causa fué mas reñido; para lo que nuestro buque se mantenía con mayor y trinquetes cargados hasta que

habiendo la «Gobernador Dorrego» salido del alcance de los fuegos enemigos fueron cazadas y en conserva; habiendo perdido de vista á los enemigos, los tres buques seguimos nuestro viaje. (7)

El atender al servicio de las dos piezas que por costado yo mandaba, y á la maniobra del palo trinquete que venia á rendir á los cabilleros de las tablas de jarcia del mayor, que como capitan de tope de aquel, estaba á mi cuidado, me habia rendido lo bastante para aceptar, como un gran placer, una buena taza de café, que no fué como la de los oficiales acompañada de licor espirituoso.

Nuestra pérdida fué de seis hombres, muertos ó heridos, pues todo era lo mismo; porque la intelijencia de nuestro médico era tal, que como lo primero creo que clasificó á los últimos, y se desembarazó la cubierta de esos estorbos bien pronto, apesar que desde que se habia mandado zafarrancho de combate, veíase en la mesa de nuestra cámara, abierta la caja de cirujía y estendidas hilas, cabezales y vendas. Resultaron algunos agujeros en las velas, la empavesada de babor despedazada y alguna cabulleria cortada.

Despues de darse una racion doble de caña á la jente, permanecimos todos en cubierta hasta que la venida del dia nos dejó ver el horizonte, en el que á nuestro sotavento solo vimos á «La Argentina»; fuimos sobre ella, y á la bocina se le dió la consigna de reunion en la altura de Rio Grande, é hicimos rumbo á la boca del Salado, llegando á este como á las diez de la mañana. El viento habia saltado al N. O. muy fresco; puestos en facha se hizo señal de que conducíamos

7. La «Gobernador Dorrego», al amanecer del dia siguiente se encontró con una fragata brasilera que entraba al Rio de la Plata, se batió pero fué tomada y conducida á Montevideo; creo que fué la «Carioca.»

pliegos; pasaba mas de hora sin aparecer ninguna embarcacion de tierra, cuando la escuadra enemiga en dos divisiones bordejeando, se dejó ver en nuestra busca, y que sin duda creian poder encerrarnos en el saco de San Borombon, y dejando que se acercasen esperamos para dejarlos burlados; así fué que cuando ya llegaban á distancia de tiro, mareamos en vela y cazando juanetes y trinquetes, salimos por medio de ellos en una empopada que nuestro buque navegaba entre dos aguas sin poder contestar á los fuegos que de ambos costados nos hacian; trataron de seguirnos, pero bien pronto los dejamos por la popa y seguimos viaje para fuera del rio.

Ningun contraste sufrimos, sinó es que se mencione el vuelco de dos tinetas en que teniamos colocadas las balas en defecto de baleros, que habiendo faltado los taquillos que las aseguraban en cubierta, dejaron que entre agua corrieran de un costado á otro, por lo que nos vimos en trabajo para evitar nos magullasen los pies, y que costó mucho para ser vueltos á poner en su lugar.

En ese dia, debo decir, que por primera vez veia las espumosas y transparentes olas, que la cortante proa del lijero «Rondeau» dividiéndolas con fragor, parecia que su velocidad las hacia hervir á sus costados, dejándolas en línea espiral por la popa en estado de ebullicion hasta perderse de vista en el horizonte; y sobre un cielo celeste, plateadas nubes que impelidas por el récio viento, corrian con nosotros á la par, como si quisiesen empujarnos á que con mas prontitud que ellas, llegasemos á las costas enemigas.

Estaba para sentarme á la mesa, cuando se me presentó una tarjeta de mi comandante, invitándome á comer con él. Esta distincion hecha á un Guardia Marina, bien pronto tuvo su esplicacion: era la galante reparacion que mi jefe queria

darme, por que en la noche del combate habiéndose embicando una *gonada* de á 20 de las dos piezas que por costado yo mandaba, en momentos en que, para enderezarla mis artilleros, con el objeto de hacer fuerza á un tiempo dieron la voz tan comun en los buques mercantes, y al pasar este por mi espalda, al decir ¡silencio! quiso indicármelo, y lijeramente habia tocádome esta con la bocina; cosa que me habia impresionado y por ello héchoselo saber al primer teniente. Inútil es decir que quedé plenamente satisfecho.

No habia aun llegado el sol al Ocaso, cuando fué ocultado por un denso cordon de nubes oscuras, y la mar privada de la luz prismada, cambiando sus colores por las tibias tintas del anochecer, daba con doble causa, mayor melancolia á esa hora en que la despedida de un dia que no vuelve, causa en el navegante, sin saber por qué, ese *estasis* misterioso que absorve las facultades del alma dejándolo taciturno. Esto hizo que, el crepúsculo en ese dia abreviando el tiempo de su duracion, casi súbitamente las tinieblas de la noche se extendieran y no dejasen ver mas que el ceniciento tono con que en la densa oscuridad se muestran las olas mas próximas al buque, que embistiéndolas con su potente fuerza, las dividia y arrojaba por ambos costados, produciendo estas masas espumosas de agua al chocar con las otras, una ebullicion fantástica de la que se producian fosfóricas luces, que eran el anuncio del próximo mal tiempo.

El cielo habiase cubierto de compactas nubes, y dándonos la sonda echada desde proa de mano en mano la certeza de que habiamos caido al Oceano, para cuya operacion se habia disminuido el velámen y orzado lo necesario para que las gavias vaciasen viento, quedando casi en un punto, y terminada, mareamos en vela, refrescando cada vez mas el viento.

La ejecución de la voz de mando del teniente de guardia se dejó oír por los sonoros silbos del pito del guardian, y los gavieros seguidos de los marineros de facción, treparon veloces por las jarcias de barlovento; se aferraron los juanetes y tomó una faja de rizos á las gavias y bergantina, completándose estas medidas preventivas para pasar una noche de mal tiempo, con trincar las piezas de batería y con dobles aparejos nuestra gran coliza.

Yo pertenecía á la guardia de estribor que en esos momentos se hallaba de servicio, y como el mas subalterno, mi puesto en cubierta era á sotavento, donde el agua que embarcaba el buque por proa y portas, cubria con frecuencia seis y siete tablas de cubierta, por lo que constantemente mis piés estaban en agua, cosa que nada agradable me era; pero mi severo superior en la guardia, un teniente Toll, á quien le llamábamos *quinda verdeona*, por su color y ágrío carácter, creo que se complacia en verme sufrir, no solo entre el agua, sinó al derrame del viento de las velas en noche del invierno. Nunca me pareció mas largo que esa noche el tiempo de una guardia; así fué que cuando el timonel dió las cuatro dobles campanadas y los pitos de los guardianes llamaron á cubierta á la guardia de habor, sentí un contento que me hizo olvidar el sinsabor pasado.

No bien habia sido relevado, cuando ya estaba en la cámara despojándome de las ropas que destilaban agua; tomé mi cama, sintiéndome agradablemente mecido por el movimiento que las grandes ondas de una mar embravecida hacian que se columpiase el buque, quedando bien pronto profundamente dormido, hasta que el timonel vino á despertarme—lo que no debió costarle poco—diciéndome: que era la media noche y entraba de servicio.

El viento rujía con violencia en los palos y aparejos: bramaba el mar, y la ola que batiendo en la amura de barlovento, al remontar lanzaba sobre el buque grandes masas de agua que á impulso del viento se convertía en copiosa lluvia, unido á un fuerte bandazo que hizo crujir los maderos y mámparos de la cámara que habia quedado en tinieblas desde que el timonel subió con la pequeña linterna oculta bajo su capote de lona, rodando silletas, baules y cuanto se hallaba mal asegurado, no me dejó dudar de que estas cuatro horas en cubierta iban á ser peores que las primeras. Así, pues, subí á relevar á mi único compañero guardia marina, un jóven de apellido Athuel, el que por el contento de ir á tomar el abrigo y descanso en su camarote me dió un abrazo, que nada se lo agradecí. No veía en cubierta á mi antipático teniente Toll; esta vez iba á tener de compañero á un teniente Bosthon, hombre afable, y que habiendo permanecido algunos años en el país, poseía bien el idioma, por lo que me encontré agradablemente recompensado de haber dejado el camarote confortable, mayormente, cuando habiendo tomado mi puesto á sotavento, este me llamó á barlovento, donde por mi estatura, la borda me abrigaba del viento y agua.

Corriamos el tiempo en gavias á las que se habian tomado dos fajas mas de rizos, trinquete y trinetilla, con proa N. N. E. y dando la corredera nueve y media millas por hora apesar de la mucha mar del S. E.

Nuestro largo y raso bergantin, de palos bien volcados hácia popa, parecia un pez que herido por arpon, lanzado por el nervudo brazo del pescador, corre hendiendo las olas del Oceano; tal era como con su bien cortada proa embestia la cima de las montañas de agua, para deslizándose en la profundidad de estensa onda, arremeter luego á la otra; por

lo que fué necesario cerrar las escotillas para evitar que el agua que corria no entrase por ellas.

Duros eran estos momentos de prueba para los setenta y tantos paisanos que componian nuestra tripulacion; que estenuados por el mareo, los que se hallaban en cubierta eran obligados á estar de pié, y que no teniendo la habitud del marinero, no podian neutralizar el frio con el paseo ó evitar con lijeros movimientos los golpes de agua que batian la cubierta hasta el palo mayor, de cuyo lugar á popa no es permitido pasar á los marineros, sino en un caso de que lo requiera alguna maniobra. De toda la plana mayor era yo el único hijo del pais, así es que por un sentimiento de nacionalidad, me habia declarado el protector de ellos, mucho mas cuando todo se mandaba en el idioma inglés, por lo que les servia para ello de intérprete en las diferentes tareas.

Así navegamos tres dias y al cuarto fui despertado con la agradable noticia de « buque á la vista, » que desde la cruceta de trinquete habia anunciado el vijia de tope: subí á cubierta y participé del contento representado en todos los semblantes. El tiempo habia abonanzado y nuestro andador bergantin con viento mas que galeuo á toda vela hacia mas de once millas, por lo que bien pronto el buque anunciado lo vimos como un punto en el horizonte por la proa.

El sol, que despues de tanta ausencia, coloraba el cielo con sus rayos, vino á dar mayor alegria al brillante cuadro que ofrecia la cubierta del « Rondeau. » En tanto que el comandante y algunos oficiales dirijian los anteojos para reconocer el buque avistado; las conjeturas se sucedian y se hacian apuestas. Es de guerra, decian unos; mercante, otros; — de guerra ó mercante lo tomaremos, se oia en boca de todos. Le entramos demasiado pronto para que pueda ser de guer-

ra, repetía de tiempo en tiempo el segundo comandante, que en el castillete de proa se mantenía sin quitarle el antejo. No faltó quien, ya calculando el precio de la presa, dedujese cuantos pesos fuertes iba á tocarle por su parte: este era un hijo de la Gran Bretaña.

Los tres prolongados toques de pito, terminados por la voz grave de ¡groge! trajeron á ambas guardias á formar á sus respectivos costados, y luego de terminar el reparto en presencia del contador y oficial de servicio, se procedió, tomando la tripulación en baterías sus puestos, á renovar las cargas de las piezas por causa del mal tiempo que habíamos sufrido, quedando al cascabel los porta-cartuchos, chifle y demas útiles de cada cañon.

Empezaba el sol á secar nuestra cubierta, cuando el vigía gritó: — tierra por la proa! — y pocos minutos despues fué reconocida la costa de Rio Grande, que con los rayos de aquel se ostentaba como una faja de plata brillante al poniente.

Con amuras á babor, cortando las aguas que convertíal en blanca espuma, y lamiéndolas con la boca de los cañones de sotavento, ganaba la distancia nuestro bergantín de ta modo, que bien pronto nos ratificamos ser una zumaca á la que dábamos caza; así fué que á las ocho desplegamos al viento el pabellon de la patria, (como entonces se le llamaba), y en menos de una hora mas, nos hallabamos al habla de nuestra presa, que obedeció en el acto cuando se le mandó ponerse en *facha*, haciendo el «Rondeau» igual maniobra para arrear un bote, en que se embarcó el segundo comandante acompañado de un teniente y el carpintero, que iban á la operacion de tomar posesion de ella, y reconocer la calidad de vida de este buque, que su capitan considerándolo de

mucha marcha, creyó podría escapar, entrando por la barra del Sud,

Vuelto á nuestro bordo el segundo, trayendo á toda la tripulacion é informando ser de buenas condiciones y cargamento general, se resolvió dotarlo con un oficial y ocho marineros, para ser remitida á alguno de los puertos del Sud de Buenos Aires. Apareciendo cuando se estaba en estos trabajos una vela á barlovento; resultó ser «La Argentina.» Vino al habla y nos saludamos los oficiales alborozados; luego de despachada nuestra presa, seguimos á cruzar ambos buques sobre aquellas costas.

A los dos ó tres dias, habiéndose alejado de vista nuestra compañera, apresamos la polacra «Pedro I,» que procedente de Santa Catalina, con cargamento de fariña y porotos se dirijia á Rio Grande, la que por su insignificante carga y viejo casco, despues de picarle su palo mayor por la fogonadura é inutilizado su velámen dejándole solo el velacho, y habiéndole embarcado la tripulacion de la primera, con viento del E. la dejamos en libertad, ciertos que no podría hacer otra navegacion que ir á embicar en los arenales de esa brava costa y que seria perdida, pudiendo solo salvar la jente en la lancha. Los prisioneros que habiamos tenido á bordo, salieron con sus sacos de equipaje bastante aliviados de lo que en ellos habian traído; no obstante ser prohibido bajo penas, el que nuestra tripulacion tomase lo mas mínimo, para no mancillar el honor de nuestra bandera de guerra, se decia en la órden general que habia sido leída.

Tal vez, yo era el único que echó una mirada compasiva hácia aquellos desgraciados y los siguió hasta perderlos de vista, deseándoles un buen viaje.

Cruzando entre las latitudes de Rio Grande y Santa

Catalina, nos detuvimos algunos días ofreciéndome las costas de esta última, en sus elevadas y caprichosas montañas, un espectáculo nuevo á mi vista; unas veces dejándolas ver hasta tocar en el horizonte, otras cortadas por lo denso de vapores bajos, como si sus bases estuvieran desprendidas de la tierra y sus variadas cúspides arriba de las nubes, cubiertas de vegetación.

Sin haber vuelto á ver á «La Argentina» ni alguna otra vela, nos sobrevino un récio temporal. El «Rondeau» capeando, apesar de ser tan raso, se defendia de las olas enfurecidas, como el pájaro marino, que con la cabeza al viento, para esquivarse de ser arrebatado por las espumas, abre el codo de sus alas, y tomando un ligero vuelo, las salva y nuevamente apósentase en la superficie jaspeada de la onda; ya embicando su largo y tendido baupré, ya levantándolo de modo que, dirigida la vista hácia popa, parecia que iba á caer en una vorájine.

Silbaba el viento con impetuosidad en los aparejos, á impulso del vaiven, el buque cruja en todas sus ligazones como si fuese á abrirse.

Imponente á la vez que sublime, es el espectáculo que ofrece una tempestad en el Oceano.

Las densas nubes impelidas por el viento, corrian bajas confundiéndose con la niebla producida por el agua desprendida de las espumosas cimas de las olas, perdiéndose de la vista los horizontes del mar enfurecido. Se oyen las variantes detonaciones del trueno precedido de vivos relámpagos, cual si el enojo de esos elementos lo provocase el hombre, que atrevido, con una débil fábrica, hija de su inteligencia, salva los limites que el Supremo Hacedor formó para su morada, y que poniendo en juego, su coraje y los conoci-

mientos de la ciencia, lucha, y los vence con espíritu gigante.

Con semejante tiempo no era posible que nuestros cocineros consiguieran dar sazón á la carne salada, así es que en esos casos el café y té, hechos por lo general con agua mal hervida, y galleta, era lo que venia á constituir el almuerzo y comida; por lo que se daba entonces una tercer ración de *grog* (caña) que á la vez de agradable al paladar de los hombres de mar, es un conforiativo conveniente á la salud del que pasa horas y dias con el cuerpo mojado. Yo no lo probaba por sistema que me habia impuesto: bien que la sangre caliente del muchacho no necesita otro antídoto contra el frio, que el de los pocos años.

Horquetando un brazo en algunos de los cabos amarrados á los cabilleros para no caer, pasé el tiempo de mis cuartos — guardias de cuatro horas — y en las de la noche, llegaba á quedarme dormido en ese estado, despertándome á la voz de mando de mi superior ó cuando un golpe de agua me bañaba; y que habiendo durado algunos dias el mal tiempo, no teniamos ni una pieza de ropa seca.

Con mal ó buen tiempo, á las ocho de la mañana nuestro comandante se mostraba en cubierta, y era de orden hacerlo así todos los oficiales; no siendo permitido presentarse sin vestir estos de casaca y los guardias-marinas de chaqueta bien abrochada, ó en defecto en este estado el chaleco.

El dia que habia amainado el tiempo, deshecha la capa, despues del almuerzo, nuestro comandante ordenó que los hijos del país, los mas hombres de campo, se ocupasen de hacer ejercicio de subir por las jarcias, cuando por lo picada de la mar, los balances del bergantin, eran muy repetidos, y que mi compañero y yo los dirijiésemos.

Puestos á la operacion, gran trabajo nos costó hacerlos subir hasta media jarcia: algunos no pudieron por mas esfuerzos y amenazas, llegar á mas de tres ó cuatro flechastes, abrazándose con todas sus fuerzas de los obenques, no había forma de sacarlos, causando la hilaridad al resto de la jente: costándoles igual tortura el bajar, y quedando este ejercicio establecido de diario, no tardaron en hacerse los mas, diestros marineros para aferrar y tomar ó largar rizos.

Volviendo sobre las costas de la provincia de Santa Catalina, nos prolongamos por ellas hácia Rio Grande.

Al amanecer de un lindo dia, con viento bonancible, muras á babor y rumbo al Sud, navegabamos en aguas de un verde esmeralda, señal inequívoca de que estábamos próximos á tierra, cuando el vijía dió la voz de: — ¡velas á la proa!

En el acto se hizaron y cazaron sobres, se echaron fuera los botalanes de álas de barlovento y en un instante, con estas y arrastraderas, bien llenas con viento á un largo, volaba nuestro bergantin.

Desde el tope contábamos los buques, que llevando nuestro rumbo bien envelados, no nos dejaba duda tener á la vista un convoy, que nuestra tripulacion ya consideraba nuestro. ¡Buena presa!—con bien pronunciada alegría, repetian todos cada vez que se avisaba al progresivo contar de las que se iban descubriendo. *Nos vamos á poner las bo'as,* decian mis paisanos, que ya se habian habituado á las costumbres marineras.

La mar tendida y transparente, abriantada por el sol que con esplendor subia: todo envelado nuestro rápido buque, entraba a dar la caza con una velocidad tal, que en menos de dos horas ya llegábamos al primero; que hablado á la bocina, por él supimos los escoltaba el bergantin de guerra

«Piragá» que debía hallarse mas adelante. Se le dió orden de acortar de vela y pusimos la bandera brasilera, siguiendo á alcanzar y pasar lo mas cerca posible de los demas, repitiéndoles la misma orden, y los que desde abordo nuestra jente, convencida que no teniamos tanto oficial para cabos de fuerza, designaba cada uno á su entender, los que debiamos utilizar y los que serian echados á pique.

El semblante radiante de alegria de nuestra tripulacion, encontraba el mas acabado contraste en la de cada buque que dabamos caza; estos quedaban estupefactos, no por el asombro que les causase la lijereza del «Rondeau,» sino por que á pesar de la bandera que llevaba, al acercarnos, se convenian que no era buque amigo.

Un corsario se habria encontrado bien satisfecho, con apresiar cuanto buque de estos hubiese querido, pero nuestra mision era otra y nuestro comandante se proponia dar caza, batir y tomar al «Piragá.»

Viéndose desde cubierta las doradas arenas de la costa á sotavento, fué reconocido entre varias velas, la alterosa guinda de un bergantin, en el que se reconoció al buque de guerra.

El toque de tambor y pífano para aprestarnos al combate, arrancó á nuestra jente un simultáneo y entusiasta ¡hurra!! y cada uno corrió presuroso á tomar sus armas y su puesto en bateria.

El «Piragá» habiendo acortado de vela, iba por momentos á ser alcanzado, mas derribando todo embocó la barra del Sud, cargó sus mayores y orzando nuevamente se puso en facha.

Enfrentados á él, metiendo á las y cargando sobres, así que estuvimos á tiro, con un disparo de la coliza afirmamos:



el pabellon celeste y blanco, y arribando en seguida hasta que el poco fondo nos obligó á poner en facha, provocándole así con algunos tiros de cañon al combate, que no aceptó, bien por el peligro de varar en aquellos vajios ó por creernos mas fuertes, y sin contestar, mareó en vela y siguió por la barra adentro.

Como era de esperarse, aprovechándose de esa buena coyuntura, favorecidos del buen viento y del conocimiento de aquellos estensos bancos, para los que no teniamos práctico, los buques de un convoy de mas de veinte velas escaparon, entrando los mas por la barra del Norte; así fué que con gran pena de nuestra jente, solo fueron apresados tres, que luego de ponérseles nueva tripulacion, con ellas en consignas, nos alejamos de la costa por aproximarse la noche.

Habiéndome cabido la suerte de ir con el bote á cambiar las tripulaciones de las tres presas, tuve ocasion de hacer una buena provista de naranjas, bananas, ticholos y cajas de guayaba, que traje en cantidad y saboreamos; cosas todas bien apetitosas, especialmente para un muchacho que, la carne salada la comia por necesidad de no haber otra, quedando tambien provisto de un octante que me fué cedido por mi comandante, junto con un cuartel de reduccion y libro de Logaritmos.

Al siguiente dia desde bien temprano, nos ocupamos de entresacar de las cargas de los tres buques, los objetos mas valiosos para completar un buen cargamento en uno de ellos, que fué despachado; echando á pique los otros con cuanto tenian, con gran pena de nuestra jente al ver así desperdiciar lo que valia buenos miles de patacones.

Dos ó mas grandes rumbos que nuestro carpintero abria á flor de agua, hacia que en algunos minutos el casco

se escondiese en la superficie de las aguas, y luego con gran ligereza se sumerjian, haciendo una fuerte oscilacion de uno á otro costado, hasta ir á aposentarse en la profundidad, pare siempre jamás.

El alojamiento de nuestra crecida tripulacion en entrepuente, lo era á uso de tarima de cuartel, sobre el sollao, por que no se nos habia provisto de hamacas, puestos en fila en ambos costados.

En el de estribor la marineria extranjera que lo era la mas y á babor los del pais con la tropa; por lo que en este costado, en que habia mas espacio franco se les colocó á los diez y ocho ó veinte prisioneros, donde los dueños de casa les dispensaron toda clase de atenciones y oficioso agasajo.

La estricta disciplina que se observaba en nuestro buque, máxime hallándonos en costas enemigas, hacia que á las ocho de la noche se apagasen todas las luces, cubriéndose desde que se encendia la de victácora, de modo que el timonel pudiese ver el rumbo que debia seguirse, para que no reflejase en el velámea tanto para no ser vistos, como tambien para que los vijías, que como á proa, se colocaban á los costados y á popa pudiesen distinguir mejor si algun buque se avistase.

El profundo silencio que era de orden guardar, no se habia alterado, pareciendo que en el entrepuente nuestra tripulacion que estaba descansando, se habia entregado al sueño, notándose que ninguno roncaba.

Cuando habian sonado las seis campanadas de las once, sentimos un sordo murmullo en que se distinguian amenazas, maldiciones y reniegos en inglés y castellano y quejidos

mal comprimidos, como de lucha entre los de una y otra banda.

Inmediatamente se manda que un timonel encienda una linterna y con un cabo y cuatro soldados de guardia, favorecidos de aquella luz bajamos precipitadamente.

Toda nuestra gente la encontré no solo dormida en sus puestos, sinó tambien á todo roncar, pero los prisioneros despiertos y azorados: resultando que toda aquella bulla la habria ocasionado el que algunos marineros de estribor, habiendo invadido al lugar de los otros, sin duda con el fin de arrebatarse los equipajes de los huéspedes, habian sido repelidos por los de babor y trabádose una lucha de trompadas que terminó por finjir unos y otros estar profundamente dormidos.

Con fuerte samarreo, se despertó á aquellos que se hallaban próximos al lugar, donde segun los prisioneros, habia ocurrido aquella singular pelea: pero ninguno habia oido nada.

No habia pasado una media hora de perfecto silencio y sosiego, cuando oimos gritos en el idioma portugués, lamentándose que se les habia arrebatado los sacos; de consiguiente, sin perder tiempo vuelvo al entre-puente con el mismo auxilio y procedo á la indagacion; resultando que, á algunos de aquellos infelices, habiendo sentido que les andaban por sacar el calzado, por un movimiento natural se habian incorporado para defenderse y al volver á recostarse en la bolsa, bien repleta de ropas, que les servia de cabecera, un golpe en la murada, que mas dolor habian sentido en el corazon que en la cabeza, les habia hecho conocer que se las habian robado.

Al amanecer y antes del valdeo, se mandó formar en cu-

bierta toda la jente con sus sacos, procediéndose á una rigurosa revista sin que apareciese ninguna prenda de las robadas, y en seguida, registrado el entre-puente, fuera de los sacos se encontró escondida entre la parlamenta y demás útiles de ancha y botes que inmediatos á los durmientes se hallaba colocada, cuanto habian contenido, restituyéndose á cada uno lo que le pertenecía.

Pero ¿quiénes eran los delincuentes? — difícil cosa de ser averiguada. Así fué que nuestro comandante, que era inflexible cuando daba una orden, con escepcion de los oficiales de mar que tenian su alojamiento en el rancho de proa, mandó que el resto de la fuerza fuese privada del *grog*, para interesar á todos á que vijilasen en que cada uno diera cumplimiento á la orden general que nuevamente les fué leída.

Uno de los tres capitanes, de nacion portuguesa y cuyo nombre siento no recordar, habia estado en España, por lo que poseia el idioma castellano; hombre que por su franco carácter conquistó bien pronto las simpatias de la oficialidad y muy especialmente la mia por haberseme ofrecido á darme lecciones prácticas de navegacion, y á él fué que debí talvez en pocos dias arrêglar y manejar el octante, llevar mi libro de diario y de este hacer la *estima* cada veinte y cuatro horas, y a falta de cronómetro, por el Epítome (libro que se publicaba cada diez años en idioma inglés) los cálculos de diferencia de lonjitudes y declinacion del sol, como el manejo del Cuartel de reduccion para los rumbos correjidos en la distancia andada, con lo que diariamente me colocaba en puesto conveniente para seguir la ascencion del sol hasta llegar al zenit, corriendo como un piloto consumado, de tiempo en tiempo la alidada de mi instrumento; así llegué hasta poder á fuerza de contraccion, alcanzar el honor de que mis

observaciones, algunas veces fueran consultadas por nuestro primer teniente para tomarse el término medio de la latitud observada.

En los días que el buen tiempo lo permitía, se ocupaba nuestra tripulación en los trabajos de labor: unos á composición de velámen, otros á preparar bragueros de respeto para la artillería, otros á hacer meollar, tomadores y demás labores que demanda el buen orden de un buque de guerra, y la tropa á la limpieza de las armas de chispa y blancas, convirtiéndose nuestra cubierta desde el palo mayor á proa en activo taller.

Cuando esto tenía lugar, éramos obligados los dos guardias-marinas, á ponernos á las órdenes del contramaestre que nos designaba el trabajo que debíamos hacer, desnudándonos de la chaqueta y arremangada la camisa, entrábamos á nuestro que-hacer, por lo que muchas veces las manos las teníamos bañadas en alquitran para poner una prescinta de ona, y con mazeta en mano, forrar un grueso cabo, pues el comandante quería que sus oficiales conociesen prácticamente lo que deberían mandar hacer y en defecto de escuela de este arte.

Terminada esa faena, con remarcado apetito íbamos á la mesa á saborear nuestro plato cotidiano, que se reducía á *lob sconce* especie de guiso de carne salada picada, galleta deshecha y papas, con un poco de aceite y que le hacíamos mas pasable con un poco de vinagre, antidoto al escorbuto, terminado con un buen pedazo de dulce de guayaba y galleta americana.

Los domingos y jueves nuestra mesa tenía los honores de convite, pues nuestro cocinero, en una larga bolsa de brinponia á cocer en el caldero donde se hervía la carne salada de

vaca ó puerco, un poco de harina y pasas, batidas en agua que le llamabamos pudin, *Plum Pudding*, terminando con una taza de café con sopas de galleta.

Antes de un mes de campaña se nos habia concluido el agua de los cascós que de Norte América habia traído el buque, y entrado á hacer de lo que contenian las pipas de que se nos habia provisto, las que por no haber sido quemadas, ó si lo habian sido fué mal hecho, nos encontramos con que el agua estaba corronpida: una con gusto á vino carlon, otra á agrio de naranja, y todas avinagradas, con telas espesas, viendonos obligados á colarla y que despues de caer al estomago nos hacia el efecto del éter; agregandose á esto que entramos al calor tropical, y que solo teniamos como libra y media de agua por racion para las veinte y cuatro horas.

Esta circunstancia vino á despertarnos el deseo de hacer nuevas presas, por interés de tomar agua potable y naranjas.

No tardó en aparecer en un lindo dia de ventolinas variables, una vela que envuelta en los horizontes vaporosos de la latitud de Paraguá, fué descubierta por el vijía establecido desde la venida del crepúsculo matutino y que las repentinias y repetidas calmas nos desesperaban pues que apesar de haber puesto todas las velas, poco adelantaba nuestro bergantin; mucho mas, cuando encrespando el agua por la proa, soplabá de aquella direccion tal calma, que inútil era bracear y tirar bolinas, porque no bien empezaba á tomar arrancada, cuando volvia á recalmar.

La impaciencia era general; y calculando que así pudiese llegar la noche y podria escapar el buque codiciado, el comandante ordenó de armar la parlamenta, cosa que fue eje-

cutada en el acto, poniéndose dos hombres á cada remo, y así convertido en gran falúa de veinte remos el «Rondeau», marchaba cerca de dos millas en la hora.

Visto así desde la cruceta de trinquete donde me habia colocado, ofrecia la vista mas completa del buque cazador, y la diligente marinería, que con gran fuerza remaba con simultáneo movimiento, la codicia del hombre.

Habia pasado el medio dia, cuando la tersura de las aguas vino desapareciendo y un viento galeno del primer cuadrante, concluyendo aquellas calmas, hizo innecesario el esfuerzo de nuestros ya rendidos vogadores, y en ceñida bolina, la caza á un bergantin goleta tuvo efecto al ponerse el sol.

Cabiéndome la suerte de que se me mandase á tomar posesion de ella, no descuidé en poner en mi bote un barril para proveerme de agua.

Saltando á bordo fui recibido por el capitán con ceño adusto, y de mala gana me entregó los papeles del buque y correspondencia que le pedí, como tambien el que pusiera en su bote su equipaje, no siéndome necesario decir esto último á sus marineros, porque los encontré á cada uno con el suyo en mano; por lo que en pocos minutos con el guardian que me habia acompañado, remití todo á nuestro bergantin que en mayores, y juanetes airosamente cargados, á distancia de unas cien brazas estaba puesto en facha.

Mi primera diligencia fué buscar la aguada, apagar una sed bien espresada por repetidos tragos, y llenar el barril puesto en mi bote para mis compañeros.

Vuelto el bote de la presa se me ordenó á la bocina que remitiese nuestro bote, quedando con el guardian y seis ú ocho marineros, y que siguiese las aguas, conservándome á

buena distancia; órden que me sorprendió, pues no atinaba con la causa porque se me confiaba aquella comision, y hasta llegué á temer que se me hubiese creido capaz de dirigir la presa á puerto, idea que bien me mortificó toda esa noche que debo llamarle *toledana*.

En fin, con ánimo resuelto así que el «Rondeau» mareó en vela, mandé bracear por estribor y seguir su rumbo.

Mi jente, por mas que les ordenaba estar en cubierta, al menor descuido se perdian de mi vista; era un afán de bajar y subir, ya á la cámara, ya al rancho de proa, que mis conjeturas se fijaron en que se ocupaban en buscar objetos que robar; pero no tardé mucho en comprender que me habia engañado, cuando me apercibí que iban perdiendo la cabeza, y en breve me encontré con guardia y marineros totalmente ébrios.

El hombre que tenia al timon y que habia ya relevado á otro, dejaba á cada momento orzar el buque hasta flamear las velas, por lo que me veia obligado á no desampararlo, ayudándole á derribar para seguir por la popa á nuestro bergantin, que apesar de navegar con solo mayores, se alejaba cada vez mas ó al menos así se me figuraba por el temor de perderlo de vista; pero algo mas me estaba reservado: los efectos del alcohol vinieron a operar de tal modo, que allí mismo abandonándolo las fuerzas cayó dormido, y me fué necesario tomar la caña del timon, pidiendo á Dios que no refrescase el viento y viniese el dia cuando antes.

Felizmente el viento y mar se mantuvieron bonancibles, y las pocas fuerzas de muchacho bastaron á soportar aquellas larguísimas horas de una noche de angustias y zozobras, que las causaba el temor de que en la situacion en que me encontraba cayese un viento fresco, y no poder cargar paño

y menos aferrar, hasta que los primeros albores del día vinieron y á puntapiés, que de tiempo en tiempo habia repetido al que tendido roncaba á mi lado, satisfecho de un sueño de mas de seis horas, conseguí que se pudiese en pié y fuese á llamar al guardian y marineros, los que unos despues de otros, fueron apareciendo en cubierta.

En facha nuestro buque, nos esperaba como á distancia de cinco á seis millas, y en el intérvalo que medió para llegar á él lo aprovecharon mis marineros para desenojarme y hacerles gracia, en mérito de la que yo habia alcanzado con el mando de que ansiaba ser relevado.

Puesto al timon el guardian me ocupé en registrar la cámara, en la que encontré gran cantidad de bolsas que creia de pesos fuertes, y que resultaron ser monedas de cobre de cuatro veintenes, las que de órden de mi jefe, conduje con otros objetos á su bordo, cuando con gran contento mio habido sido designado el cabo de presa.

Cuando conté á mis compañeros los percances en que me habia visto, les proporcioné un rato de risa, mayormente, cuando preguntándome lo que habia *pelliscado*, les mostré un par de botas de taco con herradura y punta cuadrada, primeras que de esta clase veía, y que mucho las necesitaba.

Entonces empecé á comprender ó sospechar la causa por que se me habia dado aquella comision: era el mas jóven y por consiguiente inocente, no siendo por mi educacion capaz de faltar á los deberes de recto proceder; bien satisfecho quedaba con tener frutas y dulce, y en aquellos momentos, mas todavía con la buena agua, cosas de que todos participábamos.

Con brisas variables de buen tiempo fijo, mareamos en direccion Sud con la costa á la vista y corrientes de S. á N.;

á los dos ó tres dias apresamos una sumaca que debia ser costera, por lo que su cabulleria era toda de ambé: fué echada á pique, y en su lancha embarcándole un barril de agua y una bolsa de galleta se puso á los prisioneros que cabian, en completa libertad, siguiendo hasta Santa Catalina, donde al dia siguiente, en la boca del Norte, tomamos y quemamos otros dos buques y en una de las lanchas embarcamos el resto, dejándolos bien cerca de la bateria de Santa Cruz, y nos hicimos á la mar para ir despues á mostrarnos en otros puertos del Imperio; habiendo dejado en el Sud buen testimonio del riesgo que corria su comercio marítimo y los buques de guerra que aventurasen á navegar solos.

En aquella estacion en que desde marzo á octubre reinan los vientos del E. al E. S.E., favorecidos por las constantes corrientes de igual época, gobernando en el dia en vuelta de tierra y en la noche á la mar, para evitar dar en muchos escollos que ofrecen islotes y peñascos, que en el dia no es de riesgo aproximarse á ellos por el gran fondo que los circunda, hacíamos una navegacion amena.

La caprichosa cadena de montañas que á muchas leguas de distancia se veia desde la cubierta de nuestro buque, por la mañaua de un color azul oscuro sobre un cielo vaporoso, al descenso del sol de variables tonos de color de laca, ofrecia un panorama majestuoso que nos servia de guia para ir á visitar el centro del comercio del mas vasto imperio.

Habíamos aprovechado los dias de bonanza, ya en labores del servicio del buque, ya en ejercicio de cañon como de maniobras, en las que tocaba á los guardias marinas el mandarlas, poniéndonos sobre la toldilla de cámara con bocina en mano dando las voces al efecto en idioma inglés, designando nuestro comandante la que debíamos ejecutar.

Por los buques que habíamos apresado, sabíamos que por telégrafos debía haber llegado al Janeiro el aviso de que surcábamos aquellas aguas: pero eso era un bien para que produjese los efectos que tenía la misión que llevábamos, así fué que bien pronto nos hicimos sentir sobre las islas de San Sebastián, la Grande, Redonda y Rasa, que estas dos últimas están frente á la Bahía de Rio Janeiro y Cabo Frio.

ANTONIO SOMELLERA.

(Continuará.)

—•••••

LITERATURA.



COSTUMBRES LIMEÑAS.

CHORRILLOS.

¿Quereis conocer á Lima con sus coronas de mujeres bellas, con la agradable franqueza de sus costumbres y con la animacion y vida de sus círculos sociales? Abandonadlo en los dias de verano, por que su temperatura es sofocante, sus aristocráticos salones están solos, sus paseos desiertos, y su teatro cerrado.

Tomad el tren que conduce á Chorrillos, y en menos de media hora, al través de campos polvorosos, estériles y melancólicos, llegareis al pié de una colina á la orilla del mar.

Allí está Chorrillos.

Es un pueblo reducido, de casas pequeñas, callejuelas estrechas ó torcidas, que como belleza natural solo puede presentaros una encantadora vista del mar, que se descubre majestuoso, vasto é imponente, desde el elevado Carraneo de la orilla. En una ensenada tranquila juegan y murmuran algunas olas que vienen á espirar á la ribera, pero no os detengais en esta contemplacion semi-romántica, porque en el pueblo hay escenas sociales dignas de mas atencion.

Chorrillos es el panorama donde se ven en relieve todas las fases de la sociedad de Lima.

Es la panacea de todos los enfermos, el centro de todos los placeres, el punto de cita de todos los amores, el teatro del juego, el hospital de las histéricas y nerviosas, el paseo obligado de todo habitante de Lima, porque en la temporada del verano Chorrillos es la exigencia tiránica de la moda, y según las respetables tradiciones limeñas, aquel venturoso pueblo, es un pedacito del paraíso terrenal abandonado generosamente por Dios á las puertas de Lima.

Allí encuentra marido más de una soltera avejentada y maldiciente, que no ha soñado realizar su luna de miel en tan avanzados años.

Allí la coqueta exhibe triunfante la muchedumbre de sus admiradores arrastrados por los encantos de su desenvuelta belleza.

Allí la niña pudorosa escucha la primera palabra de amor que abre ante sus ojos un mundo de desconocidas ilusiones.

Allí las viejas todavía un tanto mundanas y arreboladas recuerdan con secreto placer la época de sus conquistas, y recorren los sitios de sus pasadas aventuras.

Allí los amantes, libres de las trabas que imponen las fórmulas sociales, disfrutan de su ternura al rayo de luna, á la orilla del mar, bajo un pabellón de estrellas y entre el susurro de las brisas y de las olas.

Allí el caballero de industria encuentra con asombrosa profusión mesas con onzas, naipes y dados para ejercer á mansalva su productivo oficio.

Allí el fraile escapado de su convento humaniza un tanto la santidad de sus hábitos poniéndolos en contacto con las tentaciones del mundo.

Allí el mancebo encuentra todos los elementos necesarios para gastar dulcemente algunos días de juventud.

En fin, allí se baila, se canta y se pasa tan agradablemente la vida, como en el siglo de oro de que los poetas hablan. En esos felices tiempos, se dice que los leones andaban con los corderos y los milanos con las palomas, y en Chorrillos se confunden los niños inocentes con los viejos camastrones, y los seductores con las candorosas virgenes. Hay razón para que allí las viejas se rejuvenezcan, y las jóvenes se casen, y los jugadores ganen, y los tristes se consuelen y los enfermos se alivien. Es que en Chorrillos se vive en el siglo de oro.

Por eso suceden todos estos fenómenos.

Ved el programa de la vida de allí.

Después de levantaros vais á bañaros al mar. No os asustéis al ver meciéndose sobre las olas á las bellas jóvenes, en medio de los hombres. Esa es la costumbre. Dejad á un lado todos los escrúpulos del pudor. Desnudaos y lanzaos sin temor de naufragar en ese oceano de tentaciones. Allí se bañan todos con una inocencia paradisiaca, porque el vestido que usan las mujeres es tan anti-poético que puede servir de remedio eficaz para matar la pasión del mas fervoroso y constante de los amantes.

Vereis en camisa bañarse, es decir, en estado de oruga y de gusano á las mas pintadas mariposas de Lima.

¡Dios quiera que no vayais á tropezar con la dama de vuestros pensamientos encontrándoos ambos en traje de baño! Las ilusiones son delicadas, y podrán desvanecerse al veros con aquella túnica ó camisa en plena luz, á la mitad del día; entre una turba de mozos que rien de vuestra escualida figura, y espian con avidéz la blancura del pié de la niña que

pasa, la morvidez de los contornos de la que sale del baño, y todos los misterios que tanto debe guardar el pudor de la belleza. No os escandaliceis por ninguna de estas frioleras, porque en Chorrillos se vive en el siglo de oro.

Felices tiempos, y bien aventurados los que de ellos gocen! Ah! si pudiera encontrarse el secreto de la inmortalidad, para cambiar la gloria por el eden de Chorrillos.

Pero los deseos son inútiles. Los baños de mar no devuelven á la soltera la frescura de su pasada juventud, ni á las viejas sus perdidas ilusiones. Sin embargo, eso no importa. En Chorrillos hay consuelos para todos los dolores, placeres para todas las edades. Las viejas juegan y las solteras hablan del prójimo.

En la salida del baño véreis escenas que no habiais soñado; formas de una maravillosa perfeccion.

Grupos de bellezas que las podriais tomar por las silfides ó las sirenas.

Brujas de una fealdad inverosímil.

Esqueletos horripilantes.

Gordura de una exhuberancia sorprendente.

Pies pequeñuelos, blancos y arqueados. Y además pero basta, que vereis tantas cosas que debeis temer, no os suceda lo que dice un verso.

«Ojos que miran mucho

Miran incautos

Que hay cosas que al mirarlas

Causan gran daño!

Que en la mirada

Muchas veces sucede

Que se vá el alma!»

Cuando esteis vistiéndoos, podeis tambien aplicar los

ojos á los huecos de las esterillas de totora que forman vuestro cuarto, y vereis en los vecinos todos los misterios de una fantasmagoria. Cuidado como olvideis esto, por que estas cosas no se ven sinó en Chorrillos, que es único pedacito del mundo que tiene el privilegio esclusivo de gozar del siglo de oro.

Al baño seguirá un almuerzo confortable, y despues pasareis algunas dos horas al rededor de una mesa de juego. No tengais vergüenza de hacer esto. Es verdad que puede costaros algunas onzas, pero eso es lo de menos.

Hemos vuelto á los felices tiempos en que Kovia maná. Hoy se llama huano; pero los efectos son los mismos, por que se asegura que cada israelita gustaba en el maná el manjar que su caprichosa fantasia imaginaba. Asi á cada habitante del Perú se le convierte el huano en lo que él desea.

Los militares lo convierten en pólvora, balas y rifles, en tanta abundancia que tienen hasta para regalar á otras naciones.

Los diplomáticos lo trasforman en protocolos y tratados.

Los jueces en autos y sentencias.

Los abogados y escribanos en expedientes.

Las mujeres en lujo.

Los jugadores en dados y naipes.

Y todos entregados al *dolce farniente* viven del portentoso maná que se transforma en todos los valores.

Solamente las viejas no han podido hacer de él una pomada para quitar las arrugas; pero las morenas se han hecho polvo para blanquearse el rostro.

Si, el huano obra tantos prodijios que no debeis parar mientes en las onzas que perdais, porque entre vuestros bol-

sillos lloverá despues el maná de las islas de Chíncha, que se convertirá en oro.

Por otra parte, puede suceder que la fortuna se os muestre favorable, y entonces podeis llegar á ser riquísimo. Preguntádselo sino á tantos caballeros que se han hecho poderosos en Chorrillos.

Y no supongais que han tenido algun secreto para fijar la rueda de la fortuna. No, alli se juega entre caballeros libres hasta de la sospecha, como la mujer de César. Alli todos los hombres son honrados.

Para consolaros de la pérdida, ó para celebrar la ganancia, ireis á casa de una amiga á tomar las once.

La amiga debe ser infaliblemente bonita, porque en Chorrillos hay tantas como generales en el Perú.

Despues de haberos refrescado con algunas frutas, con helados ó con algunas copas de vino, ireis á cumplir con los deberes sociales que os imponen vuestras relaciones.

En una visita hablareis de las personas que han llegado de Lima por el último tren.

En otra de los placeres del baño.

En esta del lujo que se está introduciendo en Chorrillos, cuando antes no se veia alli ni guantes, ni trajes de seda, etc, etc.

En aquella de los matrimonios en ciernes, y pasareis en revista la crónica de todos los amores.

Si quereis, podeis tambien hablar de la crónica del juego. En otra parte seria escandaloso pero en Chorrillos todo es inocente.

No omitireis ensalzar los saludables efectos del temperamento, y ademas, hablar un poco de música, para asentar plaza de *diletanti*.

Aprendiendo de memoria estos temas de conversacion, dominareis la situacion en todos los circulos, porque no es el espiritualismo el primer elemento de esa sociedad. A Chorillos no se vá á pensar sinó á gozar. Allí debe vivir el cuerpo y dormir el alma.

El siglo de oro debe ser el del sibaritismo.

Al terminar vuestras visitas, volvereis al juego. Este será el estribillo necesario de todas vuestras acciones, y debéis aceptarlo sin repugnancia, porque un hombre de mundo debe ser como Alcibiades: austero en Esparta y libertino en Atenas.

Si viajareis por la América del Sur, os aconsejaria que fuerais poeta en Venezuela y la República Argentina, en el Ecuador beato, en Bolivia conspirador, en Chile especulador, en Nueva Granada demagogo y en el Perú jugador.

Asi os hariais sentir en todo el continente.

Despues ireis á comer con algunos amigos en uno de tantos hoteles que allí abundan.

A las nueve de la noche os presentareis donde mas os plazca á tomar el té, y allí aplaudireis la romanza y el duo de los temas señalados.

Al retiraros de allí comenzará la parte íntima y secreta de vuestra vida.

Ireis á gabinetes misteriosos, y vereis montones de oro y hombres de fisonomías patibularias, sonrisas de esperanza y gestos de desesperacion; escuchareis suspiros que se ahogan y alientos que se suspenden.

En otros lugares vereis pero quien se atreverá á descorrer el velo de esas terribles escenas? Mejor es que las dejemos entre las sombras.

Con todo esto os creereis trasportado á un pandemo-

nium; pero no es así: es que estáis en el Perú, en Chorrillos y en pleno siglo de oro.

¿Os puede cansar esta vida? ¿Os sorprende este cuadro? Creis que estos sean los síntomas de una sociedad decrepita en estado de disolucion? ¡Puede ser, pero eso nada importa!

En el cuadrante de la vida las horas corren demasiado á prisa y es necesario aprovecharlas.

¡Ay de los que no gocen!

¡Ay de los que no rian!

¡Ay de los que no jueguen!

De esos no será el reino de Chorrillos.

OMAN.

Lima, 48



EL HOMBRE CHINCHE.

El Génesis, obra inspirada por el mismo Dios, tiene este principio en uno de sus versículos:

5. Y viendo Dios que era mucha la malicia de los hombres sobre la tierra, y que todos los pensamientos del corazón eran inclinados al mal en todo tiempo.

6. Arrepintióse de haber hecho al hombre en la tierra. No hay que asustarse creyendo que esto será una lamentación, como es fácil de presumir leyendo semejante principio. Nada de eso; si el libro de la sabiduría se ha traído á colación es para probar que el hombre ha sido inclinado al mal desde *ab initio* y que ya ha llovido desde que la mala intención es moneda que anda muy válida en este mundo. Sirva esto de disculpa para el que se propone ser una especie de fotografía en que se fijan ciertos tipos y caracteres que pululan en esos trigos de Dios por familias, razas, tribus, compañías y hasta por manadas como los alcatraces.

Pero si en este mundo hay seres tan extraños que participan de todas las cualidades del animal asimilando en su solo individuo todas las especialidades de las varias castas de todos los seres irracionales, no prueba esto sinó que la gran cadena de los seres, está estrechamente eslabonada entre sí,

que principiando por la planta se sigue á los cuerpos vivos, de estos á los animales, de los animales al hombre y del hombre á Dios.

Vamos, pues, á poner en nuestra galeria el tercer tipo de nuestra coleccion escojida, cuyas dos principales especies son el *hombre-corcho*, y el *hombre-estorbo* que son ya conocidos. Nuestra tercera raza es el *hombre-chinche*.

Este ser no tiene ni la nobleza del caballo, ni la fuerza del leon, pertenece á los cuadrúpedos, ni es cetáceo como el tiburón; y sin embargo, por una de esas estrañas anomalías que solo se comprenden en el racional irracional, participa de ciertas cualidades, que son muy particulares á estos brutos.

El *hombre-chinche*, tiene, por ejemplo, un punto de contacto con el caballo, porque se desboca; y como los potros salvajes del desierto no obedece á freno alguno. Se asemeja al leon en las uñas y aun hay autores que pretenden que en su nombre hay una falta notable de etimología, y el *hombre-chinche* pertenece á la raza felina.

Se parece al tiburón en que muerde, y para morder se vuelve de espaldas, y es mamífero en tal grado que dejará seco el pecho que en mal hora le alimenta.

El *hombre-chinche* es pretencioso como pocos, y se imagina que él solo reúne en sí cuanto jénio, discrecion, talento y donaire se podrian sacar del conjunto de estas cualidades en cincuenta de sus semejantes. Y es esa buena fé con que alimenta esta creencia, que se deben esas propensiones que desarrolladas de un modo elevado al cubo, hacen á este ser el mas fastidioso de los seres creados.

El *hombre-chinche* es elegante si pertenece á la edad pueril; empalaga si ya ha entrado en el reino de los cincuen-

ta, aburre si es militar, martiriza si es abogado, y mata si el niño de 15 á 20.

El *hombre-chinche* se hace presentar en las casas de las mas lindas señoritas, y al poco tiempo se imagina que es tan necesario como cualquiera de los muebles de la cuadra. Repite sus visitas con frecuencia, y ya pretende ser una especie de mentor de las que le aceptan con la bondad jenial del bello sexo. El dá su opinion concluyente sobre toda materia, él habla en tono majistral y decisivo, él, en fin, quiere llevarse la atencion de cuantos hay en el estrado.

Si por desgracia de sus oyentes les toca referir una historia de cualquiera nimiedad ocurrida, se le oye principiar así:

«Salía yo de mi casa, situada en tal parte, porque es de saberse que yo no vivo así en cualquier zaquizami, sinó en las calles muy principales. Acababa de vestirme y de comer, porque yo me visto á las tres; empleando apenas dos horas en la tualaeta, y como siempre á las cinco; eso sí, porque soy un inglés en esto de las horas. Llegué despues á la calle de San Agustín, y ví una mujer, porque es de advertirse que yo soy hombre, á quien se le van los ojos tras de un buen palmito. La mujer apenas me vió se fijó en mí, porque yo pues lo que es eso En fin.

Lo que valgo ya se sabe

Y por eso no lo invoco,

Porque valga mucho ó poco,

No está bien que uno se alabe.

La chica se me quedó viendo largo rato, porque es bueno estar en cuenta que yo soy hombre que en esto de mujeres, etc., etc.»

En una palabra, nos espondríamos á ser llamados *escri-*

tores-chinche si pusiéramos completo el discurso de nuestro hombre; basta saber que jamás se sabe lo que dice porque siempre habla de sí, lo que prueba mucha torpeza ó muchas pretensiones, cualidades ambas muy propias del *hombre-chinche*.

Este ser, ente, figura, animal, hombre ó como quiera llamársele, se imagina que es la parte mas importante de la sociedad en que se le tolera á mas no poder, y cuando de allí sale vá á alabarse con los conocidos que halla, porque nunca tiene amigos, del cariño que se le hace, de la bondad con que se le trata, etc.

El *hombre-chinche* es amigo de todo el mundo; el presidente le tutea, el ministro le consulta para ciertas graves decisiones, el plenipotenciario de tal nacion le convida á su mesa con frecuencia para oírle disertar sobre la guerra de Oriente; ha tenido íntima amistad con Luis Napoleon, los tiranos de Europa le detestan y le temen por sus opiniones liberales, las mujeres le aman, y no hay hombre con quien no tenga afinidad de alguna especie.

Nuestro hombre se presenta siempre á deshora, porque tiene un raro talento en eso de llegar siempre cuando mas aburre, y se vá donde la víctima que ha escojido. No importa que halle al pobre mártir de su amistad en el momento en que mas le abruman sus ocupaciones, pues como este ser ha nacido al mundo para molestar, molesta y en esto no hace mas que cumplir su mision.

Vá el *hombre-chinche* con alguno que en mal hora no pudo evitar su encuentro en la calle, y al hallarse de manos á boca con un amigo que tiene la bondad de convidarlo á almorzar, le sigue nuestro hombre, siendo el primero en aceptar una invitacion que no se le ha hecho. Pero él es inalte-

rable, llega y toma asiento y engulle con la mayor calma del mundo.

El *hombre-chinche* suele ser poeta. ¡Dios te libre lector de hallarte con esta clase de mi especie! Te juro que te ha de recitar sus composiciones una tras otra sin respirar un momento, sin tragar saliva, ni tomar un vaso de agua. Y en vano será que trates de sustraerte á su maléfica influencia cerrando los ojos y entregándote al sueño magnético que suele producir los malos versos, pues en medio de tu sopor te darán pesadillas y soñarás con duendes, ya parecidos, y brujas y endriagos. Oh! y no hay que jugarse con el chinche-poeta, pues de ninguno pueden decirse con mas verdad las palabras aquellas: *Genus irritabili vatum*.

Vamos á buscarle como enamorado.

Los poetas alemanes han pintado exactamete este tipo en la siguiente balada:

«La violeta se estremeció porque estaba al pié de su tallo aquel animalinmundo.

«El céfiro jugueteando vió el dolor de la violeta, y sacudiendo sus alas de mariposa, inclinó con su solo embalsamado á la violeta para salvarla de los besos del caracol.

«Pero el caracol empezó á lamer el tallo de la flor modesta, y el céfiro llamó á su padre el aquilon que sopló furioso y arrojó al caracol lejos de sí.»

Si algunas hermosas tuvieran por padre ó hermano al aquilon debieran llamarlo en su auxilio para salvarse del *hombre-chinche*. Pero todo es inútil en este insecto.

Parecido á la piedra, es un continuo tropiezo y es preciso separarlo como se separa un obstáculo, pues con él son las indirectas tan inútiles como los artículos de periódico en épocas de revolucion.

Hágasele un desaire y lo convierte en sustancia desde luego, y siempre encuentra esplicaciones satisfactorias á su amor propio.

Por último, el *hombre-chinche* es exactamente parecido al bicho que le dá su nombre. Chupa la sangre de todo el mundo y para destruirlo se necesita no solo matarlo, sinó concluir enteramente el lugar que ha servido de madriguera.

Bienaventurado aquel á quien antes persigan pulgas, y acocen acreedores, y quieran las mujeres que verse querido por el *hombre-chinche*!

JUAN VICENTE CAMACHO.

Lima, 1861.



LA MODA

GACETIN SEMANAL, DE MÚSICA, DE POESIA, DE LITERATURA, DE
COSTUMBRES.

En 18 de noviembre de 1837 apareció en esta ciudad el primer número de este periódico literario, del cual era editor el doctor don Rafael Corvalan. En él empezaron á escribir algunos jóvenes entonces, que despues han alcanzado la reputacion de distinguidos literatos:—el doctor don Juan Maria Gutierrez, el doctor don Juan Bautista Alberdi, don Demetrio Peña, el doctor don Cárlos Tejedor, don Jacinto Peña, el doctor don José Barros Pazos, el doctor don Vicente Fidel Lopez, el doctor don Cárlos Eguia, el doctor Alvarellos y el doctor don Manuel Quiroga de la Rosa: *«periódico en cuyas pájinas ensayaron sus primeros vuelos varias plumas que mas tarde han adquirido crédito.»*

La publicacion era en 4. ° menor, en cuyo formato aparecieron veinte números, el cual se cambió en el número 21 para morir con el 23, correspondiente al 21 de abril de 1838. Se publicaba por la *imprensa de la Independencia*. Consagrado esclusivamente á la amena literatura, vivia lejos de las cuestiones que se relacionaban con la política. Su tendencia característica era corregir riendo las costumbres sociales de la

época. Muchos de esos artículos tienen verdadero mérito y merecen los honores de la reproducción.

Además de la parte literaria tenía un repertorio de música, con composiciones de don Juan Pedro Esnaola, Alberdi, don Roque Rivero, don Estevan Massini, don Juan Maradas y otros. Estas noticias las debemos á su editor.

Todos los colaboradores han figurado después en la política militante, como escritores, oradores, jurisconsultos ó estadistas. Aquel fué un centro de las inteligencias jóvenes deseosas de vivir en la embriagadora atmósfera de la publicidad.

El ejemplar que examinamos pertenece al doctor Carranza: tiene el nombre de los autores en cada artículo, puesto por el doctor Corvalan, editor del periódico entonces. El prospecto fué redactado por el doctor Alberdi, uno de sus más asiduos colaboradores, y fué publicado en la primera entrega.

Para que se conozca la vena humorística de los escritores de *La moda*, vamos á reproducir dos artículos — *El hombre hormiga* del doctor Gutierrez — y *Caracteres* y otros artículos por el doctor Alberdi. Lástima es que hoy no se consagren á ese género de literatura en el cual Larra en España adquirió tan justa celebridad, Jotabeche en Chile, y don Juan Vicente Camacho en el Perú. Ese género especial requiere un gusto esquisito para encontrar el ridículo en las costumbres y ponerlo como en relieve sin hacer retratos *al natural*, peligro en que se escolla á veces. Ojalá el recuerdo de estos artículos despertase en la juventud el deseo de consagrarse á este género de escritos!

V. G. Q.



CARACTERES.

Estos caracteres son tan generales que nadie podría decir — este soy yo, sin ser un zonzo; ni dejar de serlo tampoco, diciendo— aquí no hay nada mio.

A don Petardo no se le puede decir como está usted; porque esta pregunta que las mas veces se arroja como cosa perdida, no se le convierte á él en substancia. La toma á la letra, y por supuesto no hay temor de quedar sin respuesta: él nos impondrá, hasta los mas remotos detalles de un fuerte cólico que acaba de escapar; de las causas remotas y próximas que han podido producirlo; de como no puede ponerse al abrigo de estas peligrosas influencias, por sus numerosos compromisos, atenciones, tareas, etc. etc.; de los resultados infaustos que habrian sucedido á su desastrosa muerte, felizmente evitada. Y no hay quien le diga á don Petardo: Señor Grosero, á nadie le importa que haya usted estado malo, ni que lo esté actualmente, ni que esté muerto tambien: usted no vale nada, ni para la Patria, ni para la ciencia, ni para nadie: usted es un pobre diablo; ¿por dónde se puede figurar que haya interés de saber los detalles de sus achaques tan insignificantes como su vida y su muerte? Con teste usted — estoy bueno, aun cuando esté muriéndose, si no quiere pasar por un hombre insoportable, objeto del terror

y de la fuga de todo el mundo. Solo á los hombres como Napoleon se puede oír con gusto la narracion de sus mezquinidades.

Y usted don Serafino, usted no puede oír hablar de nada, sin traernos inmediatamente un cuento al caso: usted no puede vivir sino contando: todo lo cuenta usted, hasta sus insignificantes pequeñeces, usted no dice un juicio sobre nada, ni suyo, ni ageno: se diria que usted es irracional al ver el ningun uso que usted hace de su razon: pues, señor, que me sucedió pues señor que salí pues señor, que me fui — pues señor, que le dije, que me dijo, que le contesté: y de aqui no hay quien lo saque á usted. Si al menos contase usted con alguna rapidez, con alguna gracia; y no que todo, de pe á pé, de cuanto ha sucedido lo ha de contar, y tampoco una, sinó mil veces, y siempre del mismo modo. Usted no abstraee, no compendia, no reduce, no dice lo que hay en sustancia, sino que comienza desde lo mas remoto como el Génesis. «En el principio crió Dios el cielo y la tierra», de modo que usted nos fatiga, nos dá sueño; nos mata: usted es insoportable, don Serafino, cuando empieza á contar, es decir, toda su vida. Yo le diré como cuenta usted: para decir que está herido en una mano, dice usted. «Pues señor, ayer á eso de medio dia, pasaba por el café de Catalanes, y se me antojó entrar. Ha de advertir usted, que yo jamás entro al café, porque á pesar de que siempre he sido muy afecto al billar, que es un juego tan lindo, como usted sabe, y mucho mas para los que lo entendemos un poco, desde que me casé, tengo por costumbre almorzar en casa: Merceditas no quiere almorzar sola, me ruega que la acompañe, me engaña con sus monadas, ya usted la conoce, y cada dia está peor. Allí encontré á Pepe que estaba tomando un panal, con Anastacio

el hijo de la viuda de Peñalves. Apenas entré, ya oí que me decían de atrás, porque yo entré distraído, como ando siempre, ya usted conoce mi cabeza, oí que me gritaban «Serafino, Serafino:» di vuelta y me encontré á Pepe. Me acerqué y me hizo sentar, y llamó al mozo y me pidió otro panal: y ya comenzamos á embromar: esto fué embromar y embromar que cuando acordé eran ya las tres: le dije, Pepe son las tres y en casa se come á las dos; me voy. Luego hace una hora que han comido; vente conmigo Serafin, vamos á comer á casa! Me instó, me rogó, me molió, y tuve que ir. Pobre Pepe! somos íntimos desde chiquitos. Anduvimos juntos en la escuela; su madre tenia estrechos conmigo; nos mandaba jugar á la calle apenas iba yo á su casa. Pues señor, que comimos, que conversamos, que embromamos, que dormimos la siesta, que nos levantamos, que tomamos maté y nos vestimos. En esto pasa uno de estos gringos, y abrió la ventana y le dijo *schí! schí!* y dió vuelta el gringo y vino. Eran grande los cristales, y dijo—Es preciso achicarlos un poco. Sacó el diamante y cortó uno: me acerqué y de puro curioso, ya sabes lo que yo soy, tomé el diamante. Entonces me dijo Pepe «á que no sabes cortar un vidrio» «Y le dije, á que si sé.» Tomé el diamante y rayé: y al tomarlo para partirlo, se me escapó, y al barajarlo me corté en esta mano que tengo atada.» Hijo de Satanás! y en dos palabras no podías decir esa boberia, sin acumular sobre nuestra paciencia tanta ociosidad que para maldita la cosa viene al caso. Vete, demonio; y ojalá no fuera sinó tuyo este maldito vicio: raro es el viejo y la vieja, y el mozo y la moza que no se le parezca.

Eh! aqui está otro que no sabe hablar de si propio. Este es don yo. Yo para todo, yo en todas cosas, y siempre

yo. Yo tengo una fortuna Usted no sabe lo que soy yo. Yo soy la criatura mas rara Solo yo me entiendo. Es la fraseologia constante de don yo. El yo es odioso, ha dicho Pascal; el yo es ridiculo, ha dicho Nodier, pero don yo no lee ni á Pascal ni á Nodier. Y aun que los leyese, él siempre diria— «Con esto no tengo que ver yo.» Se puede calcular la necedad de un hombre facilmente por el número de yoes que emplea por minutos en una conversacion ordinaria; por que todo necio, todo zonzo, todo grosero, todo hombre sin crianza, empieza y acaba todas sus frases por el vocablo yo.

Veánlo á don Ceferino. Trae sesenta años sobre las espaldas, y sesenta mil canas sobre la cabeza, y sesenta mil novedades dentro de la cabeza. Para él no hay nada bueno en estos tiempos, ni religion, ni ciencia, ni riqueza, ni moral: todo esto pereció con la edad de oro de nuestros vireyes; y si no lo confiesa él asi, á lo menos lo siente asi. Devorado de envidia y de cólera contra la superioridad de la juventud que no puede contestar, no pudiendo comérsela, gasta á lo menos en ella una severidad de bronce, que él traduce hipócritamente en un interés puro por sus progresos. Todo jóven que sabe algo y dá esperanzas, nunca carece de alguna tacha por la cual no sea para él un jóven malo, licencioso, terrible. En teniendo uno toda la rudeza suficiente para hacerle caso, en celebrando con carcajadas vulgares sus gracias necias, en abriendo la boca á sus enormes barbarismos, ya es uno el jóven mas cumplido, mas instruido, mas hábil, mas digno de servir de norma y de esperanzas para todos.

Ahora reparen ustedes en el lector: tiene tal vez de todos estos caracteres: es tal vez otro don Serafin, otro don yo. Sin embargo, él se quedará riendo de ellos, ponderando su exactitud y aplicándolos á sus distintos amigos.

Así son siempre los lectores necios, es decir, casi todos los lectores: encuentran exacto todo lo que ven censurado, cuidan de aplicar á los demas, pero ni por el pensamiento les pasa la sospecha de que á ellos tambien puede ser aplicable.

Triste condicion la nuestra! que no ha de ser posible corregir á un hombre con preceptos generales sino que ha de ser necesario decirle: Usted es un necio, un impertinente, un torpe, un mal hombre; lo cual es lo mismo que decirle: desde hoy ya es usted mi mortal enemigo, sin dejar por eso de ser todo lo que es.

J. B. ALBERDI.

(Figarillo.)

BIBLIOGRAFIA Y VARIEDADES.

EL TALADRO. — (Lucanus-cervus - Cossus ligniperda).

Esplicaciones y medios prácticos infalibles para prevenir y destruir este insecto en los árboles frutales.

Creemos hacer un servicio á los aficionados, ya que no á los profesores en la arboricultura entre nosotros, publicando el resultado de nuestras observaciones prácticas sobre una de las plagas mas destructoras en los frutales, que los ataca en su mas lozana vejetacion. Parecia que apesar de la bondad de nuestro clima, se hubiese de renunciar al cultivo del manzano y del ciruelo, y á ver roido y mezquino hasta el comun membrillo. No es así ciertamente: nos hemos convencido de ello; y eso es lo que vamos á demostrar.

Es verdad que sin titulos en las hermosas y amenas ciencias naturales, no debiamos lanzarnos á hablar una palabra. Sin embargo, necesitamos que se haga entre nosotros el estudio de lo propio. Discúlpesenos pues, ya que los hombres de la ciencia no nos dan la regla para aplicar el remedio; sinó tan solo las teorías que puedan servir para encontrarle.

No hemos hecho otra cosa mas que observar la natura-

leza mucho y durante algun tiempo; para ver si lográbamos sorprender su secreto, si secreto hay en ese gran libro, donde solo se necesita atinar á encontrar la página y poderle leer.

El año anterior hubimos de publicar esta memoria; pero quisimos asegurarnos mas y mas en el resultado que ya habíamos obtenido. En el presente lo hemos conseguido y nos hemos confirmado en que no nos equivocábamos.

A poco de formar nuestra modesta quinta de recreo, creándola en un terreno yermo desde su primera planta, empezamos á ser contrariados y desalentados con plagas alaradoras: la hormiga, el canastillo, y la peor de todas — el taladro, como vulgarmente se conoce entre nosotros, una especie de carcoma (*bostrichus*).

Para la hormiga, modelo de constancia y de poder por la asociacion, no encontramos otro medio, sinó el de oponerle una tenacidad equivalente de persecucion. Sin esto, ese enemigo triunfa siempre. En el espacio de los dos primeros años destruimos mas de trescientos hormigueros, no en todo nuestro terreno, sinó en solo dos cuadras de área. Derrotamos así á ese infatigable insecto. Quedamos despues con el aliviado trabajo de perseguir de año en año alguno que otro hormiguero rezagado, ó algun advenedizo de los terrenos incultos que rodean nuestra propiedad; y que al aliciente de fragantes flores, dejan las yerbas silvestres para venir á gozar de otros manjares.

Mas cuando ya habíamos cantado victoria, hétenos acometidos por otros enemigos tan terribles y destructores como aquel. De modo, que pequeños todavía nuestros arbolillos, la hormiga nos los acababa en el asalto de una sola noche. Cuando libertados de esto empezaban á alzarse lozanos, las

otras plagas los aniquilaban, arruinando su vejetacion vigorosa.

¡Cuán evidentemente práctica en todo es la sentencia de la Escritura—«comerás el pan con el sudor de tu frente»! El hombre, siendo el dominador de la naturaleza que está á su alcance, el ente sublime de la creacion, debia pagar caro el sustento y hasta el recreo. Quedóle solo el recuerdo del paraiso, y el deseo de gozarle, pero habia de ser á esfuerzos supremos de su brazo y de su intelijencia. Sin esto, ni los frutos espontáneos de la naturaleza puede alcanzar.

Crecian pues, nuestros arbolillos, y empezaban á mostrarnos el agradable fruto de nuestra constancia; pero esta satisfaccion se nos convirtió en nuevo desconsuelo, aunque no en desaliento. El gusano de canastillo ó de cesto, que llamaríamos *bómbice omnivoro*, como se llama *bómbice* del moral al gusano de seda, porque con él tiene marcadas afinidades: *omnivoro*, decimos, porque si á este sirve tan solo de alimento la morera ó el ricino ó palma-cristi, para el otro no hay planta ni árbol que respete; sinó es la misma morera, el paraiso, el ombú, la higuera y no siempre el durazno y la parra: el gusano de canastillo (deciamos) mas grosero, voraz y destructor que el de seda, nos acometió con furia, venida sin duda su larva sutil desde los cercos vecinos.

Vencimos tambien este enemigo, sinó extinguiéndole, disminuyendo inmensamente sus devastaciones. En el invierno, no dejamos pendiente de los árboles ni un solo canastillo. Su semilla ó el asombroso enjambre de huevecillos que encierra, y en que se convierte el cadáver del gusano madre, resguardados como para sufrir el hielo, la lluvia y el huracan, esperan solamente el calor vivificante de noviembre

y diciembre para multiplicarse por millares, Si no se limpian los árboles en esa estación, la voracidad de los gusanos destroza todo para su alimento, y para la simultánea construcción de su abrigo — el canastillo.

Desde su nacimiento empieza el destrozo. El pequeño gusano nacido tal ya del huevecillo (porque este insecto no sufre metamorfosis completa) pero casi imperceptible, se adhiere y roe tan solo la parenquima de las hojas, destruyéndolas por consiguiente. A medida que toma crecimiento no le basta ya ni el disco todo, sinó hasta las ramas tiernas.

Tal vez en la limpieza de invierno se escapa alguno, por haber caído entre las matas rastreras, ó por haber en ellas asegurádose el canastillo. Entonces de diciembre á enero y conforme van asaltando los gusanillos, tenemos cuidado de limpiar las hojas, que nos manifiestan de suyo la existencia del insecto dañino. Así nos ahorramos tambien mas trabajo para la limpieza de invierno.

Si todos tuvieran este corto cuidado, nada seria de mas comun utilidad; y nada mas fácil que perseguir un insecto que está á la vista y adherido, para tomarle sin escapar ninguno. ¿De qué sirve que uno ú otro se tome el trabajo de limpiar sus árboles de esta plaga, si el lindero deja los suyos llenos de la abundante y fatal semilla?

Donde la agricultura es atendida con esmero, como por ejemplo en Francia y en Bélgica, hay un deber cuando menos de vecindad y de conveniencia mútua en hacer la persecucion á los insectos dañinos. La España misma y para ciertas plagas periódicas de algunos de ellos, dictaba tambien sus leyes ó reglamentos jenerales.

Aquí parece que estuviésemos siempre bajo la maléfica influencia del egoismo y del indiferentismo en todo lo que

pueda ser de comun utilidad. Si no hay ley, si no hay mandato y mano á la obra por la autoridad, nada se mueve: cada uno para sí, y eso si hay el aguijon del interés, Trátese de alguna obra ó de algun servicio que á la vez traiga utilidad á otros: pues entonces, por mas que tambien le utilicemos personalmente nos dejamos andar: allá que provea Dios y el Alcalde. (Traslado para el código rural.) En los caminos, por ejemplo tan fáciles de atender, si á mas del concurso de la autoridad, hubiese el de los vecinos y el de los mismos que contribuyen á echarlos á perdér—¿no los vemos empozarse é inutilizarse, sin que nadie se mueva, sin hacer causa comun, y conservar á poca costa lo que la misma autoridad no puede por mas que gaste?

Fatalidad es esta que nos viene desde el sistema colonial. Si la autoridad no mandaba, no intervenia, no disponia, nadie podia atreverse á hacer causa comun. Todo pues, del alcalde; y sinó que se quede todo ahí aunque se abra la tierra. ¡Maldita condicion para ser buenos republicanos! Es preciso decir la verdad: á fuerza de predicarla, puede ser que se enmiende la escuela.

Nos hemos distraido insensiblemente. Decíamos pues, que si hubiese constancia y uniformidad de accion para perseguir ese y otros insectos destructores, no pasaria mucho tiempo sin que se viese el buen resultado y la ventaja para todos. El trabajo se reduciria á bien poca cosa: tal vez á un mero entretenimiento.

Se nos dirá quizás que el insecto de que tratamos, puede ser tambien una produccion espontánea segun el lugar, la vejetacion, la atmósfera y otras causas: de modo que entonces el trabajo de limpieza seria inútil; y que cuando los

árboles han llegado á mucho crecimiento no podria hacerse una persecucion completa.

Diremos en primer lugar, que aunque pueda ser á veces una produccion en cierto modo espontánea por el desarrollo de algun jérmen y la combinacion de concausas naturales, hemos observado que en este caso es uno que otro individuo el que aparece. Si muchos fueran, todos debian ser perseguidos.

Uno solo que quede, los huevos en que se convierte el cuerpo todo del gusano madre, pasan de muchos cientos. Mas de seiscientos hemos contado en algunos de los de menos cuerpo.

De manera que, dejando uno solo, habria lo bastante para reproducirse despues por centenares y por millares. Suponiendo en efecto, (y es suposicion porque no perecen tantos) que solo germine á su tiempo la mitad de tal semilla, tendríamos como trescientos en el primer año: para el siguiente, tendríamos ya 300 por 300. ¡Noventa mil nada menos! Echense cuentas para el tercero y cuarto año; y dígase si hemos de esperar á que Dios nos favorezca, aniquilando semejante plaga. Ya se vé. Se disminuirá cuando toda la arboleda de una quinta nó dé abasto á nutrir tan asombrosa y aterrante reproduccion. Árboles hemos visto en enero que presentaban la apariencia del rigoroso invierno. Tal estaban de desnudos.

Diremos en segundo lugar, que para los árboles elevados (si se exceptúa acaso el álamo, uno de los mas perseguidos) hay instrumentos á propósito para cortar en el invierno los canastillos como con tijera á mano.

Incidentalmente no hemos podido prescindir de ocuparnos del gusano de cesto, el mas abundante, pero el mas fácil de podernos libertar de él, con un poco de constancia y afán.

Tratemos pues, del que ha sido objeto especial de esta memoria.

El taladro que aqui nos persigue mas, como se le llama vulgarmente, de la familia de los *lucanus-cervus* de los coleópteros, ó bien el *cossus ligniperda* de los lepidópteros, es tanto mas temible, cuanto que cuando se le echa de ver es cuando ya ha producido en el árbol sus efectos destructores,

Taladro es un nombre que le cuadra perfectamente pues de veras que el trabajo que hace desde un extremo hasta el tronco del árbol, es como el que se propusiera un artífice horadando el madero en toda su longitud. Provista la larva de unas mandíbulas y apéndices poderosos, de un aspecto y color ferruginoso, no es extraño verle convertir en polvo un leño tan consistente y duro como el damasco y el membrillo.

Ese trabajo le ejecuta sin embargo en árboles vivos, á diferencia de la carcoma (*bostrichus*) que ataca la madera seca. Hay además otra diferencia: en aquel el ataque viene visiblemente de fuera al árbol; mientras que el otro parece como una produccion interna en la madera misma. Es por esto que nos ha sido fácil encontrar el medio de prevenir el daño.

Hemos buscado en tratados de arboricultura el hilo que necesitábamos: hemos interrogado á prácticos inteligentes; porque nos desesperaba ver nuestros árboles frutales nuevos y tiernos todavía, atacados horriblemente de esta plaga, que

nos derribaba gajos robustos ó nos obligaba á cortarlos antes que el mal fuese mas adelante.

Los libros nos daban idea de las varias especies dañinas; pero segun las diversas regiones zoológicas de que se ocupaban. Las especies reinantes en nuestros frutales, eran otras, aunque de la misma familia. Nos hablaban, como Du Breuil de perseguir el insecto en su larva ó en su estado perfecto, ó bien de operar el árbol hasta encontrarla y destruirla. Si la encontrábamos, era cuando ya estaban horadados los mejores gajos. En cuanto al insecto en su estado perfecto andaba por ahí volando, sin poder saber entre varios cual fuera; ni menos suceder el agruparse como algunas de las especies descritas para otros climas. Esto se hacia pues imposible para el que aquí nos acomete; y eso de operar el árbol, podria ser bueno para el *bostrychus typographus*, el *scolytus destructor* y otras especies semejantes, que no penetran en la parte leñosa, sinó bajo de la cortesa.

De los prácticos recibíamos el consejo de inyectar un poco de esencia de trementina (aguaraz) y tapar el agujero con cera; ó bien introducir un alambre flexible, como v. gr. de cobre. Trabajo si no perjudicial á la planta (ya que el efecto del taladro ó el de la esencia aniquila la vejetacion en algunas) á veces tambien inútil; porque la larva vá abriendo diversos agujeros á medida que avanza en la perforacion para suministrarse el aire necesario á la respiracion: inútil tambien, porque no es un solo insecto sinó muchos á veces los que atacan al árbol; y con uno que escape hay bastante para arruinarle buena parte. Tambien por otra razon, consideramos no eficaz ese remedio nada análogo á la vejetacion. En efecto, el gusano deja visibles algunos de los agujeros en un gajo casi horizontal; y pasa al principal á que está unido,

procediendo en trabajo ascendente: de modo que la esencia no le tocaría.

El alambre surte á veces buen efecto, si la direccion de lo perforado no es muy tortuosa, como lo es generalmente en árboles ya de algun crecimiento. Para lo que mas nos ha servido este método, y aun con mejor resultado usando una varilla delgada de membrillo ó de mimbre, es para el sáuce, perseguido por dos especies diabólicas: el verdadero taladro, aunque distinto del de los frutales (*lucanus*), y el *scolytus destructor*, que roe el liber y no el leño como aquel. Después trataremos de lo que hemos observado á este respecto.

De todos modos, esos serian remedios para un mal que ya estuviera, si no enteramente, á lo menos en muy gran parte causado. Nuestro deseo y lo que necesitábamos era sorprender el mal en su principio, antes del estrago en el árbol, y prevenirle con tiempo: si posible nos fuera, sorprender el insecto hasta en la incubacion.

Ciruelos, damascos, perales, manzanos, membrillos y hasta el durazno (especialmente los priscos): todo lo veíamos en lastimoso estado de epidemia, en medio de la mas nueva y lozana vejetacion. ¿Cómo esperar que pudieran llegar á su desarrollo completo, si tan nuevos eran ya raquíticos y desmantelados? Este año hasta en los granados y olivos nos ha acometido la plaga; pero felizmente, ya habiamos encontrado el indicio seguro y el remedio heróico.

Recordamos que el año anterior un propietario de quintas publicó un artículo en los diarios dando el alegre Eureka! y asegurando que era el capullo ó glóbulo ovifero que deja el *mamboretá* (insecto que creemos que pertenece á los ortópteros y de semi-metamórfosis, lo mismo que la langosta), lo

que daba origen al taladro. Esto dió margen á algunas parodias picantes, disculpables quizá por que no se daban razones de observacion y demostraciones seguras. Si de esto tambien se nos hace alguna sátira porque no tenemos títulos en la ciencia, á lo menos hágase la esperiencia; y se verá el resultado práctico: que es lo que nos basta.

Ya habiamos prestado alguna atencion al tal mamboretá, cuya operacion de depositar los huevos hemos presenciado; dejando en los troncos y hasta en maderos secos, una especie de escrescencia glutinosa, que se endurece y adhiere fuertemente. Es una operacion semejante á la que la langosta ejecuta, depositando en tierra los huevos. No hemos podido sin embargo seguirle en todo su desarrollo; y de ahí es que no nos aventuramos á negar que pueda tambien ese insecto ser productor de alguna especie dañina de taladro. Eso sí, que del que hemos hallado que ataca los frutales que mencionamos, positivamente no es. Aquel deposita los huevos siempre en el mismo árbol de que ha de nutrirse su larva, y siempre en la aparente disposicion, para que el gusanillo encuentre la inmediata y fácil introduccion en las ramas; mientras que el *mamboretá* á cualquier madero encuentra bueno.

En lo que si hemos adquirido una conviccion íntima, es en el modo de incubacion y en la metamórfosis completa que tiene el taladro de que nos ocupamos, sin haber sufrido ataques de algun otro en los frutales: motivo mas para estar seguros que esas especies son las únicas que los acometen aquí.

Las especies diferentes que hemos observado, son — 1.ª la del damasco: 2.ª la del manzano, peral, membrillo y ciruelo: 3.ª la del durazno, y 4.ª la del sauce. En el gra-

nado y olivo, le hemos advertido este año por primera vez; así es que aun no estamos seguros si es alguna especie diferente, no obstante que el primer desarrollo en la planta es idéntico al de las tres primeras clases.

Aun á riesgo de ser fastidiosos, y quizás clasificados de charlatanes, por nuestra carencia de títulos y antecedentes para esta clase de trabajos, queremos ser prolijos y minuciosos. Precisamente debemos serlo para demostrar bien todo, ya que nuestra palabra seria de otro modo desautorizada.

Deseamos que se haga general el medio fácil que hay para destruir la plaga, ó acudir en su principio con el remedio sin destrozarse el árbol y sin necesidad de inyecciones ni operaciones.

Trataremos por partes, para mejor fijarse en las diferencias, y emplear el procedimiento; porque hay dos estaciones y dos signos característicos de la existencia del taladro en embrión, y en su primer desarrollo en estado de larva; la cual es la que empieza á causar el estrago. Por consiguiente hay dos épocas para destruirle en estado de ninfa, ó en el primer asomo en estado de larva.

PRIMERA ÉPOCA.

En la estación de invierno, basta revisar con atención las ramas y troncos de los frutales mencionados. El insecto entonces en su estado de ninfa, solo espera el calor de diciembre ó enero para salir en su estado perfecto; empezando así la obra de sus metamorfosis, y con ella sus destrozos.

Mas como segun ya indicamos, hay algunas diferencias, necesitamos explicarlas; para que pueda lograrse el hallazgo, segun la clase de árbol.

1. ° En el *damasco* (*arménica vulgaris, prunus persica*)

la apariencia es de un glóbulo oviforme, del tamaño de una media avellana. En la parte superior convexo, y aplastada ó cóncava la inferior, que es donde se encuentra adherido al tronco.

El exterior lo forma una película dura y consistente, con un color y aspecto semejante en todo al de la corteza del árbol. De ahí la necesidad de fijarse con cuidado para encontrarle.

Más dificultad hay, cuando se encuentra adherido en la bifurcación de las ramas, como generalmente sucede en el damasco; aun cuando se halla también en los gajos rectos.

Si el árbol ó los inmediatos han sido ya atacados del taladro en verano, se puede estar seguro que hay diversos glóbulos, gérmen de otras tantas larvas destructoras. Este invierno estrajimos hasta quince de un solo árbol, que había sufrido el verano anterior un horroroso ataque. Dejamos sin cortar algunas ramas, para más asegurarnos este año en las observaciones que habíamos ya hecho. En los inmediatos, solo encontramos alguno que otro.

Este insecto es de los coléopteros.

2.º En los *manzanos, perales, membrillos y ciruelos*, el insecto en la crisálida se encuentra cerca de los extremos de las ramas, y algunas veces sobre gajos gruesos, y bifurcados.

La apariencia externa es distinta de la ya descrita en el damasco. Es un capullo sedoso, de un color ceniciento y muy consistente, de figura oviforme también, pero más alargada que el otro.

De diciembre á enero rompe su encierro como el gusano de seda, y sale una especie de mariposa ó palometa gruesa y tosca, enteramente de la clase de los lepidópteros: deposita

despues los huevos, y de ahí empieza el estrago; pero dejaremos esto para tratarlo mas adelante en la segunda época de la limpieza.

3. ° En el durazno, granado y olivo, aun no hemos podido asegurarnos que especie es la que los ataca: si la misma que alguna de las descritas, ó alguna otra peculiar; no obstante que el primer desarrollo en larva que hemos advertido, principia su ataque de la misma manera que los otros. Seguimos observando esto.

Lo que si hemos visto en el durazno, es una especie de cantárida; una mosca de preciosos colores atornasolados, y no mas grande que la mosca comun. La hemos visto salir de las perforaciones del árbol; pero si fuese efectivamente una metamórfosis á su estado perfecto del taladro, seria distinta del *melöe vexicatoria*, usada en la farmacia. Esta ataca y devora las hojas del fresno y otros árboles; pero no hemos visto eso en las del durazno.

4. ° El sauce tiene entre nosotros sin duda dos especies diferentes, como mas arriba indicamos. Tampoco estamos seguros de su clase y transformaciones; porque los frutales mas atacados han sido los que nos llamaban mas la atencion.

Sin embargo, hemos observado, que en los troncos gruesos, se adhiere el insecto, formando una cubierta convexa y ovalada, como de un milímetro en lo largo, de un color y consistencia iguales á la misma corteza del árbol: dentro se halla una orsiga ó ninfa. En la estacion de calor, esta se convierte en una larva grande de dos á tres milímetros, y que derecho penetra en el tronco, donde hay cicatriz ó parte seca leñosa al descubierto. Despues de veinte ó treinta dias sale de la boca de lo perforado un insecto que no hemos po-

dido todavía sorprender; dejando en la misma puerta toda la cubierta del gusano que ha hecho el taladro.

No hay pues, sino arrancar del tronco todas esas excrecencias dañosas; y cuando se advierta el trabajo de la perforación, que es desde el principio bien estenso de boca, introducir el alambre ó una varilla de membrillo. El gusano perece, porque no es muy profunda la perforación.

La otra clase, no es en invierno cuando se advierte en su estado de ninfa, sino ya de larva destructora bajo la corteza. Por eso trataremos de ella en la

SEGUNDA ÉPOCA.

Llegado el mes de diciembre, cuando el árbol está en plena vejetación, empieza el desarrollo del insecto en su estado perfecto. Hasta ahí nada se puede hacer, porque anda volando sin fijarse; para empezar á poco el trabajo de la incubación. Para mas dificultad, son nocturnos.

En el damasco el primer indicio de su existencia, es que las hojas mas nuevas del árbol se presentan hechas una criba: indicio seguro que el insecto, del orden de los coleópteros ha salido de la túnica ó glóbulo que encerraba su ninfa, y que de la limpieza hecha en invierno, algunas escaparon, ó bien que de la vecindad han emigrado algunos insectos, para incubar en nuestros árboles. No es fácil confundir esa clase de picadura en las hojas, con el estrago de la hormiga ú otros insectos, y la vejetación continua sin mas alteración. Hasta aquí, no hay mas novedad.

Mas, es este el primer alerta en que debemos estar, para no descuidar la aplicación del medio que es necesario emplear, á fin de destruir la larva destructora, que á las dos ó tres semanas siguientes empieza á desarrollarse.

El insecto empieza á poner los huevecillos en los renue-

vos tiernos, y probablemente en alguno de los estigmates ó poros.

Buscar esos glóbulos es obra magna, porque no son mayores que un grano de mostaza, y de un color parduzco.

Felizmente, el instinto lleva al insecto á buscar las puntas tiernas de las ramas, para que al nacer el microscópico gusanillo, pueda penetrar, como no le seria posible en ramas ya de consistencia.

Ahi está pues, el signo positivo de que el árbol está atacado del taladro; por que los extremos tiernos de los renuevos del año, empiezan á marchitarse, sin causa aparente, hasta quedar hojas y ramas tan secas como si las hubiera chamuscado el fuego.

La razon es sencilla: la pequeña larva ha penetrado (algunas veces en el arranque del peciolo de una hoja): roe en espiral y longitudinalmente la rama tierna, de modo que corta la circulacion y cesa la vida hacia el extremo de aquella. Con un microscópio, ó algun lente de aumento se encontrará el saco del huevo, y debajo el pequeño agujero por donde se ha introducido el gusanito.

Cuando este gusano conforme crece vá descendiendo á lo mas grueso, vá tambien dejando seco el gajo entero. El damasco es mas sensible al estrago, que el peral, manzano ó membrillo. En estos, marchito lo mas tierno, sigue en vegetacion, aunque empobrecida, lo mas grueso. Solo se advierte el mal por el aserrin que despide el gusano por los agujeros de respiracion.

Con indicio tan marcado, no hay mas que cortar á tiempo las extremidades afectadas, como dos ó tres pulgadas mas abajo de lo seco: y no haya temor de que el mal tome creces.

Es una insignificante amputacion, para evitar un verdadero destrozo, ó una ruina completa del árbol.

Quien quiera asegurarse de esta verdad, deje descuidados algunos de los renuevos marchitos, si creen como á algunos hemos oido la vulgaridad de decir que es mal aire en el árbol todo eso: verá que en menos de un mes, la larva que era imperceptible casi al nacer, se convierte en un gusano de dos pulgadas de largo: verá los mas gruesos gajos horadados y cribados, destilando la savia, y sembrado el suelo del aserrin ó madera molida, hasta llegar al tronco principal á veces.

En el durazno y ciruelo, hay tambien el primer indicio que hemos indicado para el damasco, de aparecer cribadas las hojas.

En el membrillo, peral y manzano, no hay este signo, solamente el inequívoco del marchitamiento de ramas tiernas. El insecto en su estado perfecto es de los lepidópteros; y de ahí sin duda el nutrirse de otra manera análoga á los de esta clase, esto es, de la succion de jugos vegetales. Como es de transformacion completa, no puede confundirse con los de otro órden que tambien son dispuestos para la succion.

En el sauce, como dijimos, hemos advertido (fuera de canastillo, de que es el mas perseguido) las dos plagas del *lucanus* y del *scolytus*: este, mas destructor todavia, porque estingue la vida del árbol; mientras que por el daño de aquel otro, no sucede directamente sino debilitando el tronco de manera que un viento récio le derriba fácilmente.

De todos modos, las especies son muy distintas en el primer desarrollo de la larva, de las que hemos observado en los frutales.

El *scolytus*. Hacia diciembre ó enero empieza á advertirse en las ramas delgadas, unos pequeños grupos de hojas secas adheridas entre sí, de modo que no se desprenden sino á mano. Son unos grupos semejantes al nido que forman ciertas especies de arañas en los árboles.

Tomando uno de esos grupos ó nidos, se hallará una especie de capullo sedoso, pero tosco y con cierto polvo oscuro en lo exterior, adherido junto con las hojas inmediatas al núcleo, que ha ido pegando el insecto: ese polvo es en todo semejante al que deposita la larva bajo de la corteza del árbol.

Dentro de ese capullo está encerrada ó una ninfa ó crisálida, como de un centímetro de largo. No podemos aun decir cual insecto sale de ahí, ni cuando, ni cual su primer trabajo. Hemos si observado que el árbol que tiene esos capullos, si no es de robusta vegetacion, aunque sea nuevo, empieza á sufrir una epidemia en la corteza, desde las partes superiores, hasta descender al tronco principal; y entonces el árbol muere.

Primero la cutícula en los gajos, despues la corteza, y luego el liber, todo queda enteramente destruido; interponiéndose entre corteza y leño un polvo áspero, rojizo oscuro adherido de una manera parecida al efecto de la carcoma, ó *bostrychus typographus*. Las ramas y gajos vándose entristeciendo y secando; pero la epidemia sigue hasta en el invierno.

Como dijimos, esta plaga ataca á los árboles que no tienen una vegetacion robusta. Se puede librarlos, arrancado los grupos ó capullos ya indicados; pero como se trata de planta tan fácil de reemplazar, lo mejor es cortar el árbol que esté muy atacado, para evitar la propagacion.

El *lucanus*, lo dejamos ya descrito en su estado de larva; y es fácil librarse de él. El daño empieza por el tronco directamente, á diferencia de los frutales. Si así sucediera en estos, el estrago sería enorme desde el principio.

Pondremos punto final á tan pesada difusión. Repetimos que se nos disculpe, tanto por ella, como por nuestro arrojo en lanzarnos por solo observaciones de aficionado, sin títulos ni mas ciencia que nuestras lecturas crudas; aunque al fin algo nos han servido para guiar nuestras observaciones prácticas.

A lo menos, que los que estudian y se dedican especialmente hagan por presentar en regla los demás medios y descripciones. *secundum artem*. Eso sí, que diremos como el rústico Martín Alhaja, cuando descubría y guiaba al ejército español contra los moros—«no entiendo las artes de la guerra, pero este camino yo me lo sé y lo he andado.»

Sin títulos ni ciencia nos hemos asegurado prácticamente que la verdad es lo que hemos escrito. El resultado nos lo dice; y no dejaremos de seguir para nuestros árboles, un método y remedio tan sencillos y tan fáciles, y que tan buen éxito nos está dando.

Quisieramos acompañar la copia al natural, de los insectos, huevos, larva y capullos como lo hemos hecho, para conocer todo mas fácilmente; pero vá ello con tales pelos y señales, que es por demás.

Lo escrito es para los aficionados. Los profesores y entendidos, que se duerman ó no lean; pero que nos den buen remedio.

M. ESTEVES SAQUI.

Belgrano, febrero 7 de 1865.

EL CORREO DEL DOMINGO.

PERIÓDICO LITERARIO ILUSTRADO.

Tenemos á nuestra vista dos volúmenes encuadernados *in folio*, con 832 páginas, pues apesar de ser dos tomos, la foliatura es continuada. Vamos á examinarlos con gusto, porque existe entre ese periódico y el nuestro el vínculo de la comunidad en las tareas puramente literarias; nuestro juicio participa por tanto de la simpatía que nos inspira la homojeneidad de las tendencias.

El Correo del Domingo apareció en esta ciudad despues de *La Revista*, y á pesar que nos hubiera complacido el canje de publicaciones, *El Correo* no tuvo esa galante atencion, admitida en la prensa. Por esta causa no habíamos podido leerlo: ahora una casualidad nos ofrece la ocasion y no queremos perderla. No vamos á hacer un juicio crítico del periódico, nos faltaria espacio, sinó á estimular á su redactor en la continuacion de una empresa que ha sabido llenar con acierto.

Nos ocuparemos de la parte ilustrada.

La goleria de retratos del *Correo* se inició por el del actor Garcia Delgado. Viene despues el de la primera actriz doña Rita Carbajo. De los artistas dramáticos, pasa luego á los

de la ópera y Marietta Mollo, en el papel de Paje, en la ópera *Un Ballo in Maschera*, abre esta nueva série. Los artistas á la moda han sido pues los preferidos, lo que entra hasta cierto punto en la índole de la publicacion consagrada á las musas, las letras y las artes.

El retrato del doctor don Miguel Cané empieza otra série, consagrada á los literatos del país: celebridades á las cuales se les paga este justo y póstumo homenaje.

Don Esteban Echeverria le sigue, y al retrato de Meyer le acompaña esta vez el retrato moral del escritor, hecho con maestria por el doctor don Juan Maria Gutierrez. Un poeta juzga á otro poeta, con esa circunspeccion benévola que caracteriza al doctor Gutierrez en sus eruditos escritos.

El poeta don Ventura de la Vega, porteño de nacimiento y español por eleccion, es el tercer retrato de esta galeria.

El general don *Juan Gregorio las Heras* es el cuarto personaje que merece los honores del *Correo del Domingo*. El digno soldado de la independendencia, el viejo guerrero de nuestra época heróica ha sido dibujado por Meyer, y con exactitud, comparándolo con una fotografia que poseemos y nos fué enviada de Chile.

Don Juan Cruz Varela viene en seguida, y no puede menos de recibirse con gusto el retrato del entonado bardo y del distinguido poeta. El doctor don Juan Maria Gutierrez se encarga una vez mas de hacernos conocer al poeta, mostrándonos las bellezas de sus composiciones.

Viene despues en estas ilustraciones argentinas, el doctor don Vicente Lopez, autor del Himno Nacional. Sobre este personaje á quien profesamos desde niño un afecto profundo, nada queremos decir por ahora. El doctor Gutierrez escribe un precioso artículo sobre el

Himno pátrio, y nos recuerda la resolución de la *Asamblea*. La primera edición, nos dice, fué en 14 de mayo de 1815 y el maestro *Blas Pareda* es el autor de la música. «El pueblo fué de la opinión de la Asamblea con respecto al mérito del canto del doctor Lopez, y lo aceptó, como aquella, por aclamación de todas las clases.»

La figura de Mr. Wells, aeronauta americano, viene á mezclarse entre los personajes de que hemos dado cuenta. Es un tributo pagado á la fiebre del momento en que Mr. Wells hacía sus ascensiones aereostáticas.

El tomo segundo empieza su galeria de personajes argentinos de otro orden: todos los miembros del Poder Ejecutivo Nacional, simétricamente colocados, adornan la entrega 55. En el siguiente número, aparecen los miembros del Ejecutivo Provincial. Despues vienen los presidentes de las Cámaras Nacionales. *El Correo* ha dejado á los muertos y esta vez se ha pasado á los contemporáneos.

Vuelve despues á los que ya no existen, á aquellos sobre los cuales empieza á realizarse el fallo justiciero de la posteridad. El poeta oriental don Francisco Acuña de Figueroa es el retrato que ha ocupado al artista Meyer en la entrega 59. Como siempre, ó casi siempre, el doctor Gutierrez pone en relieve el mérito del personaje cuyo retrato aparece.

En seguida el señor don Alberto Blest Gana, poeta y novelista muy distinguido, toma su puesto en esta galeria. Merecido es el honor, digno del chileno cuyas producciones son con justicia apreciadas entre nosotros.

El doctor don Juan Chassaing es otro de los retratos de *El Correo*, poeta malogrado, muerto el 3 de noviembre de 1864.

De los poetas vuelve *El Correo* á los actores, y es el se-

ñor D' Hotte, de la compañía francesa, el retrato de la entrega 47.

El señor don Juan Andrés Peña, el venerable educacionista, toma tambien un lugar en la galeria del *Correo*. Complácenos los honores cuando son justos.

Como se habrá notado no es muy homojénea la galeria de retratos que ha exhibido *El Correo* poetas, hombres políticos, actores, actrices y aeronauta.

Aquí termina esta, en los dos tomos que examinamos.

De los retratos pasemos ahora á los edificios. Volvamos al primer volúmen para dar cuenta de los que ha reproducido Meyer con su indisputable habilidad. Queremos ocuparnos con preferencia de la parte ilustrada, que es la especialidad que caracteriza á este periódico.

La iglesia Matriz de Montevideo es el primer edificio público que ha ocupado al artista: la *Recoleta* de Buenos Aires le sigue, el teatro de Solís en Montevideo es la tercera lámina. La casa del Congreso Nacional de Buenos Aires, que por cierto no es de los edificios mas notables que poseemos, es la cuarta. La Catedral de Córdoba, obra del jesuita y fecundo arquitecto Blanqui, y parte del Cabildo, forma la quinta lámina, debida al litógrafo Pervilain, y el dibujo al album Pallière. Conservábamos de aquel edificio un recuerdo confuso, parecíanos que eran mayores los adornos de su cúpula y torres; sin embargo, al instante hemos reconocido la Catedral de aquella ciudad. Aquel dibujo hizo latir nuestro corazon al recuerdo de mejores dias!

La plaza del Rosario de Santa Fé es otra de las láminas de *El Correo*, dibujo de Meyer y litografiado por Pelvilain.

El arco de la Recoba y el teatro de Colon adornan la entrega 44. La lámina que sigue representa el Cabildo y la

Catedral de Salta. La Catedral de Buenos Aires, dibujo de Meyer, y parte del Palacio Episcopal, es la que aparece en la entrega 48.

Estos dos volúmenes *in folio* contienen otros dibujos, pero nos hemos limitado á dar cuenta de los retratos y de los edificios públicos. La parte ilustrada del *Correo*, que es su especialidad, ha sido desempeñada con habilidad. Nos recuerda *El Museo Americano* y el *Recopilador* de otro tiempo.

Difícil nos sería hacer igual análisis, por rápido que sea, de los trabajos literarios; pero nos llama la atención la fecundidad y erudición del doctor don Juan María Gutiérrez, uno de los más activos, constantes y notables colaboradores de aquel periódico. El doctor Gutiérrez no se ha limitado á honrar de cuando en cuando las páginas de nuestra *Revista*, que lo cuenta entre sus colaboradores, sino que frecuentemente ha publicado artículos y estudios del mayor interés, á nuestro juicio, por el mérito de la investigación, el gusto con que cumple su tarea y la atractiva seducción de su lenguaje. Poetas desconocidos casi al presente se han levantado envueltos en sus sudarios al toque magnético con que ha sabido conmoverlos con su voluntad y labor, para aparecer ante la posteridad con los títulos que los hacen dignos de la estimación y del respeto. Para algunos esas figuras no tienen los seductores fulgores de los grandes jénios; pero todos ellos han contribuido al desarrollo de las letras en estos países, y son los eslabones de la cadena cuya estremidad se encuentra en la antigua Metrópoli, que al conquistar la América nos legó su idioma y su literatura. Estos estudios concienzudos, filosóficos, hechos *con amore* y con talento, sirven para investigar como iba operándose esa emancipación en las letras por las peculiares necesidades del país.

Los poetas y literatos de la época colonial tienen que ser figuras modestas; porque nada de dramático ni sorprendente ofrecía aquella vida igual y sin horizontes para la inteligencia. Imposible sería imaginarse un *Dante* ó un *Petrarca* en la colonia: ni el teatro, ni las pasiones, ofrecerían escenario para aquellas figuras sublimes. Pero no por ser modestas carecen de verdadero mérito y dejan de ser dignos de que conozcamos sus obras y su vida. El literato que los exhuma del olvido injusto, tribútales un homenaje merecido, y obliga la gratitud de los contemporáneos y de los que vengan después.

Porque, como dice el doctor Gutierrez, «no habiendo logrado los honores de la imprenta, sin cuya intervencion no hay fama en la posteridad, las jeneraciones que les han sucedido, pasaron sobre sus tumbas como se pasa sobre un tesoro que esconde la tierra. No obstante, tiene el mérito poético tanta enerjía vital, está destinado á tan perdurable existencia, que ni el desden, ni la incuria, ni el mismo olvido, son poderosos á extinguirle completamente.» (1)

Quien conocia por ejemplo á don *Juan Manuel de Lavarden*? Uno que otro erudito; para la mayoría de la jeneracion presente era desconocido. Pues bien, el doctor Gutierrez nos hace estimarlo, nos muestra al licenciado del Consejo de S. M., su oidor honorario de la Real Audiencia de la Plata, teniente general y auditor de Guerra de la capitania general del Rio de la Plata. Asistimos á las peripecias de su vida y escuchamos el canto de sus versos. Lavarden era americano, su biógrafo no nos dá la fecha de su nacimiento, ni noticias de sus primeros años.

1. Don Juan Manuel de Lavarden, por el doctor Gutierrez.

Ejerció elevados empleos, influyó poderosamente para dotar á este vecindario de *Estudios públicos* y á crear el Colegio de San Carlos. El doctor Gutierrez cita las palabras siguientes del doctor Maziel, contemporáneo del poeta, y cuyo competencia para juzgarlo no puede ponerse en duda. «Es un génio de órden superior por la singularidad y universalidad de sus talentos. Adornado de los mas bellos conocimientos, revela sobre manera el númen poético que le hizo gracia la naturaleza. Y la perfecta comprension de todos los preceptos y primores mas recónditos de la poesia, le hace lugar en las primeras gradas de nuestro parnaso español.»

Escribió el *Siripo* que se representó en 1789 en una noche del carnaval de aquel año, á beneficio de los niños espósitos. El doctor Gutierrez transcribe estensos fragmentos que dan una idea de aquella composicion.

En el primer número de *El Telègrafo Mercantil* en 1801, publicó su *oda al Paraná*.

«No hubo, dice el doctor Gutierrez, sinó una sola opinion sobre la composicion de Lavarden. Todo el mundo porteño la juzgó inimitable, sin que fuesen escepcion en el coro de los elojios, ni aun aquellos individuos que eran del mismo oficio del autor, ya por letrados, ya por aplicados á componer versos.»

El doctor Gutierrez juzga todas las composiciones y escritos de Lavarden con suma erudicion, con gracia, con soltura, y publica composiciones mas con el empeño de *editor* que como crítico, á otros deja el severo juicio de lo que él salva hoy del olvido.

No podemos resistirnos á la tentacion de reproducir su apreciacion sobre la composicion al Paraná.

«Comienza el autor, dice el doctor Gutierrez, por una

invocacion al *primojénito del oceano*: Personificalo y lo coloca, como á una divinidad bienhechora, en un carro de nacar arrastrado de caimanes, derramando por territorios de dos imperios abundancia y frescor. El Dios ha dejado en su gruta de perlas y topacios su corona de *retorcidos juncos* y sus bandas de *silvestre camalote*. Las ninflas de los rios tributarios sálenle al paso con guirnalda de aromas y de amaranto, preparándole, sin duda para remuda de los caimanes, *caballos marinos* de los mares patagónicos. Las artes y las ciencias lo esperan, con altares y perfumes, y los jóvenes poetas, con cantos «dulcísimos de pura poesia.»

«El cuadro, como está á la vista, es magnífico, abundante en luz y colorido; pero entre estos méritos y sobre todos ellos hay otro mérito mas real. El poeta, al mismo tiempo que bendice los beneficios producidos por aquella linfa caudalosa, sabe explicar la razon de esos bienes mostrando como procede la naturaleza en la economia de sus misteriosas funciones. Si para aquel tiempo y en la lira de un poeta aislado en el rincon de una colonia, fué grande atrevimiento el dar al *camalote* (no clasificando por los Lineos del arte poetico entre los laureles y el mirto) entrada en la *oda* aristocrática, no lo fué menos ostentar nociones técnicas por mas que apareciesen vestidas con el rico ropaje de una bella imajinacion.»

Ademas de los escritos del doctor Gutierrez, *El Correo del Domingo* contiene otros de amena literatura, muchas composiciones en verso, novelas traducidas del frances, algunas del intelijente chileno Blest Gana y articulos lijeros de literatura.

Para nosotros la aparicion del *Correo* nos causó el gozo de un compañero que venia á colocarse en el mismo terren

en que ya se encontraba *La Revista*; le descabemos larga y próspera vida, y aprovechamos decirlo la primera ocasión en que lo recomendamos á nuestros lectores.

Así pues, hemos querido señalar ese periódico, como uno de los que por su amenidad se distingue entre nosotros.

Los periódicos literarios como los políticos no pueden vivir solos, la soledad es su muerte; necesitan compañeros para ganar en interés y en importancia. El *Correo* contribuye con su contingente al movimiento literario, que es el que ha de asegurar la vida de las revistas de esta naturaleza.

Además de los dos tomos que hemos tenido á la vista, han aparecido otras entregas, y cada domingo circula la que le corresponde.

Adelante! la inteligencia despierta de su letargo y podemos asegurar á los que deban reemplazarnos en nuestras tareas, mejores tiempos y mas recompensa.

VICENTE G. QUESADA..

Febrero de 1865.



ANTIGUEDADES DE BUENOS AIRES.

(Manuscrito del doctor Segurola)

Continuacion.

Previniedo se observé el desigmo de los navios ingleses, agosto 27 de 1718.

Remítese un despacho para el embargo de los bienes ingleses, setiembre 13 de 1718.

En respuesta sobre la asignacion de tierras á estos, agosto 18 de 1718.

Previene que proceda al reemplazo de 4577 pesos que se entregaron al director del asiento de Inglaterra procedentes de la venta del tabaco que condujo el navio de Europa, marzo 23 de 1720.

Para que se entreguen las embarcaciones y otros efectos pertenecientes á los ingleses apresados por los armadores, despues del término señalado en la suspencion de armas, marzo 26 de 1721.

Que en caso que los ingleses ejecuten algun insulto en Indias se les confisquen sus bienes, marzo 29 de 1726.

Sobre el ilícito comercio que practicaban los ingleses del asiento, junio 8 de 1728.

En respuesta sobre el modo de embargar sus efectos á los ingleses, junio 1.º de 1728.

En respuesta de haber dado cuenta de lo que ejecutan

los navios ingleses en la introduccion de ropas ilícitas, junio 1.º de 1728,

Sobre no estar en navio ingles la plata de los comerciantes, junio 6 de 1728.

Manda el Rey se restituyan á la compañía del asiento de Inglaterra todos los bienes y efectos que en virtud de sus últimas órdenes para la represalia se hubieren embargado, febrero 18 de 1730.

Indios que los pueblos del Paraguay que están á cargo de los Jesuitas no contribuyan con mita, setiembre 31 de 1730.

Ingles (navio) sobre su pérdida en las costas de Maldonado, abril 30 de 1730.

Previniendo la órden para que á los ingleses se les ponga en el uso del asiento, marzo 14 de 1731.

Se remite una lista de los que habia en esta ciudad; y se previene de órden de S. M. para que se disponga su embarque para aquel reino; y los que fueren católicos en los navios del registro, 28 de setiembre de 1733.

Indios sobre que se observen las leyes dadas en favor de los indios que estan á cargo de la religion de San Francisco en la provincia del Paraguay, Tucuman y Rio de la Plata, 4 de diciembre de 1735.

(Continuará)



Error de imprenta.

En la página 55, línea 3.ª debe leerse 10 de enero en vez de 25 de febrero.

El editor.